

LOS SUTHERLANDS
DEL CASTILLO DE
DORNOCH

Callie Hutton

USA Today Bestselling Author

RENDIRSE A UN HIGHLANDER

Rendirse a un Highlander

Callie Hutton

Contenido

Página del título
Acerca de este libro
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo
Acerca de la Autora
Derechos de Autor

Acerca de este libro

Este podría ser el peor error de su vida…

El Terrateniente Duncan Grant no desea que sus clanes vecinos, los MacIntosh y los McPherson, formen una alianza mediante el matrimonio planeado entre sus descendientes. Esto crearía una situación peligrosa para su propio clan. Dado que necesita una esposa, decide apresar a la novia en su camino a la boda y retenerla para sí mismo.

Pero se lleva a la doncella equivocada.

Lady Elsbeth Johnstone está cansada de vivir a la sombra de su hermana gemela. La ama profundamente, pero ha llegado el momento de que tenga su propia vida. Sin perspectivas de matrimonio, decide que un convento en Perth es el lugar para ella.

En la oscuridad de la noche, durante su viaje a Perth, es arrastrada lejos de su escolta por un grupo de hombres que la confunden con otra persona. Furiosa porque su vida está nuevamente fuera de su control, exige que el Terrateniente Grant la lleve al convento en Perth.

Enfurecido por el error que ha cometido, él accede, pero no puede evitar preguntarse si podría domar a la espirituosa doncella y convencerla de quedarse.

Después de todo, él necesita una esposa.

* * *

Reciba un libro gratis y manténgase al día de las novedades y las ventas.

http://calliehutton.com/newsletter/

Capítulo 1

Junio 1656
Castillo Dornoch, las Highlands

Elsbeth se miró en el espejo del tocador en su alcoba del Castillo Dornoch, el hogar de su hermana gemela, Ainslee, y su cuñado, el Terrateniente Haydon Sutherland.

También era el hogar del hermano del terrateniente, Conall, y su esposa, Maura. Las dos parejas estaban en camino de producir los herederos y futuros guerreros necesarios para el clan. Ambas parejas estaban enamoradas, felizmente dichosas, y hacían todo lo posible para que ella se sintiera parte de la familia.

Ella no lo era.

Oh, tenía su lugar en el clan. Ayudaba en la cocina y el jardín, y había estado entrenando durante un tiempo con la curandera del clan, Dorathia.

Ainslee había empujado a varios hombres en su dirección, esperando que una chispa encendiera algo. Si se casara, quería lo que Ainslee y Maura tenían. Amor. Devoción. Respeto.

Ningún hombre en el clan provocaba esos sentimientos en ella.

Desde el instante en que Conall y su hermano llegaron a la Torre Lochwood, hogar de nuestro clan, para elegir esposa, sentí una fascinación inexplicable por él. Debía ser una ventaja para ambos clanes. Haydon la había elegido, pero ella estaba aterrorizada del hombre. Era tan corpulento, ruidoso y arrogante. Después de mucho pánico por su parte, Ainslee había tomado su lugar en la boda.

El conflicto que comenzó se había resuelto, y todos estuvieron de acuerdo en que Ainslee era una pareja mucho mejor para el terrateniente.

Conall había sido amable con ella y no la asustaba como su hermano. Esa amabilidad había continuado una vez que todos se habían establecido en el Castillo Dornoch. Ainslee había obtenido permiso de su padre para que Elsbeth permaneciera con ella hasta que se sintiera asentada, ya que las gemelas nunca se habían separado antes.

Se había imaginado casada con Conall, aunque él había profesado nunca casarse. El hombre tenía reputación con las doncellas y no quería que su estilo de vida fuera diferente. Había esperado que algún día cambiara de opinión.

Y lo había hecho.

Fue una gran sorpresa y decepción cuando regresó de una visita con su padre en la Torre Lochwood y encontró a Conall casado. Se había sentido a la deriva desde entonces, aunque Maura era una joven encantadora y ella y Conall hacían una pareja maravillosa.

Y ahora tenían gemelos para criar.

Se examinó en el espejo, un último vistazo antes de enfrentarse a su destino. Con un suspiro profundo, abandonó la alcoba, dispuesta a presentar su caso ante Haydon.

Como era habitual en las primeras horas de la mañana, Haydon estaba en su estudio, repasando todas las cosas de las que el terrateniente de un gran clan tenía que ocuparse. Esperaba que no estuviera tan ocupado como para no dedicarle tiempo. Había tomado su decisión y quería seguir adelante antes de perder el valor.

Un suave golpe en la puerta resultó en un, "Adelante", desde dentro. Abrió la puerta y respiró aliviada de que estuviera solo y no en medio de algún tipo de reunión con Conall. Esto era algo que tenía que hacer cuando no había nadie más que ella y su terrateniente presentes.

"Buenos días, Elsbeth", dijo el terrateniente.

"Y a usted también", respondió ella.

Hizo un gesto hacia la silla frente a su escritorio. "Por favor, toma asiento". Apoyó los antebrazos en el escritorio. "¿Qué puedo hacer por ti?"

Ahora que había llegado el momento, estaba nerviosa. No es que tuviera intención de cambiar de opinión, pero sabía que se

avecinaba una discusión. Y la discusión de Haydon sería una de muchas de otros, estaba segura.

Dudó. ¿Debería soltarlo de golpe? ¿O hacer una especie de preparación? Ahora que lo tenía frente a ella, su valor había comenzado a desvanecerse. Luego se reprendió a sí misma. Nunca podría hacer lo que esperaba y planeaba hacer si empezaba a tener dudas. Había pasado muchas noches dando vueltas en su cama pensando en esto.

Se aclaró la garganta. "Quiero unirme a un convento".

Ahí estaba, las palabras habían salido. Al igual que el enorme aliento que había estado conteniendo. No dio una gran explicación; eso permitiría una discusión. Simplemente declaró lo que quería.

Esperando indignación, o incluso un no inmediato de Haydon, la sorprendió reclinándose en su silla, los codos en el reposabrazos, los dedos entrelazados mientras se tocaba los labios, mirándola fijamente. "¿Por qué?"

¿Cuánto contarle? ¿La tristeza que sentía al ver a su hermana acurrucarse y ofrecer su pecho a su nuevo bebé? ¿La leve envidia—finalmente se lo había admitido a sí misma—cuando veía la forma en que Conall miraba a Maura como si fuera la persona más importante del mundo para él?

¿Debería revelar las noches de dar vueltas en su cama, tratando de convencerse de que era necesaria en un clan donde todos tenían su lugar y ella parecía ser solo un extra sin una posición real? Tenía su orgullo y sonar como una niña mimada, enojada porque todos tenían una galleta excepto ella, nunca funcionaría.

Levantó la barbilla y se encontró con los ojos de Haydon. "Le he dado muchas vueltas a esto. Siento que tengo una vocación y debo servir a los demás por el Señor".

"Nos estás sirviendo aquí".

"No". Odiaba la amargura que escuchaba en su voz. "Cualquier otra persona puede hacer lo que yo hago aquí". Se inclinó hacia adelante. "He estado en correspondencia con la Hermana Albert en Perth. La conocí en el viaje de regreso del castillo de mi padre. Ella posee propiedades que heredó y alberga a varias otras monjas.

Ayudan a los pobres, enfermos y huérfanos. Están haciendo un trabajo maravilloso".

Las cejas de Haydon se alzaron. "No entiendo, muchacha. Pensé que ya no había abadías ni conventos en Escocia desde que la religión católica fue proscrita".

Elsbeth negó con la cabeza. "No. Todavía hay algunos dispersos, principalmente en las Tierras Altas. Se mantienen al margen y hacen un buen trabajo". Enderezó los hombros. "Y deseo unirme a ellos".

"Tu hermana no lo aprobará".

"Lo sé bien. Pero es mi vida, y deseo vivirla a mi manera." La mayor parte de su vida había sido decidida por otros. Por mucho que amara a su hermana y realmente le rompería el corazón dejarla, era Ainslee quien había dirigido sus vidas a lo largo de los años.

Su padre le escribía de vez en cuando, recordándole su deber de casarse y tener hijos. No podía entender por qué. Ningún hijo que ella produjera ayudaría a su padre, ya que el clan Johnstone necesitaba un heredero varón. Pero, de nuevo, alguien más intentando dirigir su vida.

Era una mujer adulta y capaz de tomar sus propias decisiones. Y esta era una de ellas.

"Sé cómo te sientes, muchacha, pero ¿estás segura de que así quieres pasar el resto de tu vida? Eres una mujer hermosa, joven, inteligente y con un dulce encanto. ¿Por qué querrías encerrarte?"

¿Por qué, en verdad? ¿Se estaba escondiendo? ¿Rindiéndose? No. Había pensado mucho en esto y era el camino correcto para ella.

"No lo veo como encerrarme, Terrateniente. Quiero ayudar a las personas que lo necesitan, que no tienen a nadie más a quien acudir. Quiero marcar la diferencia en una pequeña parte del mundo."

Haydon negó con la cabeza. "No puedo darte mi bendición, pero no te negaré una escolta a Perth. Sin embargo, creo que deberías hablar con Ainslee sobre esto antes de hacer los arreglos finales."

"Tengo la intención de hacerlo. Solo quería asegurarme de que no me lo negarías."

Él le ofreció una cálida sonrisa. "No. Es triste que las mujeres tengan tan poca elección en su vida. Me alegra que tu hermana esté contenta con la suya."

Elsbeth asintió, con un ligero pinchazo en el corazón. "Sí. Ella está muy feliz con los niños." Dudó un momento. "Y contigo también." Podía sentir el rubor subiendo a sus mejillas, junto con las lágrimas amenazando.

Él sonrió como un hombre complacido. "Sí."

¿Había cometido un error al permitir que Ainslee tomara su lugar en la boda? ¿Sería tan feliz como su hermana si hubiera seguido adelante con el matrimonio? Era cierto que Haydon no era la horrible bestia de hombre que ambos pensaban cuando había llegado a la Torre Lochwood para elegir una novia.

Sacudió esos pensamientos. Su hermana era feliz, y eso era importante para ella. Ella encontraría su propia felicidad sirviendo a los demás.

"Te sugiero que hables con tu hermana. Sé que tendrá objeciones, y querrás resolverlas antes de comenzar tu viaje."

Elsbeth asintió. "Sí. Lo haré ahora."

Cuando se levantó para salir de la habitación, Haydon dijo: "¿Estás segura de que quieres hacer esto, Elsbeth? En todo el tiempo que has estado aquí, ¿no hay nadie en el clan que haya llamado tu atención?"

Pensó brevemente en Conall y negó con la cabeza. "No."

Probablemente era mejor terminar con esto antes de que perdiera el valor. Tuvo que reír porque nunca pensó que llegaría el día en que hablar con su hermana fuera más aterrador que hacerlo con Haydon.

"¿Has perdido la cabeza, hermana? ¿Dejar un hogar cómodo aquí para vivir en un convento?" El asombro de Ainslee era de esperar, y Elsbeth había pensado que estaba preparada para ello. Pero aun así la sacudió.

"Es lo que siento que es mi vocación."

"¿Tu vocación? Tienes veintitrés años y ¿recién ahora sientes el llamado?"

"No quiero discutir sobre esto, Ainslee. Tú tienes tu vida aquí, y una vida feliz. Fue la mejor decisión que tomaste cuando te ofreciste a tomar mi lugar con Haydon."

Ainslee se desplomó en la cama de donde acababa de levantarse después de recuperar el sueño con el nuevo bebé manteniéndola despierta por las noches. Extendió la mano y tomó la de su hermana, tirando de ella a su lado. "¿Eres tan infeliz, Elsbeth?"

Ella levantó la barbilla. "No. Solo quiero servir a quienes lo necesitan."

"Te necesito, hermana."

"No. Tú no. Tienes a tu esposo, a tus hijos, un castillo que administrar y a Maura, tu hermana por matrimonio." Sacudió la cabeza, luchando desesperadamente para evitar que las lágrimas que se habían formado en sus ojos cayeran.

Levantó la palma de la mano, evitando cualquier palabra de consuelo que su hermana estuviera a punto de decir. "No pretendas que el castillo no funcionará sin problemas si me voy." Se secó rápidamente las lágrimas que habían caído, con el nudo en la garganta tan grande como una roca.

Tomando la mano de Ainslee en la suya, dijo: "Te amo. Como sabes, tenemos un apego como ningún otro. Te extrañaré con todo mi corazón, pero esto es algo que tengo que hacer por mí misma. Yo también necesito una vida. Y no está aquí."

Elsbeth pudo ver la lucha abandonar a su hermana mientras los hombros de Ainslee se desplomaban. "Sí. Tienes derecho a la vida que deseas." Extendió la mano y metió un rizo suelto detrás de la oreja de Elsbeth. "Simplemente no estoy segura de que tu vida sea un convento."

Elsbeth saltó. Estaban dando vueltas en círculos, y ella tenía planes que hacer, ropa que empacar y cosas que ya no necesitaba que regalar. Sería un día ocupado.

Se inclinó y abrazó a su hermana, luego se fue lo más rápido posible ya que estaba a punto de caer en un montón de sollozos justo a su lado en la cama.

Le tomó dos días empacar y prepararse para partir. Conall intentó disuadirla. Maura intentó lo mismo. Dorathia lo intentó, al

igual que su sobrina, Helen. El primo de Haydon, Malcolm, incluso se ofreció a casarse con ella. Ella sonrió, le agradeció y negó con la cabeza.

Cuando llegó su última noche en el castillo, tenía lo que consideraba un dolor de cabeza permanente. Y dolor de corazón. Sería muy fácil decir que había cambiado de opinión y hacer felices a todos, pero tampoco pasaría mucho tiempo antes de que se odiara a sí misma y volviera a estar donde había estado durante los últimos años.

Ainslee había pedido a Jonet, la cocinera del castillo, que preparara una comida especial para la cena. Todos los platos favoritos de Elsbeth. Estaba empezando a creer que debería haber dejado una nota y escabullirse en medio de la noche, excepto que nunca podría viajar a Perth sola sin perderse, o posiblemente ser asesinada.

Así que, sufrir la última comida con la familia tenía que hacerse.

"Ah, muchacha, te ves muy bien esta noche," dijo Malcolm mientras se sentaba a su lado.

El vello de su nuca se erizó. ¿Estaba intentando cortejarla después de que ella lo rechazara? ¿Haydon o Ainslee lo habían instigado a esto?

"Gracias, Malcolm. Te ves muy bien también." Se volvió hacia Donella, sentada al otro lado de ella. A la hermana del terrateniente rara vez se la veía en el castillo. Era una sombra que aparecía y desaparecía. Cuando el castillo estuvo bajo su control antes de que Haydon se casara con Ainslee, el lugar era un desastre. Era una muchacha dulce, pero se aceptaba que nunca había madurado en su mente.

"¿Cómo estás hoy, Donella?" preguntó Elsbeth.

"Me encuentro bien. He oído que partirás para un convento." Probablemente fue la frase más larga que la joven jamás había dirigido a Elsbeth. "Así es. Parto al amanecer." "Oh." Ella tomó su copa de cerveza y bebió un sorbo. "Ten cuidado." Con esas palabras crípticas, sonrió y comenzó a comer de su plato. "Me gustaría pasear contigo después de la cena, Elsbeth." Malcolm captó su atención. Por los huesos sagrados, no. Sólo había una razón por la que él

querría pasear con ella después de la cena, y ella ya le había rechazado cortésmente, pero con firmeza. El hombre no quería casarse con ella. Sólo sentía lástima por ella, o tal vez simplemente estaba dispuesto a sacrificarse en nombre de la lealtad a su primo. "Me temo que eso no es posible, Malcolm. Tengo muchas cosas que hacer esta noche para prepararme para mi partida mañana." "Ah, sí, tu partida." Como si no lo recordara. La comida no podía terminar lo suficientemente pronto. Tenía algunas cosas de última hora que hacer, pero el ambiente en el estrado era tan sombrío que uno pensaría que estaba muriendo en lugar de pasar a otra vida que le convenía mejor. ¿Le convenía mejor? Detuvo rápidamente ese pensamiento. Su mente estaba decidida. Los paseos con Malcolm, las conversaciones con Ainslee y los consejos de Haydon no cambiarían su decisión. Cuanto antes dejara la mesa y se retirara a su alcoba, mejor para su estado mental. Se levantó y miró a Ainslee. "Si me disculpas, hay algunas cosas que necesito hacer para prepararme para mañana." "Sí. Pasaré por tu alcoba antes de retirarme." Elsbeth asintió, y antes de que saliera del estrado, Haydon dijo: "Prepárate al amanecer, Elsbeth. Enviaré una docena de hombres contigo." Ella asintió y salió del gran salón, sin mirar atrás. Era algo que necesitaba hacer de ahora en adelante. No mirar atrás.

Las cosas no estaban mejor, y posiblemente peor, cuando llegó la mañana, y Elsbeth se unió al grupo de hombres que debían escoltarla. El clima era húmedo, con una ligera niebla que los envolvía a todos. A pesar de ser verano, Elsbeth tembló con su tartán, luego se echó sobre los hombros la capa forrada de piel que Ainslee había hecho para ella, buscando algo de calor. Sin embargo, sabía que el frío dentro de ella no se calmaría con una capa cálida. Haydon, Ainslee, Maura, Conall y Malcolm se habían levantado temprano para despedirla. Otra noche de vueltas y revueltas la había dejado débil, cansada y algo que nunca fue: irritable. Malcolm se acercó a ella y tomó su mano entre las suyas. "¿Puedo hacerte cambiar de opinión, muchacha? ¿Estás segura?" Si tan solo pudiera sentir algo por el hombre además de amistad. Era un guerrero fuerte y valiente con un corazón bondadoso. Sería un buen esposo y padre

para cualquier hijo que tuviera. Pero no sintió nada cuando él tomó su mano. "Sí. Estoy segura." Él se inclinó y la besó en la mejilla. "Si cambias de opinión, iré por ti." Ella asintió y se volvió hacia Haydon y Ainslee. Los ojos de su hermana estaban hinchados y rojos, y odiaba saber que ella era la causa de ello. Pero ella estaría bien. Su esposo estaba de pie con su brazo alrededor de sus hombros, protector y amoroso, y ella tenía dos dulces niños que cuidar. Ella respiró temblorosamente. Era hora de terminar el sufrimiento para todos ellos. Dio un paso adelante y abrazó a Haydon, luego se volvió hacia su hermana y la atrajo para un abrazo. Las lágrimas en ambas mejillas se mezclaron, como lo habían hecho sus vidas desde antes de nacer. Finalmente, Haydon tuvo que separarlas. Moviéndose rápidamente, levantó a Elsbeth y la colocó sobre su caballo. "Que el Señor te acompañe, muchacha." Dio un paso atrás y dio una señal al hombre que dirigía el grupo, y avanzaron. Ella no miró atrás. Sólo miraría hacia adelante.

Capítulo 2

Castillo Freuchie
Hogar del Clan Grant

"El destino nos ha puesto entre la espada y la pared, Terrateniente". Owen Grant golpeó con los nudillos el escritorio frente a Duncan, Terrateniente del Clan Grant. "Debes detener esto. No puedes permitir que este matrimonio se lleve a cabo. Si la hija de MacPherson se casa con el hijo de MacIntosh, les dará una fuerza que será un peligro para nuestro clan."

El Terrateniente Duncan Grant se recostó y escuchó a su segundo al mando. Acababan de recibir noticias de uno de sus espías de que se había forjado una alianza entre MacPherson y MacIntosh mediante el matrimonio de sus descendientes.

Duncan había esperado hacer él mismo el enlace con la joven MacPherson, ya que sus consejeros le habían instado continuamente a encontrar una novia y tener herederos con ella. El matrimonio con la hija de MacPherson aseguraría la línea y les daría una fuerte alianza. Los Grant siempre se habían llevado bien con los MacPherson y los MacIntosh, a pesar de las pocas incursiones que realizaban en las fronteras de cada uno.

Sin embargo, la fuerza de los dos clanes juntos podría aniquilarlos si lo desearan, ya que el clan Grant limitaba con los otros dos. Unos años antes, los Grant se habían aliado con el Conde de Huntly, lo que llevó a la aniquilación del Clan Farquharson, pero esta nueva amenaza era preocupante.

A decir verdad, Duncan sus manos se aferraban con fuerza al pomo de la silla, un gesto que revelaba su creciente frustración Era un guerrero, nacido y criado para luchar. Él y sus hombres entrenaban diariamente, y se desempeñaba bien en el campo de

batalla, pero muchas veces deseaba que todos se llevaran bien y se ocuparan de sus propios clanes para poder establecerse con una esposa y criar algunos hijos.

Aunque estaba bastante seguro de que ya sabía lo que Owen había considerado necesario para hacer frente a esta nueva amenaza, preguntó de todos modos: "¿Qué estás proponiendo, Owen?"

Se puso de pie y cruzó los brazos sobre el pecho. "Digo que capturemos a la joven y tú te cases con ella. Sin duda, enfadaría a MacPherson, pero una vez que su hija se case contigo, tendría que aceptarlo, y las cosas estarían mejor para nosotros al tener una alianza con el terrateniente."

Owen le guiñó un ojo a Duncan. "Especialmente si tienes un hijo con ella rápidamente."

La idea había cruzado su mente en cuanto se enteró de las nupcias inminentes, una chispa de esperanza encendida en medio de la incertidumbre. Tener una novia de un clan tan fuerte traída a su castillo, lista para casarse. Podría hacer que el sacerdote los casara de inmediato, llevar a la joven a su alcoba para consumar el matrimonio, y estaría terminado. Imposible de deshacer.

"Sí. Probablemente asustaría a la joven ser sacada de su escolta y traída aquí, pero el matrimonio con un hombre u otro no hace diferencia." Agitó una mano despectiva ante la idea de que una joven se preocupara por con quién se casaba. "Y será la mejor manera de protegernos."

Owen asintió. "Sí. Y posiblemente también a la joven. He oído que el hijo de MacIntosh es un tipo desagradable. Ella estaría mejor contigo, ya que eres un buen hombre, y después de que se establezca, sería feliz contigo."

No sabían nada de la joven MacPherson, excepto lo que habían oído de quienes la habían conocido en la corte. Era una joven hermosa, ojos verde profundo, dientes blancos y rectos, piel suave y sedosa y cabello rizado rojo. Sin duda, no le costaría llevar a la joven a su lecho.

"Sugiero que llevemos un pequeño grupo de hombres con nosotros. Sé que MacPherson tendrá una fuerte escolta para la

joven, tal vez incluso él mismo, ya que habrá una boda. Es mejor si evitamos cualquier tipo de enfrentamiento, simplemente tomamos a la joven y regresamos directamente aquí. Preferiría evitar una guerra total, que resultaría si muchos de sus escoltas fueran asesinados."

A la mañana siguiente, seis hombres salieron de las murallas del castillo con Duncan a la cabeza. Había dejado a Owen a cargo de la fortaleza mientras él estaba ausente. Las cosas habían estado tranquilas durante un tiempo, y aunque esto podría irritar a los dos clanes, no creía que causaría más que una escaramuza cuando se descubriera su acción.

Duncan había sido terrateniente del clan Grant desde que cumplió diecisiete veranos. Como único hijo del Terrateniente Kerr Grant, Duncan fue empujado al papel demasiado pronto. Bien entrenado como guerrero, no esperaba servir como terrateniente tan joven.

Su padre era un hombre joven y fuerte con muchos años por delante cuando fue derribado en una batalla y se desangró en el campo antes de que Duncan lo supiera.

Debido a la naturaleza arriesgada de la vida de un montañés, Kerr había establecido un grupo asesor de hombres del clan para actuar en su nombre en caso de que su muerte inesperada ocurriera antes de que Duncan tuviera edad suficiente para ocuparse del clan por sí mismo.

Si no hubiera sido por el grupo asesor, Duncan estaba seguro de que el clan habría estado en un lío. Ahora, a los veintiocho años, se sentía un líder seguro, justo y honorable, bien respetado por todos los miembros del clan, así como por los otros clanes.

Luchar en la cantidad de batallas en las que había participado lo había dejado marcado y cansado de luchar. Estaba particularmente sensible por la cicatriz en su mejilla derecha, que había resultado de un encuentro demasiado cercano con la espada de otro guerrero. Mantenía una barba cerrada para cubrirla, recibiendo muchas burlas de sus hombres por ser sensible a la cicatriz.

Sí, tal vez lo era. Siempre había sido un hombre guapo, con suficiente encanto para disfrutar de la atención de muchas jóvenes. Pero estaba listo para renunciar a todo eso y unirse a una mujer por

el resto de su vida. Si lo que habían oído sobre la joven MacPherson era cierto, tener hijos con su novia sería un placer, no una tarea.

Interceptar a una joven que se dirigía a su boda no era desconocido en las tierras salvajes de las Tierras Altas. Duncan nunca había esperado ser uno de esos terratenientes que recurrían a tales tácticas.

El grupo atravesó el camino más probable que tomaría el grupo que escoltaba a la novia desde la tierra de MacPherson hasta el clan MacIntosh. Cabalgaron la mayor parte del tiempo por la noche, abriéndose camino con cuidado en el bosque, manteniéndose alejados del camino principal, sin querer ser vistos por nadie que viajara por el camino a través de los clanes.

Hacia la mitad de la segunda noche, Duncan levantó la mano como señal para que los hombres se detuvieran cuando oyó murmullos de conversación baja. Una vez que se detuvieron, saltó de su caballo. "Veré si este es nuestro grupo y cuál es la disposición."

John, uno de sus hombres, asintió.

Duncan caminó lo más lejos que pudo sin ser visto, teniendo cuidado de no pisar un pequeño agujero de animal o crujir ramitas y hojas. Pequeños animales se dispersaron de su camino mientras avanzaba, y un búho ululó desde su percha sobre él. Su visión nocturna era muy buena, por lo que la falta de luna llena no lo disuadió.

Pronto vio una pequeña fogata que mantenía calientes a unos diez hombres que la rodeaban en el bosque húmedo. No había señales de una joven, pero justo cuando decidió que no era el grupo que estaban esperando, una joven se levantó detrás de un hombre que la había estado bloqueando de su vista.

Duncan aspiró profundamente. Esta tenía que ser su joven. Hermosa, esbelta, con largo cabello rizado rojo. Ella sonrió a uno de los hombres, y su sangre corrió a su ingle. Sí, no tendría problemas en llevar a esta joven a su lecho.

Ella pasó junto a los otros hombres que parecían tenerla en alta estima, sin comentarios lascivos ni miradas lujuriosas. Sí, ese tipo de respeto sería de esperar para la hija de un terrateniente. Se dirigió a

una tienda de campaña que se había instalado no muy lejos de donde los hombres sin duda dormirían cerca del fuego.

Contuvo la respiración y no se movió cuando la joven miró directamente en su dirección, seguro de que podía oír los latidos de su corazón. Una vez que se metió en la tienda, Duncan se apresuró a regresar a donde permanecían sus hombres.

"Es nuestro grupo. La joven está durmiendo en una tienda a unos diez pies de donde están acampados los guerreros, probablemente para darle privacidad."

"¿Viste a MacPherson?" preguntó John.

"No. Tal vez venga después. La novia podría haber pedido tiempo para instalarse y conocer al joven MacIntosh antes de la boda. No nos importa. La sacaremos de su tienda cuando todos los demás estén dormidos."

"¿Cómo quieres hacer esto?" preguntó Kevin, otro de sus hombres.

"Iré con otros dos. Podemos acceder a la muchacha desde la parte trasera de la tienda. Le pondremos un paño sobre la boca antes de hacer nada más. Luego la arrastraremos y correremos de vuelta a los caballos y regresaremos a casa. Cuento con que esté demasiado conmocionada al ser despertada en medio de la noche como para hacer mucho ruido."

"Mientras esperamos, deberíamos comer algo de nuestras bolsas. Una vez que tengamos a la muchacha, cabalgaremos sin detenernos."

Habían traído tortas de avena y trozos de queso. Comieron su comida, compartiendo un frasco de cerveza, y hablaron en voz baja, sin querer que sus voces se escucharan en el silencio de la noche.

Mientras comían y conversaban, Duncan reflexionó sobre su viaje hasta el momento. Estaba un poco sorprendido de lo corta que era la distancia que tenían que recorrer para encontrarse con el grupo. Esto les facilitaría escapar y estar detrás de los muros de su castillo antes de que alguien supiera dónde había sido llevada la muchacha, o quién la había tomado. Una vez que estuvieran legalmente casados y él hubiera desposado a la muchacha, lo haría saber a los dos clanes que tenía a la novia.

Entonces se prepararía para la batalla, pero con la muchacha MacPherson bajo su cuidado y protección, no creía que resultaría en mucho, excepto en una gran cantidad de amenazas e insultos. Daría la bienvenida a su suegro, y tendrían paz, ya que no tenía ningún deseo de aliarse con MacPherson con el propósito de enfrentarse al clan MacIntosh.

Envolvieron las sobras de su comida y se dispusieron a esperar. Duncan se dirigió al grupo. "Esperaremos unas horas más. John, ve y vigila el campamento. Regresa cuando el último hombre se haya dormido."

"Tendrán al menos un hombre de guardia", dijo Kevin.

"Sí. Uno de nosotros lo eliminará, lo arrastrará y luego iremos por la muchacha."

El frío aumentaba, y no se atrevían a encender fuego. Siendo guerreros, estaban bien acostumbrados a lidiar con el frío, la nieve y la lluvia. Algunos de los hombres jugaron un juego con guijarros, ahora compartiendo el whisky para mantenerse calientes.

Duncan permaneció ocupado pensando en todos los asuntos que había dejado atrás en el castillo que necesitaba resolver una vez que regresaran y su matrimonio hubiera tenido lugar.

Antes de irse, había hablado con Dennis Grant sobre los problemas que el hombre estaba teniendo con su hijo, Brendan. Era al Terrateniente a quien todos recurrían cuando tenían un problema que no podían resolver por sí mismos. Duncan le había ofrecido el mejor consejo que podía al hombre.

Envíalo a las listas para entrenar para ser un guerrero. Parecía que el muchacho tenía demasiada energía para la agricultura, que es lo que su padre, y su padre antes que él, habían hecho. Con otros cuatro hijos, Dennis podía permitirse perder uno si eso traía paz al hogar. Brendan debería haber llegado a la mañana siguiente a las listas listo para su entrenamiento. Eso debería mantenerlo fuera de problemas.

Esperaron unas tres horas antes de que John regresara. Se agachó junto a donde Duncan estaba sentado, apoyado contra un árbol. "Todo está tranquilo. Hay un hombre de guardia, pero las cosas deben haber sido fáciles para ellos hasta ahora porque no

parece tan despierto como me gustaría que uno de nosotros estuviera de guardia."

Duncan asintió. "Sí. Pero recuerda que están cruzando de la tierra de un clan a la de otro. No esperan encontrarse con muchos problemas, se nota por la forma en que montaron el campamento."

Duncan se puso de pie y saludó a Daniel y Gregory. "Vengan ambos conmigo." Miró a John. "El resto de ustedes estén listos para cabalgar en el momento en que regresemos con la muchacha."

Los hombres se pusieron de pie y siguieron a Duncan, abriéndose camino silenciosamente a través del bosque hasta que llegaron a la parte exterior del campamento. Duncan le indicó a Daniel que eliminara al guardia.

No oyó nada, pero después de unos minutos, Daniel estaba de vuelta a su lado. "Fue fácil. El hombre estaba dormido."

Duncan resopló. "Es suerte que no le cortaran la garganta."

"Sí."

"Iremos a la parte trasera de la tienda", dijo Duncan. "Gregory, acércate a la muchacha desde la parte trasera de la tienda y cúbrele la boca con este paño." Extendió una tira de tartán Grant. "Daniel y yo la sacaremos y regresaremos a los caballos."

Los hombres asintieron. "Vamos."

En silencio, y casi con demasiada facilidad, llegaron a la tienda. Con su daga, Duncan cortó la parte trasera de la tienda. Gregory cubrió la boca de la muchacha con su mano, luego rápidamente la reemplazó con el tartán que llevaban.

Aparentemente, eso la despertó lo suficiente como para que comenzara a patear y rodar. Antes de que pudiera hacer más ruido, Duncan y Daniel la agarraron por debajo de los brazos y la sacaron. Ella se resistió y pateó, pero Duncan la tomó en sus brazos y la arrojó sobre su hombro.

En cuestión de minutos corrían hacia los caballos, la muchacha rebotando sobre su hombro y golpeando su espalda. Le preocupaba que sus gritos ahogados pudieran ser escuchados, pero hasta ahora, nadie parecía venir tras ellos.

En un instante, se retorció y casi se precipitó al suelo, pero él lo ignoró, simplemente aferrándola con más fuerza. Los hombres que

lo esperaban ya estaban montados. Lanzó a la joven sobre el caballo, saltó tras ella sobre el animal, y abandonaron la zona arbolada, silenciosamente para no despertar al resto de su campamento.

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, Duncan juntó las manos de la joven, que había estado usando para abofetearlo y golpearlo, y luego envolvió otro trozo de tartán alrededor de sus manos. Palabras confusas brotaron de su boca, pero solo le hicieron sonreír. Le gustaba una joven con espíritu. Esta sería buena en el lecho nupcial. Tuvo que sujetarla con fuerza, porque más de una vez intentó lanzarse de lado.

Finalmente, se inclinó cerca de su oído. "Más te vale comportarte, muchacha. Si te lanzas al suelo, podrías terminar muerta en lugar de casada y criando hijos".

Ella se giró hacia él, con los ojos muy abiertos. "¿Muff noth mait?"

Supuso que estaba repitiendo sus palabras. Tendría mucho tiempo para hablar una vez que estuvieran tras los muros del castillo. Ahora necesitaban poner la mayor distancia posible entre ellos y sus escoltas.

Cabalgaron como demonios, sin detenerse hasta que llegaron al pueblo cercano al Castillo Freuchie. Frente a la taberna El Cuervo y La Vaca, Duncan levantó el brazo, llamando a la detención del grupo. Se inclinó y habló al oído de la joven. "¿Necesitas aliviarte, muchacha?"

Ella clavó su codo con tanta fuerza en su estómago musculoso que casi lo sintió. Murmuró algunas palabras, luego echó la cabeza hacia atrás para golpearlo en la barbilla. Él levantó la mano de nuevo a los hombres. "No necesitamos detenernos".

El grupo avanzó, y pronto estaban cabalgando sobre el puente levadizo y a través de las puertas exteriores. "Cierren las puertas y levanten el puente levadizo", gritó Duncan mientras el último de los hombres pasaba.

Saltó de su caballo y bajó a la joven MacPherson. Ella inmediatamente lo golpeó en la cabeza con sus manos atadas, luego le pisoteó el pie.

Consciente de lo enfadada que estaba la joven, tuvo que contener la risa ante sus pobres intentos de dañarlo. Era un guerrero, había luchado en muchas batallas, practicaba sus habilidades con la espada a diario, y ningún golpe o pisotón de esta pequeña joven iba a lastimarlo.

"Ahora, muchacha. Sé que estás molesta, y por eso me disculpo".

Ella gritó algo, sus ojos brillando de ira. Sus hermosos ojos verde profundo. Sí, los hombres que la habían visto en la corte tenían razón. Era verdaderamente una joven hermosa. Piel pálida, tal como habían dicho, junto con labios carnosos, y a pesar de su figura esbelta, curvas en todos los lugares correctos. Había sentido muchas de ellas mientras la sujetaba durante su cabalgata.

"Voy a quitarte las ataduras, muchacha, pero ten en cuenta que no puedes escapar, así que por favor no lo intentes. No quiero que te lastimes".

Ella lo miró con furia, pero permaneció quieta. Primero, desató sus manos, y cuando ella no intentó rascarle los ojos, le quitó la tela de la boca.

Le hizo una reverencia cortesana. "Bienvenida al Castillo Freuchie, mi señora. Será tu hogar de ahora en adelante, una vez que estemos casados".

La joven puso las manos en las caderas y se inclinó hacia adelante. "No tengo idea de quién eres y por qué me arrastraste lejos de mi grupo. Además, este lugar", miró a su alrededor, "no será mi hogar, y no nos vamos a casar". Una vez más, le pisoteó el pie.

"Sí. Sé que esperabas casarte con los MacIntosh, pero me temo que no podíamos permitirlo, así que te casarás conmigo, en su lugar".

"Ignorante. No me voy a casar con nadie".

Teniendo en cuenta la ira de la joven por haber sido llevada, no le recordó que estaba hablando con el Terrateniente de una manera inaceptable. "Sí, muchacha. Lo harás. Podrías sentirte aliviada de que no te casarás con MacIntosh. Por lo que he oído, no es un hombre agradable, así que estás mejor aquí".

Lady Agnes Pherson apretó las manos a los costados y gruñó. "Estoy mejor de vuelta en mi tienda". Cruzó los brazos sobre el pecho. "Exijo que me devuelvas ahora mismo".

Él sonrió, lo que probablemente solo la enfureció más. "Ahora, Lady Agnes, necesitas calmarte".

Sus brazos cayeron a los costados. "¿Quién?"

Él negó con la cabeza, sonriendo ante su intento de ignorancia. "Lady Agnes MacPherson, hija del Terrateniente MacPherson".

Ella entrecerró esos hermosos ojos. "No tengo idea de lo que estás hablando, aunque entiendo el idioma. No soy Lady Agnes quien sea, soy Lady Elsbeth Johnstone, y no tengo intención de casarme contigo ni con nadie más, ya que me dirijo a un convento en Perth".

Duncan sintió un escalofrío recorrer su espalda. Algo no encajaba

"¡Por todos los demonios!".

Capítulo 3

"Elsbeth escrutó al hombre que la había separado de su escolta, aquel que ahora la confundía con otra mujer. Se frotó las palmas húmedas en el rostro, incrédula. "Es un error. Se ha equivocado de persona."

"Sí." Él negó con la cabeza. "Pero se parece exactamente a ella."

"Con el índice acusador, lo señaló. "No. Mi parecido es con mi hermana gemela, y ella tampoco es Lady Agnes, quienquiera que sea. ¡Bah!" Se giró con brusquedad, alejándose a zancadas decididas, sin rumbo fijo."

"¿Se dirigía a un convento?" Sus palabras parecían arrancadas de su pecho.

"Sí."

"¿Ya ha hecho sus votos?"

Ella se volvió. "No."

Él soltó un profundo suspiro. "No sé qué decir, dama. Lo siento, pero debe creer que la descripción que nos dieron de la dama que buscábamos coincide completamente con la suya."

Durante todo este tiempo, los hombres que habían cabalgado con ellos permanecían alrededor, sujetando sus caballos, aparentemente sin saber muy bien qué hacer.

Ella se volvió de nuevo. "¿Y por qué planeaban llevarse a esa dama de su grupo?"

El Terrateniente mostró una leve turbación. "Para casarse."

"¿Es su amada, entonces?"

Él negó con la cabeza, pareciendo aún más incómodo. "No. Nunca la he conocido, que es la razón por la que la tomamos a usted por error."

Elsbeth se cruzó de brazos y lo miró con furia. "¿Acaso vuestras habilidades de cortejo son tan deficientes que os veis obligado a raptar a una novia? ¿Es que nadie más os desearía?"

"Con la barbilla alzada y los hombros erguidos, respondió: "Es un asunto de alianzas. No es de vuestra incumbencia."

"Sí. Estoy de acuerdo. No puedo entender por qué un hombre necesita hurtar a la prometida de otro."

Era temprano por la noche, ya que habían cabalgado directamente hasta este castillo desde donde ella había estado acampando. Estaba exhausta y confundida. ¿Cómo volvería a encontrar a su grupo de escolta? Entonces se dio cuenta de que, una vez que todos despertaran, la encontrarían desaparecida. ¿Qué harían?

Probablemente la buscarían, y luego regresarían a Dornoch y le dirían a su hermana que había desaparecido. ¡Ach! ¡Qué lío!

Se frotó los ojos con los talones de las manos, esforzándose por no llorar. Miró al hombre que parecía ser el líder de los que la habían llevado. No estaba a más de unos pocos centímetros de ella. Retrocedió.

Él levantó la mano. "Por favor, Lady Elsbeth. Lamento sinceramente el error que hemos cometido. Estaré encantado de escoltarla a su convento."

"Ni siquiera sé quién es usted."

Él ofreció una reverencia cortesana. "Mis disculpas. Soy el Terrateniente Duncan Grant del Clan Grant."

"¿Y qué hay de mi familia? Los hombres de mi escolta me buscarán, y cuando no me encuentren, regresarán a la fortaleza de mi hermana, y ella se morirá de miedo."

"¿Dónde está su familia? ¿No está Johnstone cerca de la frontera?"

"Sí. Pero he estado viviendo con mi hermana y su esposo, el Terrateniente Haydon Sutherland en Dornoch."

"¿Sutherland?" El hombre debió conocer a Haydon, porque se estremeció cuando Elsbeth mencionó su nombre.

"Sí."

"¿A qué distancia de donde la encontramos está Dornoch? Creo que está muy arriba en las Tierras Altas, ¿no?"

"Sí. Les llevará unos días buscarme y luego regresar a casa."

"Enviaré un mensaje a su Terrateniente y le diré que está bajo mi protección y que la llevaré al convento en Perth. Me aseguraré de que el mensajero que envíe parta de inmediato y cabalgue sin descanso."

El cansancio la abrumaba. Poco sueño, un viaje extenuante hasta ahora, y ahora este disparate. Cuando empezó a tambalearse un poco, el Terrateniente extendió la mano y le tomó el brazo. "Creo que necesita un baño caliente, comida y luego horas de sueño."

Elsbeth intentó parecer feroz, pero temía que, en su estado, se pareciera más a una niña descuidada buscando a su madre. "No aceptaré nada de usted hasta que envíe a alguien a intentar encontrar a mi escolta, y si no, que proceda a Dornoch y asegure a mi hermana que todo está bien."

"Sí. Si me sigue, puede agregar una nota a la mía para que su hermana se tranquilice."

Pensando que Ainslee no había estado tranquila desde que Elsbeth había hecho su anuncio de ir a Perth, dudaba que este percance la hiciera sentir mejor. Pero como era lo único que se podía hacer, bien podía seguir el plan del Terrateniente. Ella asintió.

El Terrateniente se giró y se marchó, como si esperara que ella lo siguiera dócilmente. Ante la falta de alternativas, Elsbeth lo siguió. La llevó a una habitación acogedora con un fuego en el brasero. La habitación olía a turba y whisky. También percibió un ligero aroma del jabón que el Terrateniente debía usar, ya que lo había notado cuando estuvo muy cerca de él durante el viaje al castillo.

A pesar de su miedo y molestia, también había notado los enormes hombros del hombre, sus piernas musculosas y sus fuertes brazos mientras la sostenía.

"Por favor, tome asiento, Lady Elsbeth." Señaló una silla frente al gran escritorio que ocupaba buena parte de la habitación.

Ella se sentó y se acomodó las faldas, intentando mantenerse despierta el tiempo suficiente para terminar con esto. Después de su llegada al castillo, y de que entendió que el hombre no planeaba hacerle daño de ninguna manera, su miedo se disolvió, dejándola tan exhausta que dudaba que alguna nota que le escribiera a Ainslee tuviera sentido.

Él sacó un trozo de pergamino, una señal de que este era un clan rico. "¿Cuál es el nombre de su hermana?"

"Lady Ainslee Sutherland. Está casada con el Terrateniente Haydon Sutherland."

Él inclinó la cabeza. "Ya lo ha dicho."

Elsbeth siempre había sabido que Haydon era respetado, y en algunos casos, incluso temido, entre los otros clanes. Su reputación aparentemente había llegado al Clan Grant. Aunque no diría que el Terrateniente Grant parecía tener miedo de involucrarse con los Sutherland, ciertamente mostró un gran respeto por el hombre.

Sumergió su pluma en un pequeño tintero sobre el escritorio. Contempló el vacío por un instante, y luego comenzó a escribir. El calor de la habitación y la comodidad de la silla estaban adormeciendo a Elsbeth minuto a minuto. Debía obligarse a no desplomarse boca abajo sobre el escritorio frente a ella.

El Terrateniente Grant secó el pergamino y la miró. "He escrito que, por error, la separamos de su escolta, pero ahora que somos conscientes de nuestro error, la llevaré, bajo mi protección y con una escolta adecuada, al convento de Perth".

Elsbeth asintió.

"Ahora, si desea escribir algo de su puño y letra que su hermana reconocería, podemos enviar este mensaje de inmediato". Deslizó el pergamino sobre el escritorio. Elsbeth lo leyó, sin encontrar nada que alarmara innecesariamente a su hermana. El Terrateniente Grant parecía arrepentido, protector y dispuesto a hacer lo correcto.

Tras meditarlo brevemente, Elsbeth confirmó por escrito la veracidad de las palabras del Terrateniente. No estaba siendo maltratada de ninguna manera y esperaba partir en uno o dos días. También añadió que enviaría un mensaje en cuanto llegara a Perth.

Le sorprendió por qué confiaba en aquel hombre con las palabras que había escrito. Hasta ahora, no parecía más que contrito, pero rezó para no estar cometiendo un gran error al tranquilizar a su hermana sobre su seguridad.

Empujó el mensaje de vuelta por el escritorio. "Me encuentro extremadamente cansada, Terrateniente. Si fuera tan amable de

pedir a alguien que me muestre una cama, le estaría muy agradecida".

Esperaba no tener que añadir al Terrateniente que tenía la intención de dormir sola en dicha cama. Ciertamente no estaba demasiado cansada para luchar por su virtud si las cosas no salían como él decía.

Él se levantó. "Por supuesto, pero supongo que desearía un baño y una comida antes de retirarse".

"Sí. Sería muy agradable".

Esta vez, caminó hacia la puerta y luego le indicó que pasara delante de él. Como ella no sabía adónde iba, hubiera sido mejor que hubiera hecho lo mismo que antes y la hubiera dejado seguirlo.

El Terrateniente detuvo a una joven sirvienta que la observaba con ojos muy abiertos. "Margaret, lleva a Lady Elsbeth a una de las habitaciones de huéspedes. Luego, por favor, notifica a la ama de llaves que tenemos una invitada y que envíe un baño y una comida caliente para Lady Elsbeth. Después de eso, no se la debe molestar hasta que haga conocer su presencia".

La muchacha hizo una reverencia y miró a Elsbeth. "Por favor, sígame, mi señora, y le mostraré una habitación cómoda que ya está preparada".

Una vez que llegaron a la habitación, que era, como había dicho la joven doncella, bastante cómoda, Elsbeth observó la cama, pero sabía que dormiría mucho mejor si estuviera limpia y con el estómago lleno.

"Mi señora, haré que algunos hombres traigan la tina y el agua. Mientras tanto, pediré la comida a la cocina y volveré para ayudarla a desvestirse para el baño".

"Gracias".

La muchacha la miró de arriba abajo. "¿Supongo que no tiene otra ropa consigo?"

La ira por su situación volvió a surgir. Sin embargo, no había razón para desahogarse con esta joven doncella. "No. Puedo dormir con mi camisa si puede pedir a alguien que quite el polvo del camino de mi vestido. Se lo agradecería mucho".

"Por supuesto, mi señora. Sólo deme un momento para pedir lo que el Terrateniente ha ordenado, y volveré pronto".

* * *

Duncan hizo un gesto a los hombres que habían cabalgado con él y que ahora permanecían en el gran salón, con la mirada de quienes desearían estar en cualquier otro lugar. "A mi gabinete."

Una vez que todos estuvieron acomodados, algunos hombres en sillas, otros apoyados contra la pared, Duncan comenzó: "Esto es un completo desastre."

Nadie lo contradijo.

"No solo hemos raptado a la doncella equivocada, sino que esta se dirige a un convento." Se pasó la palma por el rostro. "Como Terrateniente, no culpo a nadie más que a mí mismo. Lady Elsbeth se parece exactamente a la descripción que nos dieron. Sin embargo, el cabello rizado rojo y un rostro hermoso no son tan inusuales en las Tierras Altas. Aun así, cometimos un error enorme, y ahora no solo no hemos detenido la boda entre los MacIntosh y los MacPherson, sino que tenemos bajo nuestra custodia a una doncella que planea servir a la iglesia."

Miró a Daniel. "Pasa el whisky."

Su estómago se había anudado cuando ella dijo que se dirigía a un convento. ¡Un convento! Por los dedos de Cristo, ¿por qué una doncella que se parece a Lady Elsbeth se dirigiría a un convento? Debería haber sido cortejada hace años y tener algunos niños aferrados a sus faldas.

Antes de sucumbir al agotamiento, ciertamente había mostrado mucho espíritu. Debía haber algo mal con los muchachos de Dornoch para dejar que esta belleza se les escapara de las manos.

Necesitas una novia.

Sí, era cierto, pero ¿una doncella prometida a la iglesia? Aunque, ella dijo que aún no había tomado sus votos. Entonces se reprendió a sí mismo. En lugar de desear a una doncella que se dirigía a un convento, debería estar pensando en la reacción que podría enfrentar de los Sutherland.

"Creo que deberíamos intensificar nuestro entrenamiento."

"¿Esperas problemas de su clan?" preguntó Gregory.

Duncan se encogió de hombros. "No lo sé. Por lo que sé del Terrateniente de Sutherland, es sensato y tiene la cabeza fría, no es de los que instigan una guerra a menos que sea por un insulto mayor."

Owen tomó un sorbo de whisky. "Podría considerar un insulto mayor que su hermana por matrimonio sea arrebatada de su escolta."

"Sí," dijo Duncan.

Todos se sentaron en silencio, reflexionando sobre el desastre que habían creado, terminando lentamente la jarra de whisky. Finalmente, harto de sentir lástima por sí mismo por el error, Duncan se golpeó los muslos y se puso de pie. "Es hora de ir a la cama. No podemos hacer nada sobre la situación ahora. Lo mejor es comer y encontrar nuestras camas. Las cosas podrían verse mejor por la mañana."

El único sonido mientras los hombres se levantaban y se dirigían hacia la puerta del gabinete fue el comentario de Owen. "Probablemente estará lloviendo por la mañana."

Las cosas no se veían mejor por la mañana, y Owen tenía razón. Mientras Duncan miraba por la ventana de su alcoba, apenas podía ver las murallas del castillo con la lluvia cayendo a cántaros, como si llorara por la doncella que habitaba bajo su techo por error.

Se lavó y se vistió para el día y se dirigió al gran salón para desayunar. Detuvo a Margaret en su camino por las escaleras. "¿Sabes si Lady Elsbeth se ha levantado?"

"Sí, mi Terrateniente. Se ha levantado hace un rato y ahora está terminando su desayuno."

Asintió a la criada y continuó hacia el gran salón.

Parecía que la doncella no era de las que se quedaban en la cama como una babosa. Levantada y lista para irse antes de que él siquiera bajara. Lo más probable es que estuviera ansiosa por seguir su camino, pero tendría que darle la noticia de que, con el clima como estaba, no podrían viajar hoy, y dependiendo de cuánta lluvia vieran, tal vez no por un par de días.

"Buenos días, Lady Elsbeth," dijo mientras se unía a ella en una de las mesas bajas. "¿Por qué no estás sentada en la tarima? Como invitada, deberías estar sentada allí."

La doncella lo miró con furia. "No soy una invitada. Soy una cautiva. Una prisionera."

Él sonrió, tratando de mejorar su humor antes de darle la mala noticia de que no podrían viajar hoy. "No. No eres una prisionera. De nuevo, debo disculparme por el error que cometimos."

Ella simplemente cerró los ojos y negó con la cabeza, luego continuó con su tazón de avena.

"¿Dormiste bien?"

"Sí." Apenas pronunció la palabra.

"¿La cama era cómoda?"

Ella se volvió hacia él, sus hermosos ojos brillando. "Sí, Terrateniente. Todo fue maravilloso. El baño caliente, la comida bien cocinada y la cama cómoda. Tu ama de llaves, Bridget, fue muy servicial y amable. El único problema es que no debería estar aquí para experimentar todos esos placeres."

El eco de la palabra 'placeres' resonó en su mente, avivando pensamientos que Duncan sabía que debían permanecer ocultos. La visión de su espíritu indomable encendía en él un deseo que luchaba por reprimir.

Ella será una monja.

Una de las sirvientas colocó un plato de madera frente a él, junto con una fuente de salchichas, huevos, pan moreno y tomates. Se sirvió y trató de ser sociable de nuevo. "Parecéis un tanto mayor para ingresar a un convento."

Apenas las palabras necias abandonaron su boca, deseó recuperarlas. Como esperaba, la joven lo fulminó con la mirada. "Quería asegurarme de llegar antes de que la senilidad me alcanzara, Terrateniente." Pronunció las últimas palabras entre dientes apretados.

Quizás, sería mejor simplemente comer su comida y seguir con su día. Justo cuando se había convencido de que esa era la mejor decisión, ella se volvió hacia él. "¿A qué hora partimos?"

Por la gracia. O no había mirado por las ventanas, o desconocía los viajes. "Ah, joven, no creo que podamos partir hoy."

Ella se echó hacia atrás como si la hubieran abofeteado. "¿Por qué no?"

"La lluvia. Todas las vías fluviales estarán inundadas, lo que hará que el viaje sea demasiado peligroso. Necesitamos esperar a que la lluvia cese y luego evaluar el estado de los caminos."

Sus hermosos labios carnosos se fruncieron, y su rostro se enrojeció. "¿Le teméis a un poco de agua?"

Cometió otro error y se rió. A juzgar por su ceño fruncido, no fue una buena idea. "Joven, sed razonable. Pienso en vuestra seguridad. Le prometí a vuestro Terrateniente que os llevaría sana y salva al convento en Perth. Faltaría a mi deber y promesa si partiéramos hoy. Me temo que estáis atrapada aquí por un día y posiblemente dos."

Después de mirarlo fijamente durante unos momentos, sus hombros se desplomaron en aceptación, y él suspiró aliviado. ¿Estaba tan ansiosa por ingresar a un convento?

Apoyó su barbilla en su mano, con el codo descansando sobre la mesa. "Me temo que no soy de las que se sientan todo el día, Terrateniente. Si no se me permite partir hoy, necesito algo que hacer."

"¡Sois una invitada! No tenéis por qué trabajar."

"No. Una prisionera."

"Una invitada." Su voz se elevó.

"Una prisionera," gritó ella de vuelta.

Fue entonces cuando notó que habían captado el interés de los demás en el salón. Bajó la voz. Quizás mejoraría el ánimo de la joven si tuviera algo que hacer además de preocuparse por el clima y su convento. "¿Cuáles eran vuestras tareas en la fortaleza de Sutherland?"

Ella entrecerró los ojos. "¿Por qué?"

"¿Todo lo que digo provoca sospechas?"

"Sí. Estoy aquí donde no tengo razón para estar, en lugar de camino a Perth. Decís que soy una invitada, no una prisionera, pero si intentara irme, sé que me detendríais."

"Por supuesto." Se pasó los dedos por el cabello. "No puedo dejaros ir sin escolta, y no podemos viajar con este clima."

Ella cruzó los brazos sobre el pecho. "Entonces, soy una prisionera."

"Mirad, joven, solo quiero saber qué hacíais en Dornoch."

Ella se encogió de hombros. "Varias cosas. Cuidaba el jardín, ayudaba en la cocina cuando estaban ocupados, y me entrenaba con la sanadora del clan."

"Bueno, si no os importa, nuestra sanadora está envejeciendo, y sé que le vendría bien algo de ayuda mientras estáis aquí. Especialmente con las hierbas que mezcla para sus pacientes."

Los ojos de la joven se iluminaron, y una vez más tuvo que sacudir mentalmente la cabeza ante esta hermosa joven que se encerraba en un convento.

"Puedo ayudar con eso. Trabajar con las hierbas era la parte del trabajo que más disfrutaba debido a mi amor por la jardinería." Hizo una pausa por un momento. "¿Le importará si asumo algunas tareas mientras estoy atrapada aquí?"

Él sonrió. "No estáis atrapada aquí, joven." Levantó la mano cuando ella abrió la boca para hablar. "Y no, no sois una prisionera, simplemente estamos esperando a que el clima mejore para poder escoltaros a Perth."

Ella le ofreció la primera sonrisa desde que la sacó de su tienda. Un deseo impropio lo asaltó, y tuvo que reprimir sus impulsos si quería conducirla con decoro a la estancia de Madeline.

Terminó su desayuno mientras pensaba en serpientes, cachorros, charcos de barro y la vieja y gruñona Gillis con la verruga en la nariz y sus dientes restantes marrones como la tierra. Eso funcionó, y tan pronto como se tragó el último sorbo de su cerveza, pudo levantarse y escoltar a Lady Elsbeth a la habitación de Madeline con dignidad.

Capítulo 4

Elsbeth descubrió que la curandera, Madeline, era tanto agradable como muy inteligente. Era una mujer mayor, pero no había perdido ni un ápice de su ingenio. Estaba más que feliz de que Elsbeth la ayudara mientras estaba atrapada en el castillo.

A Madeline le habían dado una habitación en el torreón, en la planta baja, que había sido reservada para su uso, a diferencia de Dorathia, que tenía una pequeña cabaña dentro del patio exterior en Dornoch.

Tras la partida del Terrateniente, Madeline escrutó a Elsbeth con ojos penetrantes. "¿Puedo preguntarte, muchacha, cómo es que una Sutherland se encuentra aquí?"

Elsbeth sonrió con suavidad. "En realidad, no pertenezco al clan Sutherland. Soy una Johnstone, y vivía con mi hermana y su esposo, el Terrateniente de Sutherland. Me dirigía a un convento en Perth cuando fui..." Le costaba encontrar las palabras para describir su situación a esta mujer de mirada sagaz. La honestidad, pensó, sería su mejor aliada. "Fui apartada de mi escolta y traída aquí."

Las cejas de Madeline se arquearon con curiosidad. "¿En verdad? ¿Y cuál fue el motivo?"

"Fue un error. El Terrateniente y sus hombres me confundieron con otra persona."

Sus ojos brillaron con una chispa de picardía, y una sonrisa surcó su rostro curtido. "Ah, así que ahora te quedarás aquí. ¿Acaso te casarás con el Terrateniente?"

"¡No!" La sorpresa y una emoción desconocida la invadieron. "Espero a que el clima mejore para continuar mi camino hacia el convento."

Madeline le dio un amistoso codazo. "El Terrateniente es un hombre valiente, apuesto y de buen corazón. Sería un excelente marido para ti. Juntos, tendrían hijos fuertes y hermosos."

¿Por qué todos asumían que su destino era el matrimonio? ¿Por qué no respetaban su decisión? Tal vez nunca deseara casarse.

Mentira.

Incluso si lo hiciera, ningún hombre la había hecho sentir como su hermana se sentía por su marido. El simple hecho de que el Terrateniente Grant le hubiera provocado escalofríos cuando la tocó no significaba nada. El hombre la había tomado prisionera. No le daría ni un pensamiento más.

"Mi decisión está tomada. Serviré al Señor."

"Ah, muchacha." Madeline extendió su mano y tocó la frente de Elsbeth. Una extraña sensación la recorrió. "El Señor obra de maneras misteriosas, mi señora. Quizás haya una razón para este error." Le guiñó un ojo con complicidad.

"Sí, fui confundida porque me parezco a la mujer a quien el Terrateniente Grant intentaba capturar y obligar a casarse con él. No es el tipo de hombre que me inspira confianza."

En lugar de discutir, la anciana simplemente sonrió y asintió con la cabeza. "Ya que estarás aquí por un tiempo, déjame decirte lo que puedes hacer para ayudar más."

Aliviada de que el tema del Terrateniente hubiera concluido, Elsbeth escuchó con atención mientras Madeline señalaba los cuencos de hierbas y explicaba qué plantas debían ser trituradas y mezcladas. Era un trabajo familiar para Elsbeth, y le complacía tener una ocupación hasta su partida, y así evitar al Terrateniente Grant.

No le gustaba la forma en que la miraba. Ni cómo se sentía cuando él la tocaba accidentalmente, o tal vez no por accidente. Su corazón aleteaba y su estómago albergaba un grupo de mariposas.

Las dos mujeres disfrutaron de una mañana cómoda y productiva. Elsbeth se sorprendió de lo rápido que pasó el tiempo. Aunque había ayudado a Dorathia en el clan Sutherland, allí era solo una persona más, al igual que en cualquier otro lugar del castillo de Dornoch, ya que Dorathia estaba entrenando a su sobrina Helen para que la reemplazara cuando fuera demasiado vieja para trabajar.

Madeline se apartó de la mesa y sonrió. "Gracias por tu ayuda, muchacha. Me habría llevado tres días hacer todo lo que hiciste en una mañana." Se frotó la cadera. "Estos viejos huesos ya no responden como antes."

"Estaba más que feliz de ayudar." De hecho, se sintió más útil de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Un golpe en la puerta interrumpió la conversación. Un hombre del grupo que la había capturado estaba en el umbral. Se quitó la gorra y le hizo una reverencia. "Mi señora, el Terrateniente solicita su presencia en el gran salón para el almuerzo."

Su estómago rugió, recordándole su hambre. Se volvió hacia Madeline. "¿Nos acompañas?"

"No. Tomo mis comidas en la cocina." Le dio un empujón a Elsbeth. "Pero tú eres una invitada, así que deberías encontrarte en el gran salón."

"Soy una prisionera", murmuró mientras salía por la puerta, sin esperar a que el hombre que la había traído la escoltara. Ciertamente sabía dónde estaba el gran salón. No era una indefensa.

Tras deambular por los pasillos, preguntó a una criada por la ubicación del gran salón. La muchacha la guió hasta allí, cerca de la entrada del torreón. Cuando vio al hombre que la había enviado, temió que su rostro se encendiera.

Y así fue.

"¿Dónde estabas, muchacha?" Preguntó el Terrateniente.

"Yo, hum, tenía algo más que hacer primero." Se puso aún más roja cuando se dio cuenta de lo que eso debía haber sonado.

Él ignoró su incomodidad, y ella tomó el asiento junto a él al que él le indicó. No quería sentarse en el estrado con él y los otros hombres. No era una invitada.

"Debería haberte presentado a mis hombres."

Antes de que Elsbeth pudiera objetar, Duncan continuó. Señaló al hombre a su lado. "Owen, mi segundo al mando." Luego siguió por la fila. "John, Kevin, Danie y Gregory. Todos ellos Grant." Cada hombre asintió al escuchar su nombre.

Ella ofreció una sonrisa parcial. No quería ser grosera, pero realmente, ¿por qué querría conocer los nombres de los hombres que la habían arrastrado lejos de su grupo de escolta?

El Terrateniente Grant comenzó a llenar la trinchera frente a ella con comida de los platos en la mesa frente a ellos. El almuerzo en Dornoch no era tan formal como este. La mayoría de las veces los

guerreros entraban durante un descanso en el entrenamiento y tomaban una comida. La familia a veces usaba el gran salón, y otras veces enviaban comida al solar de Haydon, donde el Terrateniente, Ainslee, Maura y Conall comían juntos, haciendo rebotar a sus hijos en sus rodillas.

Sintiéndose incómoda, y como una pata extra en un caballo, había dejado de unirse a ellos unos meses antes. La mayoría de las veces se sentaba en la cocina y tomaba algo ligero antes de regresar al jardín. La tarde era su momento favorito para estar al aire libre.
"¿Cómo te fue con Madeline?" preguntó el Terrateniente, partiendo un bannock y ofreciéndole un trozo.Ella pretendía ignorar su intento de conversación social, aún dolida por su situación, pero sus años de entrenamiento en buenos modales no se lo permitieron. "Estuvo bien."

Él continuó estudiándola hasta que ella añadió con un resoplido: "Madeline es una mujer muy brillante. Aprendí mucho de nuestra curandera, Dorathia, pero Madeline tenía algunas hierbas de las que nunca había oído hablar."

El Terrateniente asintió brevemente. "Estoy seguro de que apreció tu ayuda."

"Sí. Ella lo dijo." Después de dos bocados más de estofado, preguntó, "¿Podemos irnos mañana, Terrateniente?"

Él negó con la cabeza. "¿Supongo que no has salido de la fortaleza? Todavía está lloviendo, y bastante fuerte. Incluso si la lluvia cesa hoy, no veo que podamos irnos hasta dentro de unos días."

Vertió más cerveza en su copa y en la de ella. "¿Por qué estás tan ansiosa por irte? ¿No puedes esperar para encerrarte lejos del mundo?"

Ella se erizó, molesta por la pregunta. "Es una promesa a la Hermana Albert, Terrateniente. Me espera, y no me gusta decepcionar a nadie. Soy una mujer de palabra."

En lugar de fruncir el ceño, el Terrateniente se rio, irritándola aún más. Se negó a dejarse conmover por su atractivo rostro. Su cabello negro, sus ojos color avellana y su barba, que ocultaba una cicatriz, le provocaban extrañas sensaciones en el pecho.

Su barbilla se elevó un poco. "¿Qué es tan gracioso, Terrateniente?"

"Ah, muchacha. Primero que nada, desearía que me llamaras Duncan. Segundo, sé que estás tratando de explicarte e insultarme al mismo tiempo. Estoy de acuerdo, raptar a una muchacha en su camino a su boda no suena honorable."

Levantó la mano cuando ella empezó a hablar. "Pero hay momentos en que debes hacer lo que crees que es mejor para tu clan. Como Terrateniente, soy responsable de la seguridad y el bienestar de todos en el Clan Grant. Con una alianza entre los dos clanes a ambos lados de nosotros, no estamos tan seguros como el mes pasado."

"Pero no detuviste la boda, ya que te llevaste a la muchacha equivocada."

Él hizo una mueca. "Sí. Un error que me temo podría costarnos en el futuro."

¿Cómo podía sentir pena por el hombre? Intentó robarle una mujer a su futuro esposo. Por supuesto, con cómo se hacían las cosas la mayoría de las veces, la muchacha MacPherson probablemente no tenía voz en casarse con el hijo MacIntosh.

"¿Cómo es el hombre con el que se va a casar Lady Agnes MacPherson?"

El Terrateniente—no podía pensar en él como Duncan—se reclinó en su silla. "Por lo que hemos oído, no es agradable. De hecho, sentí que estaba salvando a la muchacha de una vida desagradable."

Ahora era el turno de Elsbeth de reír. "Me parece que estás buscando una razón para excusar tu comportamiento."

Él le devolvió la sonrisa, y se miraron fijamente durante unos instantes, sus sonrisas desvaneciéndose. Elsbeth apartó la mirada y se quedó mirando su comida. Sabía que sus mejillas estaban rojas, y no sabía por qué.

Sí, lo sabes, muchacha.

* * *

Cada minuto, Duncan se sentía más hechizado por aquella doncella, tan decidida a ingresar en un convento. Había intentado toda la mañana olvidarla, pero su mente no dejaba de evocar su sonrisa, la manera en que alzaba la barbilla y el fuego en sus ojos cuando se enfadaba. Generalmente, con él.

Nunca había dedicado mucho tiempo a pensar en tomar esposa. Como Terrateniente, sabía que era algo que debía hacer. A sus veintiocho años, sabía que pronto llegaría el momento, pero ninguna de las doncellas que había conocido en la corte le interesaba.

Como todo Terrateniente, buscaría una esposa que trajera consigo una fuerte alianza. Debía admitir, aunque solo fuera para sí mismo, que la idea de raptar a la doncella MacPherson le resultaba atractiva, pues así se ahorraría la búsqueda de esposa y todo lo que ello implicaba: una novia que aportara una sólida alianza a su clan.

Lady Elsbeth Johnstone era aún más adecuada que cualquier otra doncella que pudiera imaginar. Pariente del poderoso clan Sutherland, en lo alto de las Tierras Altas, por matrimonio, y del sólido clan Johnstone, bien considerado cerca de la frontera, por nacimiento, reunía todos los requisitos para ser una esposa digna de él.

Además de sus formidables conexiones, era una doncella hermosa, agradable —al menos cuando no le fruncía el ceño— y poseía un cuerpo que cualquier hombre se complacería en ver en su lecho. Como todas las hijas de Terratenientes, había sido educada para administrar una fortaleza.

Era perfecta. E inalcanzable.

—¿Puedo pedirle algo, Terrateniente? —Elsbeth colocó su daga de mesa sobre la mesa, junto a su plato.

—Sí. Pero no que se marche antes de que los caminos estén despejados. Eso no puedo ofrecerle. Pero para concederle su petición, le pido que me llame Duncan.

Ella asintió. —¿Tiene libros?

La doncella continuaba sorprendiéndolo. No conocía a ninguna doncella en el castillo, ni en la corte, que preguntara por libros. Sabía que podía leer, porque había escrito una nota a su hermana,

pero preguntar por libros era algo que nadie le había pedido jamás. —Tengo libros en mi gabinete. ¿Le gusta leer?

—Sí. Mi padre se aseguró de que mi hermana y yo supiéramos leer y hacer cuentas. Tenía varios libros en nuestra fortaleza, pero los leí todos. Terrateniente Sutherland también guarda algunos libros, pero, de nuevo, los leí todos. Siempre busco algo nuevo.

Duncan empujó su silla hacia atrás. —Venga conmigo, doncella, y veremos si los libros que tengo son nuevos para usted.

Ella sonrió radiante, y su corazón dio un vuelco. ¿Por qué le atraía tanto esta doncella? No era solo su belleza, aunque sí, sería una esposa perfecta para él, sino que también tenía algo especial que le hacía sentir más de lo que había pensado que traería consigo tomar esposa.

Suspiró ante la forma en que su mente se había distraído desde que sacaron a la doncella de su tienda. Si estaba decidida a ingresar en el convento de Perth, entonces necesitaba alejar su mente de donde había estado divagando.

El gabinete, santuario de quietud, lo acogía con su habitual silencio. Allí, entre anaqueles de pergamino y tinta, Duncan desentrañaba los misterios de la contabilidad, las fluctuaciones de las cosechas y las intrigas de sus aparceros. A menudo, este refugio se transformaba en escenario de conciliábulos, donde los miembros del clan y los inquilinos acudían en busca de su juicio.

También estaban las ocasiones en que celebraba allí audiencias y tomaba decisiones sobre numerosas situaciones y problemas. Otra razón por la que le encantaría tener una esposa era para compartir parte de la carga con ella. Se necesitaba una mujer en tratos difíciles, y siempre se sentía perdido cuando surgía algo que requería una mano más suave.

—¡Ay! Tiene bastantes libros. —Ella giró en un círculo, contemplando todos los estantes. Tras echarle una mirada por encima del hombro, después de sacar un libro del estante, preguntó: —¿Lee usted también, Terrateniente?

—Duncan —dijo él, acercándose a donde ella estaba—. Le pedí que me llamara Duncan. ¿Le resulta tan difícil, doncella?

Una vez más, le aparecieron manchas rojas en las mejillas. Parecía suceder a menudo cuando estaba cerca de él. ¿Era posible que una doncella prometida a la iglesia pudiera tener los mismos extraños sentimientos hacia él que él hacia ella?

Extendió la mano y le tocó la barbilla. Piel tan suave, un tenue aroma a flores que le llegaba a la nariz. —¿Qué dice?

Ella negó con la cabeza. —No veo ninguna razón para llamarle por su nombre. Estaré aquí poco tiempo y luego me iré al convento. No importa cómo le llame.

Su yema del dedo trazó sus labios carnosos, luego vagó por su garganta hasta que su pulgar e índice le acunaron la barbilla. Podía ver el latido de la vena en su cuello. Sí, estaba afectada.

Antes de que pudiera pensarlo más, inclinó lentamente la cabeza, dándole la oportunidad de rechazarlo. Ella lo estudió con ojos muy abiertos, pero no se movió. Él rozó un suave beso sobre sus labios húmedos y cálidos. Se movió de un lado a otro, y una vez animado, envolvió sus brazos alrededor de su cintura y la atrajo hacia sí.

Ella gimió, pero no lo apartó. Él inclinó la cabeza para profundizar el beso. Ella jadeó cuando él tocó sus labios con su lengua, permitiéndole deslizarse hacia el calor húmedo de su boca. Ella sabía a la miel del bannoch y al amargor de la cerveza.

Si existiera algo como un beso perfecto, este lo era. Justo cuando se estaba acomodando para una larga exploración de su boca, sus manos se deslizaron entre sus cuerpos y ella empujó contra su pecho.

"No."

Él la soltó, nunca uno para forzarse sobre una doncella. Ella estaba jadeando, al igual que él. Cerrando los ojos, sacudió la cabeza. "Lo siento, doncella. Nunca debí haber hecho eso."

"No", sus labios pronunciaron, pero sus ojos decían algo diferente. "¿Necesito preocuparme por mi seguridad aquí después de todo?" Las palabras apenas salieron de sus labios mientras ella luchaba por respirar.

Él se enderezó, casi conmocionado por lo que había hecho. Y lo perfecto que había parecido. "No hay necesidad, Elsbeth. Nunca

volveré a hacer eso. No es mi costumbre aprovecharme de una mujer bajo mi protección." Le ofreció una ligera reverencia y salió de la habitación antes de que cambiara de opinión e hiciera exactamente lo que acababa de afirmar que nunca haría.

Una buena y larga batalla en las listas era exactamente lo que necesitaba. Miró por la puerta del gran salón mientras uno de sus guerreros entraba, sacudiéndose como un perro mojado.

Por los dedos de Cristo. ¿Nunca dejaría de llover?

Capítulo 5

Con un suspiro que delataba una turbación recién descubierta, Elsbeth rozó sus labios con la punta de sus dedos, como si quisiera retener la impronta de aquel contacto. El lugar exacto donde los labios del Terrateniente, Duncan, habían sellado un instante que trascendía lo ordinario. Jamás había experimentado una sensación semejante. Como muchas jóvenes, había conocido fugaces roces de labios, meros preludios de un mundo inexplorado, pero ninguno se comparaba con la intensidad de aquel beso.

Ahora comprendía un poco mejor por qué Maura y Ainslee sonreían tanto. Si aquello era el preludio de lo que sucedía en la alcoba entre marido y mujer, explicaba muchas cosas y revelaba su ignorancia sobre tales asuntos.

Reprendió su ingenuidad y se dirigió a la puerta del salón, siguiendo a Duncan. Su vida estaba en el convento. Era una decisión que había tomado, y la mantendría. De hecho, era la primera decisión que había tomado por sí misma en toda su vida. Siempre había seguido las ideas y la dirección de Ainslee desde que eran niñas en la guardería.

Sin embargo, una oscura nube de duda se cernió sobre ella. ¿Acaso su primer paso en la dirección de su propia vida había sido un error?

Absorta en sus cavilaciones, no se percató hasta llegar a su alcoba de que había olvidado recoger un libro, tan distraída estaba por el recuerdo del beso de Duncan.

¡Ay! Lo había pensado por su nombre de pila, una familiaridad que la desconcertó. No es que de ello fuera a surgir algo, se apresuró a pensar.

Apartando la cubierta de piel que protegía la ventana, observó con melancolía la lluvia torrencial. Necesitaba que cesara, que los caminos se despejaran para emprender su viaje a Perth. Temía que la prolongada estancia en presencia del Terrateniente del Clan Grant

la pusiera en peligro, no de una manera física, sino en un terreno más íntimo y vulnerable.

Observando el aguacero, repasó en su mente el beso que habían compartido. Al principio, se había sobresaltado, y luego se dio cuenta de que él había logrado despertar algo dentro de ella. El lugar en su estómago donde las mariposas se habían congregado antes se había vuelto tan animado como una danza escocesa.

Solo pensar en ello hacía que su corazón volviera a latir con fuerza. También había oído el corazón de él palpitar contra sus pechos cuando la atrajo hacia sí. Fuera lo que fuera lo que había sentido, parecía que no era la única en reaccionar así.

Debatiéndose entre buscar a Duncan y pedirle que repitiera aquel instante mágico, o refugiarse en la oración, buscando fuerzas para resistir su influjo y para que la lluvia cesara, se decidió a salir de su alcoba. Sí, la oración era la mejor decisión. Rezar por fuerzas para evitar a Duncan y para que la maldita lluvia cesara para poder partir.

Encontró un rincón tranquilo, pero, para su vergüenza, pronto se aburrió. Se levantó de sus rodillas, se frotó las articulaciones y se dirigió a la cocina. Sabía por sus años en los castillos de Johnstone y Sutherland que siempre se necesitaba ayuda en la cocina.

"Buenas tardes, mi señora". La sonriente mujer rolliza que parecía estar a cargo de la cocina la saludó desde donde estaba con dos fregadoras, dándoles instrucciones. "Entiendo que se quedará con nosotros un tiempo".

Sin duda, las noticias corrían rápido en un castillo. "Sí. Estoy de camino a un convento en Perth. Solo espero a que la lluvia cese para que el Terrateniente pueda escoltarme allí".

Las cejas de la cocinera se alzaron. "¿Un convento? ¿Por qué una joven como usted se dirige a un convento?"

Le costó reprimir su molestia. Estaba cansada de las miradas de sorpresa ante su decisión. En cambio, sonrió. "Es mi deseo. Ahora, sin embargo, me gustaría ayudarla en la cocina, para ocupar el tiempo. No creo conocer su nombre".

Evidentemente sorprendida por su franqueza, la cocinera vaciló y luego dijo: "Mi nombre es Beatrice Grant". Sacudió la cabeza.

"Pero me temo que no puedo permitirle trabajar en la cocina, mi señora. El Terrateniente no estaría complacido. Es usted una invitada".

"Ach". Si volvía a oír esa palabra, gritaría. No era una invitada. Era una prisionera. Una invitada recibe una invitación y decide si quiere aceptarla. Una invitada no es sacada de su sueño, arrojada sobre un caballo y luego llevada a un castillo y obligada a quedarse allí.

Intentando recuperar su natural dulzura, sonrió a la cocinera. "Creo que al Terrateniente no le importaría que trabajara en la cocina. Ayudé a su sanadora, Madeline, esta mañana". Añadió rápidamente: "Con su bendición".

La cocinera, sin embargo, siguió negando con la cabeza. "La ayuda en la cocina es mucho más ardua. Sucia y desordenada. No puedo permitirlo".

Apretando los dientes, Elsbeth asintió. "Gracias por su preocupación, Beatrice". Con esas palabras lacónicas, se dirigió al gran salón.

Después de pasear por el gran espacio vacío, y en contra de su mejor juicio, buscó una vez más el salón de Duncan. A pesar de que necesitaba mantenerse alejada de él por su propia cordura, se enfrentaba a perder la cabeza si no encontraba una manera de mantenerse ocupada. No estaba acostumbrada a quedarse sentada, haciendo de dama.

Si tenía suerte, él estaría fuera y podría buscar sus libros para leer en paz.

Pero la suerte parecía esquiva aquel día. Tras llamar, un suave "adelante" la hizo respirar hondo y abrir la puerta. Duncan estaba allí, aunque se sintió aliviada al ver a Owen sentado frente al escritorio del Terrateniente.

"Discúlpeme, Terrateniente, pero nunca conseguí el libro. Si no interrumpo, ¿puedo buscar uno?"

Su corazón palpitó y su estómago se contrajo ante la mirada en su rostro. Su semblante se iluminó y sonrió. Incluso Owen lo notó, ya que les sonrió a los dos. Ella frunció el ceño. Lo último que

necesitaba era que otra persona en el castillo la empujara hacia el Terrateniente.

"Sí, por favor, sírvase usted misma, Elsbeth".

Así que estaba usando su nombre de pila. Ya no más "mi señora". Bueno, ella podría pensar en él como Duncan, pero no cedería y se dirigiría a él de esa manera. "Gracias".

Volvió a los estantes, sacando un libro, hojeando las páginas y volviéndolo a colocar. La mayoría de los tomos eran relatos históricos del Clan Grant. Uno, sin embargo, llamó su atención: "Comedias, historias y tragedias del señor William Shakespeare".

Era un libro muy extenso, compuesto por numerosas páginas con treinta y seis obras de teatro. La mantendría ocupada durante mucho tiempo. Había disfrutado leyendo algunas de las obras del señor.

"Elsbeth había leído las obras de Shakespeare antes y esperaba pasar el tiempo mientras aguardaba su partida.

—"Ese libro es bastante pesado, Elsbeth. ¿Necesitas ayuda para llevarlo?" La voz suave y profunda de Duncan la envolvió. Se giró y vio que, mientras ella estaba ocupada buscando un libro, Owen se había marchado.

Nada bueno.

El Terrateniente se reclinó en su silla, estudiándola con una intensidad que la incomodaba.

—"No, Terrateniente. Creo que puedo llegar a mi alcoba sin ayuda." Levantó el pesado libro y se dirigió a la puerta.

Él se levantó de un salto, y antes de que ella se diera cuenta, estaba frente a ella sosteniendo la puerta abierta.

Ella asintió. —"Gracias."

—"Elsbeth."

Ella se detuvo, frunciendo el ceño. —"¿Sí?"

—"¿Juegas ajedrez?"

Ella sonrió. —"Sí. Me encanta una buena partida de ajedrez. ¿Juegas?"

—"Sí. Estaba pensando que quizás después de la cena de esta noche podríamos jugar algunas partidas."

—"Me gustaría, Terrateniente."

Él extendió la mano y le tocó la mano. "Me gustaría que me llamaras Duncan. También deseo disculparme de nuevo por besarte. Simplemente no quiero que te sientas incómoda a mi alrededor".

¿Por qué tenía que ser tan amable este hombre? La había secuestrado. Tenía que recordar eso. No estaba allí por invitación, sino por la fuerza.

Excepto que él no había sido más que arrepentido y amable desde que se enteró de su error. Por el amor al Cielo, siempre estaba tan confundida cuando estaba cerca de este hombre.

—"Intentaré recordar llamarte Duncan, pero como nos separaremos en un par de semanas, no parece algo por lo que debas preocuparte."

El Terrateniente estalló en risa y apoyó el antebrazo contra el marco de la puerta, acercándose demasiado a ella. —"Soy un guerrero, muchacha, y Terrateniente del Clan Grant. No me preocupo. Eso es para las muchachas."

Su respiración comenzó a acelerarse. Necesitaba alejarse, o se encontraría de nuevo en sus brazos, jugando con el suave cabello que se rizaba sobre la parte posterior de su leine. A diferencia de otros hombres, él no llevaba el cabello largo y recogido con un trozo de cuero. Era más corto, lo que parecía sentarle mejor.

Ella retrocedió. —"Si me disculpas, Terrateniente—Duncan—, aprovecharé bien este libro." Antes de que él pudiera siquiera responderle, salió corriendo, subiendo las escaleras, llegando a su alcoba sin aliento y sonrojada."

* * *

Duncan, sentado en el estrado, conversaba con Owen y Gregory. Por mucho que intentaba evitarlo, sus ojos se desviaban constantemente hacia el corredor por donde Elsbeth aparecería para la cena.

La lluvia finalmente había cesado, y había enviado a uno de sus hombres a evaluar los caminos. A su regreso, el hombre confirmó lo esperado: estaban inundados. Según su estimación, si la lluvia no volvía a caer, podrían viajar en dos días.

Sería bueno llevar a Elsbeth fuera de la fortaleza y al convento que tanto deseaba. Aunque no estaba seguro de que eso fuera lo que la joven realmente quería. Sabía que no le gustaba que le preguntaran al respecto, pero se preguntaba si la razón era que ella misma no estaba tan segura.

Justo entonces, ella entró en el gran salón y se dirigió hacia él. Sus músculos abdominales se tensaron al verla. Una de las criadas había revisado un baúl de vestidos olvidados por una de las invitadas de su madre hacía unos años. Probablemente estaban pasados de moda para una dama de alcurnia, pero le quedaban bien y se veía maravillosa con el vestido azul profundo que acentuaba sus curvas.

Nunca una doncella más fina había honrado la estancia. Era hermosa, pero además de eso, era amable y encantadora. Sonrió a algunos de los miembros del clan mientras cruzaba la sala. Aparentemente, en el poco tiempo que había estado en la fortaleza, ya había hecho algunos conocidos.

Le molestó sobremanera cuando se detuvo a hablar con uno de los guerreros que la miraba como si fuera su próxima comida. Si no se movía pronto, se vería obligado a saltar sobre la mesa y golpear al muchacho.

"Veo que la bella Elsbeth ha capturado por completo tu atención, Terrateniente. Me temo que estás dejando un rastro de admiración en el suelo, mientras estás babeando."

Duncan giró la cabeza bruscamente y vio a Owen mirándolo con una enorme sonrisa.

"No estoy babeando. No seas ridículo." Levantó su copa de cerveza y tomó un sorbo, fingiendo ignorar a Elsbeth, pero observándola por encima del borde de su copa.

Finalmente, la joven se unió a ellos en la mesa. Se levantó y retiró la silla a su lado. "Te ves hermosa, mi señora."

"Gracias." Ella se sentó, y él le hizo señas a una camarera. "Por favor, tráele a su señoría una copa de cerveza." Miró a Elsbeth. "¿O prefieres vino?"

"En realidad, preferiría vino. Gracias."

Golpeó con la punta de su dedo sobre la mesa, sintiéndose repentinamente incómodo. La joven le hacía eso. Lo que quería decir

y lo que podía decir eran muy diferentes. Quería pedirle que abandonara la idea de un convento y se casara con él.

Sí. Eso era precisamente lo que quería decir. Ella sería perfecta, y no solo porque un matrimonio con ella sería beneficioso para el clan o lo salvaría de una búsqueda. Al principio, esas habían sido sus consideraciones.

Desde entonces, se había dado cuenta de que había otras razones por las que le gustaría ver a Elsbeth como su esposa.

"¿Avanzaste mucho en tu libro?" preguntó.

Elsbeth se llevó la mano a la boca e intentó ocultar una risita. "En verdad, comencé a leer y me dio sueño. Tomé una agradable siesta reparadora y no avancé mucho con el señor Shakespeare."

Duncan se rió. La joven tenía sentido del humor, lo cual era una razón más por la que disfrutaría la vida con ella. "Es bueno que hayas dormido la siesta, porque estarás bien despierta para nuestro juego de ajedrez."

"Ah, Terrateniente, estoy segura de que puedo vencerte medio dormida."

Sus cejas se alzaron, y tomó un sorbo de cerveza. "¿En serio? No sé nada de eso, muchacha. Soy tan feroz en el tablero de ajedrez como en el campo de batalla."

Ella asintió en agradecimiento a la joven que le puso la copa de vino delante. "No deberías decir eso, Terrateniente. Solo me hará concentrarme aún más."

Se inclinó cerca de ella. "Duncan."

Sus mejillas se ruborizaron, y desvió la mirada.

Duncan se recostó y reflexionó sobre su invitada. Por qué seguía coqueteando con la joven e insistiendo en que usara su nombre de pila era tan confuso para él como los sentimientos que ella despertaba en él.

"Veo que la lluvia ha cesado. ¿Tienes alguna idea de cuándo podremos partir hacia Perth?" La suavidad de su voz lo agitó en lugares en los que no debería estar pensando.

"Ah. ¿Tan ansiosa estás por dejarnos? ¿No hemos sido lo suficientemente hospitalarios contigo?" Intentó poner humor en sus palabras, pero el trasfondo de desconcierto era claro para sus oídos.

"La hospitalidad no juega un papel cuando estás prisionera."

Odiaba cómo sus palabras le apuñalaban el corazón. No importaba lo agradable que fuera, cuánto intentara ofrecer comodidad y facilidad a su visita, ella se mantenía firme en ser una prisionera. Tal vez, debería arrojarla a la mazmorra sin usar desde hace años para que sintiera lo que era realmente ser prisionera.

"No me arrojes a la mazmorra, por favor," dijo ella, sus ojos bailando con alegría.

Él se sobresaltó. "¿Dije eso en voz alta?"

Ella sonrió. "Sí."

"Ach. Tengo la costumbre de hacer eso."

"Mejor no hagas eso cuando juguemos ajedrez. Entonces me dirás que la única razón por la que te vencí tan rotundamente fue porque me dijiste tus movimientos."

La comida llegó en grandes platos colocados sobre las mesas. Las camareras habían añadido platos de pan delante de ellos. Usando sus buenos modales, Duncan colocó los mejores trozos de carne y verduras en el plato de pan de Elsbeth. Ella asintió en agradecimiento y sacó su daga de comer de su cinturón.

Owen captó su atención, y discutieron diversos asuntos del clan y la posibilidad de cierto rencor debido a la alianza entre los McPherson y los MacIntosh.

Su segundo al mando bajó la voz y se inclinó cerca del oído de Duncan. “¿Has pensado en las ventajas para el Clan Grant si persuadieras a la hermosa doncella a tu lado para que se casara en lugar de entrar en un convento? Sutherland y Johnstone formarían una alianza muy fuerte”. Le guiñó un ojo.

“La dama tiene su mente puesta en un convento”.

Owen agitó la mano. “¡Bah! Ella no sabe lo que quiere. Estoy dispuesto a apostar a que la muchacha está sufriendo por un corazón roto y su solución es huir”. Se inclinó aún más. “Hay más de una manera de atrapar a un conejo, ya sabes”.

“No seas tonto. Su señoría ya se siente como una prisionera. Si siquiera pensara en persuadirla de sus planes, lo último que funcionaría con ella sería cualquier tipo de trampa”.

Owen se encogió de hombros y tomó su copa. “Entonces usa tus poderosas habilidades con las damas”.

Duncan se desplomó en su silla, jugueteando con la copa de cerveza. ¿Poderosas habilidades con las damas? El hombre debía estar loco. Ciertamente, había tenido suficiente éxito a lo largo de los años en lo que respecta a los placeres de la cama, pero difícilmente se consideraría un libertino.

Miró a Elsbeth, que estaba en medio de una animada conversación con Daniel, sentado a su otro lado. Entonces, ¿Owen creía que la muchacha huía de un corazón roto? Sería un canalla aprovecharse de eso.

Por otro lado, ningún sacrificio era demasiado grande para un Terrateniente por su clan. Cuando la conversación entre Daniel y Elsbeth llegó a su fin, él colocó su mano sobre la de ella y la apretó ligeramente. “Es hora de nuestra partida de ajedrez, mi señora. ¿Estás lista para perder?”.

Capítulo 6

Elsbeth caminó junto a Duncan mientras se alejaban del gran salón. Había logrado controlar sus extraños e incómodos sentimientos al estar cerca de Duncan durante la cena con todos los demás en la sala y durante su conversación con uno de sus hombres.

Ahora estarían solos los dos. Y un tablero de ajedrez.

Él la condujo a una habitación en la que no había estado antes. Abrió la puerta y le indicó que entrara. Todo en la habitación hablaba del dominio de un hombre. Muebles masculinos, cómodos pero grandes, llenaban los espacios. Justo enfrente de la chimenea, un aparador ocupaba bastante espacio en una pared. Varios vasos de cristal y una jarra descansaban allí.

Duncan se puso las manos en las caderas y miró alrededor. "Esta es mi habitación de tranquilidad. Al menos, así la llamo. Cuando las cosas se ponen demasiado ruidosas y molestas, me retiro aquí".

"Ah. Pero cuando las cosas se ponen demasiado ruidosas y molestas, ¿no te preocupas?" Ella sonrió, y él se unió a ella con su propia sonrisa.

"Sí".

Ella vagó un poco por la habitación, sintiendo la presencia de un hombre poderoso. En la esquina había una pequeña mesa con dos sillas y un tablero de ajedrez ya preparado. "¿Juegas como tu propio compañero?"

"Sí", dijo. "No invito a mucha gente a esta habitación, y encuentro muy relajante jugar ambos lados del tablero de ajedrez".

"¿De verdad? Nunca pensé en hacer eso. Para mí suena confuso, pero debo intentarlo alguna vez".

"La exclusividad de la invitación generó en Elsbeth un torbellino de emociones encontradas, oscilando entre el halago y la inquietud. ¿Debía sentirse honrada o alarmada ante tal privilegio?". Él señaló la pequeña mesa. "Como tendrás un compañero esta noche, no

tendrás que lidiar con eso ahora". Retiró una silla y ella se sentó. Tomó la reina de su lado del tablero, girándola para estudiar los detalles. "Estas piezas son hermosas".

"Gracias. Las tallé yo mismo". El orgullo era evidente en su voz.

Ella dejó la reina y tomó un alfil. "Vuestra versatilidad no deja de sorprenderme, Terrateniente.".

"Duncan, por favor". Se frotó las manos. "¿Estás lista, muchacha?"

"Sí". Como la silla que había sacado para ella estaba frente a las piezas más claras, era su turno de comenzar el juego. Estudió el tablero por un momento, luego usó su apertura habitual.

"Ah, vas a jugar con cautela", dijo Duncan. Extendió la mano y respondió con e5.

"Y tú estás haciendo lo mismo", dijo ella.

Los largos dedos de Duncan vacilaron por un momento, luego hicieron lo que ella esperaba que hiciera.

Y así, el juego continuó. Al principio, hizo todo como siempre cuando jugaba, pero Duncan era un desafío mayor que cualquiera con quien hubiera jugado en mucho tiempo. Era bueno, porque tenía que mantener su mente en el tablero de ajedrez, lo que significaba que no estaba pensando en el hombre sentado frente a ella.

Su gran presencia era abrumadora si se permitía pensar en ello. Sus anchos hombros y antebrazos musculosos parecían casi absurdos mientras tomaba una pieza de ajedrez y la movía. Ningún hombre tan formidable como el Terrateniente debería parecer tan cómodo jugando una partida de ajedrez.

Esa era otra razón para sus sentimientos conflictivos. Aunque un Terrateniente y guerrero fornido, tenía su lado más suave, que era el que más la preocupaba. Sería fácil descartarlo si solo mostrara su lado rudo.

"Jaque", dijo Elsbeth con una sonrisa.

Dos movimientos más y Duncan le devolvió la sonrisa y deslizó su alfil. "Jaque mate".

"Oh no, no vi venir eso". Se recostó en su silla, molesta consigo misma por permitir que sus reflexiones la distrajeran. "Fue una buena partida, Duncan".

Sus ojos se calentaron al oír su nombre de pila. "Eres una buena jugadora, Elsbeth. Mejor de lo que te había dado crédito. No hay muchas muchachas que puedan competir en el juego".

Comenzaron a rearmar el tablero. "Mi hermana no tenía la paciencia para sentarse y jugar, así que vagué por la fortaleza desde que tenía unos diez años para encontrar a alguien con quien jugar", dijo Elsbeth mientras movía sus piezas a los espacios adecuados. "Creo que jugar con tantos otros con diferentes ideas sobre cómo ganar el juego me ayudó a aprender y crecer".

Ella hizo su primer movimiento. "¿Y tu familia? Supongo que eras hijo único?"

"Sí. Mi madre murió al dar a luz a mi hermana". Hizo una pausa mientras estudiaba el tablero. "Eso fue hace unos doce años. Desde que supimos que estaba esperando de nuevo, su salud no era buena. Ya había perdido algunos niños, y era mayor con este último". Sacudió la cabeza. "El niño tampoco sobrevivió".

"Qué triste. ¿Entonces solo estabais tú y tu padre?" Otro buen movimiento le dio uno de sus alfiles.

"Sí. Pero él nunca se recuperó de su muerte. Estaba enamorado de ella", sonrió, luego frunció el ceño, borrando la sonrisa de su rostro. "Creo que su amor por ella fue lo que le quitó la vida".

Elsbeth contuvo la respiración, el peón que planeaba mover apretado en su mano. "¿Por qué dices eso?"

"Murió en el campo de batalla aproximadamente un año después de que mi madre falleciera. Siempre he pensado que sus habilidades habían disminuido porque simplemente ya no tenía la voluntad de vivir".

No había mucho que pudiera decir para consolarlo que no sonara insípido. Continuaron jugando en silencio durante unos minutos. "¿Eras joven cuando te convertiste en Terrateniente, entonces?"

"Sí". Duncan extendió la mano y movió otra pieza. "Apenas tenía diecisiete veranos. Afortunadamente, mi padre había establecido un grupo de consejeros en caso de que me dejara inesperadamente con la administración del clan a una edad temprana".

Elsbeth se preguntó si planificar esa posibilidad era otra razón por la que el Terrateniente pensaba que la muerte de su padre se debía a la tristeza que había sentido por la muerte de su esposa.

"Por lo que he visto mientras he estado aquí, parece que has hecho un buen trabajo". Movió su caballo a su lugar. "Jaque".

Duncan apoyó el codo en la mesa, con la barbilla apoyada en el puño mientras estudiaba el tablero. "Muy bien, mi señora. Tampoco veo una salida a esto".

Elsbeth se recostó y sonrió. "Una ronda para ti, y una para mí".

La noche seguramente avanzaba, pero este era el momento más entretenido que había vivido desde que la trajeron al castillo. Volvieron a preparar el tablero. Duncan la miró. "¿Os gustaría un trago?"

Ella arrugó la nariz. "No puedo tomar cerveza tan tarde. Me revuelve el estómago."

Él empujó su silla hacia atrás y se levantó. "¿Qué tal un buen whisky escocés?"

"Nunca he probado licores fuertes."

"Bueno, es un buen momento para empezar."

Ella no le preguntó por qué, pero sabía, por haber observado a los hombres tanto en el castillo de su padre como en Dornoch, que demasiado buen whisky escocés podía hacer que uno dijera e hiciera cosas que de otro modo no haría.

Debía recordarlo. Había logrado mantener sus pensamientos alejados de la atracción del hombre sentado frente a ella concentrándose en el juego.

Duncan regresó a la mesa y le entregó una copa, llena a la mitad del líquido marrón. Ella lo olió, y sus ojos se aguaron mientras hacía una mueca. "No lo sé. Es muy fuerte."

Él tomó asiento y le sonrió. "Tomad un sorbo."

Sostenerse la nariz como un niño sería demasiado torpe, así que se llevó la copa a los labios y tomó un sorbo. El líquido le quemó la boca y dejó un rastro de calor hasta el estómago. Inhaló profundamente y agitó la mano frente a su boca. "Es bastante caliente."

Su sonrisa la hizo sonreír. "Sí, si nunca habéis probado whisky, es toda una experiencia." Tomó un sorbo de su bebida y dejó la copa sobre la mesa. "¿Deseáis seguir jugando?"

"Sí. Ahora mismo, estamos empatados. ¿Diremos que quien gane la siguiente ronda es el mejor jugador?" Tomó otro sorbo. Este no fue tan difícil de tragar. "Creo que me estoy acostumbrando a esto," dijo, levantando su copa.

"Solo tened cuidado, muchacha. Os golpeará de repente. No queremos que cantéis a todo pulmón y despertéis a todo el castillo."

Ella se rió. "No. No querríais oírme cantar ni siquiera si no estuviera bebiendo whisky."

Comenzaron otro juego, Elsbeth tomando uno o dos sorbos mientras jugaban. El calor del whisky la estaba relajando, haciéndola sentir menos incómoda al estar solos juntos.

"Mencionasteis a vuestra hermana varias veces. ¿Sois gemelas?" preguntó Duncan mientras movía un peón.

"Sí. Su nombre es Ainslee, y está casada con el Terrateniente Sutherland. Pero creo que ya os lo dije."

"¿Os parecéis, entonces?"

Elsbeth se rió y tomó un trago. "¿Pensáis que me parecía a la muchacha que intentabais raptar? Bueno, no tengo idea de cómo es esa muchacha, pero mi hermana y yo nos parecemos exactamente." Tomó otro sorbo. "Está haciendo calor aquí."

Antes de que Duncan pudiera responder, añadió: "De hecho, nos parecemos tanto que intercambiamos lugares en su boda."

Las cejas de Duncan se elevaron hasta la línea del cabello. "¿Lo hicisteis?"

"Sí," ella se rió. De repente, todo le pareció gracioso. Ciertamente no como se había sentido ese día. "El Terrateniente Sutherland se iba a casar conmigo, pero el hombre me aterraba. Así que, el día de la boda, Ainslee y yo intercambiamos lugares." Tomó un sorbo de whisky y sonrió ante su perfidia.

Su leve sonrisa se convirtió en una sonrisa completa. "¿Así que se casó con vuestra hermana?"

"Sí." Otro sorbo.

"¿Qué tuvo que decir el Terrateniente al respecto?"

Elsbeth se encogió de hombros. "Actuó como si estuviera enfadado, pero ya había descubierto nuestro engaño antes de que se pronunciaran los votos."

"Ah, así que parece que tenía razones para creer que ella era la mejor pareja para él."

Elsbeth se encogió de hombros y miró el tablero de ajedrez, pero estaba un poco ondulado. Tal vez, estaba demasiado cansada para continuar el juego. Cogió su copa y se sorprendió al ver que estaba vacía.

Comenzó a reír de nuevo y miró a Duncan, quien la miraba con un brillo en los ojos. "¿Os sentís bien, muchacha?"

Ella asintió y tuvo un hipo. "Bien." Al menos eso fue lo que creyó decir. "Me sentiría mejor si os quedarais quieto, sin embargo."

Duncan se levantó. "Muy bien, muchacha, creo que el whisky os ha golpeado fuerte. Podemos terminar el juego mañana, pero creo que por esta noche es mejor que os escolte a vuestra alcoba."

Él retiró su silla, y ella se levantó. Y se tambaleó.

Él la agarró por la cintura. "Calmaos ahora, muchacha. Id despacio."

Se abrieron paso por el castillo ahora vacío. Ella tuvo un poco de dificultad para maniobrar los escalones hasta que Duncan se agachó, la tomó en sus brazos y la llevó arriba.

"No debéis hacer esto," dijo ella.

Él se rió de nuevo. "Apenas entiendo lo que dijisteis. Pero es una forma mucho más rápida de llevaros a vuestra alcoba."

Ella sacudió la cabeza y luego se sostuvo el estómago. El mareo la hizo sentir un poco de náuseas. "No podéis entrar en mi alcoba, sabéis."

"Sí, muchacha. Lo sé."

Una vez que llegaron a la puerta de su alcoba, la bajó y abrió la puerta. "¿Estáis bien para llegar a la cama?"

Ella levantó la vista hacia ese rostro hermoso. Con la punta del dedo, trazó la cicatriz que había escondido debajo de su barba corta. "¿Cómo os hicisteis esto?"

"No me agaché lo suficientemente rápido en el campo de batalla." En lugar de ser brusco con ella, continuó sonriendo ante su

pregunta.

Ella sonrió y se inclinó hacia él. "Creo que os hace ver muy peligroso. Y guapo."

Duncan jugó con los cabellos que habían caído de su trenza sobre sus hombros. "¿Peligroso, eh?"

Después de un rápido asentimiento, ella buscó sus hombros para evitar que el pasillo girara. Una idea surgió en su cabeza que probablemente debería haber ignorado, pero por alguna razón le pareció una idea perfectamente buena.

"¿Deseas besarme?"

El cuerpo de Duncan se tensó, y rodeó el suyo con sus brazos. "¿Por qué preguntas eso?"

Elsbeth se encogió de hombros. Quizás no era tan buena idea. Quizás sí. "Creo que es una excelente idea."

Sentir su dedo deslizarse suavemente por su mejilla era tan placentero, que se inclinó hacia él nuevamente, hasta descansar completamente contra su cuerpo cálido, duro y fuerte. Deslizó sus manos desde sus hombros y entrelazó sus dedos detrás de su cuello. "¿Crees que es una buena idea?"

"Sí y no." Arrastró las palabras.

"¿Qué significa eso?"

"Creo que besarte es una idea magnífica, una de las mejores, de hecho, pero hacerlo cuando no estás en tu estado mental normal no es algo bueno. No tengo la costumbre de aprovecharme de damas que han bebido demasiado."

Ella lo empujó hacia atrás, y luego agarró sus hombros nuevamente cuando las cosas comenzaron a girar de nuevo. "No he bebido demasiado."

"Sí, lo has hecho. Como nunca habías probado whisky antes, no debí haber puesto tanto en tu copa. Eso, y el hecho de que sea tarde, parece que los espíritus te han afectado mucho."

El cabello en la nuca de su cabeza siempre le había interesado. Giró los mechones con sus dedos. Suave, tan suave. "¿Entonces eso significa que no deseas besarme?"

Él apartó los cabellos sueltos de su frente. "Muchísimo, mi señora. No pienso en casi nada más cuando estás cerca, sino en besarte. Pero no quiero aprovecharme de ti. Siendo un caballero, insisto en que vayas a tu habitación y cierres la puerta con llave." Con esas palabras, giró su cuerpo y, colocando sus manos sobre sus hombros, le dio un ligero empujón.

Ella dio un paso tambaleante, así que él la tomó en sus brazos una vez más y la llevó a la cama. Al colocarla allí, se inclinó y la besó en la frente. "Ahí tienes tu beso, muchacha." Levantó las mantas y retrocedió. "Ahora duerme."

* * *

Maldiciéndose por ser diez veces un necio, Duncan cerró la puerta de la habitación de Elsbeth y prácticamente corrió hacia su propio dormitorio, antes de que cambiara de opinión sobre su honor. Jamás debió haberla dejado beber el whisky. Estaba seguro de que ella pagaría el precio por la mañana, pero también la convertía en una sirena cuyo canto lo estrellaría en pedazos, tal como la leyenda lo había predicho.

Una vez que se metió en la cama, lo único en lo que podía pensar era en cuánto deseaba el cuerpo cálido y suave de Elsbeth, justo a su lado. Se giró de un lado a otro. Nada ayudaba.

Se puso boca arriba y se colocó las manos detrás de la cabeza, mirando el dosel. En uno o dos días, podrían partir hacia Perth. No cabía duda en su mente de que la quería como esposa.

Con los caminos algo secos, tardarían unos cuatro días en llegar a Perth. Y tres noches.

Eso le daría tiempo con Elsbeth para convencerla de la sensatez de no entrar en un convento, sino de casarse con él. Quizás Alastair tenía razón y era un romance fallido lo que impulsaba a la muchacha a la vida que estaba a punto de tomar.

Se giró boca abajo, apoyando la barbilla en los puños. Mañana le diría a la muchacha que se preparara para partir hacia Perth al día siguiente. Llevaría consigo a algunos hombres para protección, pero

por lo que sabía de la zona por la que viajarían, las cosas estaban tranquilas en ese momento.

Cuatro días y tres noches para cortejar a la muchacha y traerla de vuelta al Castillo de Freuchie como su esposa.

Esposa.

Sí, la palabra en sí sonaba bien. La mujer unida a la palabra era aún mejor. Hermosa, amorosa, encantadora, atenta. Había muchas más palabras que componían a Lady Elsbeth Johnstone. Si todos los hombres de Dornoch eran tan ciegos como para dejar que Elsbeth se dirigiera a un convento, entonces él se aprovecharía de su negligencia. Y estupidez.

Finalmente se quedó dormido, solo para despertarse con una erección y recuerdos de sueños sobre Elsbeth a su lado en la cama. Los sueños habían sido tan reales que miró a su lado esperando verla allí.

No. Apartó las sábanas y se lavó y vistió rápidamente para el día. Le diría a Elsbeth cuando bajara a desayunar que partirían hacia Perth al día siguiente.

Tendría que ver qué hombres serían los más adecuados para viajar con ellos. También tenía que arreglar con la cocinera para que llevaran comida, para que no tuvieran que cazar cada comida.

Sintiéndose seguro de su plan para convencer a Elsbeth de que pertenecía allí, en el Castillo de Freuchie, con él, salió de su habitación y bajó corriendo las escaleras.

La mujer que había estado en su mente toda la noche estaba sentada en una mesa cerca del estrado. Sus codos doblados descansaban sobre la mesa, sus manos sosteniendo su cabeza. Tomó asiento a su lado en el banco. "Buenos días, muchacha".

Ella gimió. "Por favor, no me hables".

No pudo evitar reír, recordando muchas veces en su juventud cuando tuvo mañanas como la que ella estaba sufriendo actualmente. "Tengo buenas noticias para ti".

Lentamente, giró la cabeza hacia él. Sus ojos estaban inyectados en sangre y su rostro tan pálido como la nieve. "¿Cuáles son las buenas noticias?"

"¿Estás segura de que estás lista para escucharlas?"

Ella gruñó.

"Lo siento, muchacha. Solo quería decirte que necesitas recuperarte rápidamente de tu enfermedad, ya que he decidido que podemos partir hacia Perth mañana".

Ella comenzó a sonreír, luego sus ojos se abrieron de par en par, y se levantó de un salto del banco y se alejó tropezando, corriendo fuera del gran salón, con la palma de la mano apretada sobre su boca.

Esperaba que hubiera llegado al retrete a tiempo.

Capítulo 7

Fue una señal esperanzadora que, la mañana en que el grupo del Castillo de Freuchie se preparó para partir hacia Perth, el aire estuviera más cálido de lo habitual, y el sol brillara sobre ellos.

Dado que el caballo de Elsbeth había sido dejado atrás con su escolta la noche en que fue arrastrada de su tienda, Duncan le dio un recorrido por los establos del Castillo de Freuchie para encontrar un caballo con el que se sintiera cómoda.

Ella siempre había sido una jinete fuerte, por lo que no tuvo problemas para elegir un animal.

"Puedo pedirle al mozo de cuadra que ensille este para ti si así lo deseas", dijo Duncan sobre su hombro mientras ella acariciaba la nariz aterciopelada del elegante palafrén negro.

"Sí. Es una belleza. ¿Cuál es su nombre?"

"Grisone."

Ella se inclinó cerca para que el animal pudiera oler su aliento. "Es un placer conocerte, Grisone. ¿Me darás un agradable paseo a Perth?"

El hermoso castrado sacudió la cabeza, luego le dio un empujón en el hombro con la nariz. "Sí. Me parece que quieres un premio, ¿eh?" Ella sacó una manzana del bolsillo de su vestido y se la ofreció al caballo.

"Nos llevaremos muy bien", le dijo a Duncan mientras el caballo masticaba el trozo de fruta.

Una vez que el galloway fue cargado con la comida y otras cosas que el grupo necesitaría para el viaje, Duncan les pidió a todos que montaran para que pudieran partir.

Elsbeth no montaría en una silla de montar lateral, que consideraba demasiado peligrosa, por lo que se las había arreglado para robar un par de pantalones de uno de los hombres más pequeños de la fortaleza. Antes, se los había puesto debajo de su vestido. Si Duncan estaba sorprendido por eso, no lo demostró. En cambio, asintió con la cabeza cuando ella pasó la pierna sobre el

caballo, probablemente dándole a todos en el área una mirada de su vestimenta.

"Buena idea, muchacha."

Ella asintió en agradecimiento, se envolvió un arisaid alrededor y miró hacia el castillo donde había pasado más de una semana. Le sorprendió que estuviera casi tan triste al dejar Freuchie como lo había estado al dejar Dornoch. Por supuesto, no era necesario despedirse de su hermana nuevamente, sin embargo.

A pesar de ser una cautiva, sin importar lo que dijera Duncan, su tiempo aquí había sido agradable. Excepto, por supuesto, el malestar estomacal y el fuerte dolor de cabeza que había sufrido la mañana después de su introducción al whisky escocés. Nunca más, se había prometido a sí misma.

Por las llagas. ¿Esas lágrimas amenazaban con acumularse en sus ojos? Era una tontería. Parpadeando rápidamente para que Duncan no la viera y le diera demasiada importancia a su partida, le ofreció una sonrisa. "¿Estamos listos, Terrateniente?"

Él la estudió durante unos momentos, su rostro un cuadro de preocupación. "¿Estás segura, muchacha? ¿Es esto realmente lo que quieres?"

Maldito hombre. ¿Por qué diría eso? Era obvio que había visto sus lágrimas. Bueno, ella ya había tomado una decisión y había sufrido al despedirse de su amada hermana y sus dulces sobrinas y sobrinos. Esto no sería peor. Ella asintió y alejó su caballo de la puerta del establo. "Sí. Estoy lista."

Tenían un total de cinco hombres con ellos, el caballo de carga y Elsbeth. Ella cabalgaba entre Daniel y Gregory, con Duncan al frente y los dos últimos hombres que habían estado con el Terrateniente la noche en que la habían tomado, detrás de ella. Ciertamente estaba bien protegida.

Viajaron sobre terreno empapado, pero no se encontraron con áreas inundadas. El aire era cálido, la brisa en su rostro acogedora. El grupo avanzó a buen ritmo, deteniéndose solo brevemente para que ella se aliviara. Era vergonzoso saber que había que avisar a los hombres cada vez que necesitaba parar. Intentó facilitarse las cosas rechazando el odre de agua cuando se lo ofrecieron. Pero luego su

boca estaba tan seca que no estaba segura de sí valía la pena negarlo.

Pensando en esta decisión que la atormentaba mientras cabalgaba toda la mañana, se sintió aliviada cuando Duncan levantó la mano como señal para detenerse. Al no haber dormido bien la noche anterior con todo en su mente, estaba un poco cansada y agradecida por el descanso. Como era cerca del mediodía, asumió que se detendrían a comer. Su suposición fue correcta cuando Duncan saltó de su caballo y, después de atar al animal, se dirigió al galloway.

Ella se bajó de Grisone, sus piernas cediendo por un momento cuando sus pies tocaron el suelo. Se aferró a su caballo hasta que se sintió más fuerte, no queriendo parecer débil frente a los hombres. Ya era bastante malo que probablemente pensaran que poseía una vejiga del tamaño de un guisante.

"¿Estás bien, Elsbeth?" preguntó Duncan mientras se unía a ella junto a Grisone, mientras ella fingía calmar al caballo cuando en realidad estaba permitiendo que sus piernas volvieran a la normalidad para no caer de bruces cuando se moviera.

"Sí. Muy bien, Terrateniente."

Él extendió su mano. "Ven a unirte a nosotros para una comida. Tengo pan, queso y manzanas que Beatrice empacó para nosotros."

Ella asintió y dio un paso y se detuvo. "Me uniré a ustedes en un minuto."

Aparentemente, su estratagema no funcionó porque Duncan sonrió y luego extendió su codo. "Permítame escoltarla, mi señora."

Sus ojos se estrecharon, pero no sería prudente actuar tan tontamente y tropezar cuando no quería parecer frágil. Ella tomó su brazo y se apoyó un poco más de lo normal mientras caminaban, conversando agradablemente sobre el paseo de la mañana.

* * *

Duncan mantenía su sonrisa oculta mientras se dirigían a un claro donde varios árboles caídos proporcionaban un lugar agradable

y seguro para comer. Se sentía orgulloso de la joven por no mostrar debilidad alguna.

El área del bosque donde se habían detenido estaba alejada del camino más transitado y era bastante densa, lo que ofrecía buena cobertura.

Aunque había cabalgado al frente del grupo durante la mayor parte de la mañana, de vez en cuando intercambiaba lugares con Gregory para poder cabalgar junto a Elsbeth. No había viajado mucho con mujeres, pero recordaba de su viaje con ella a Freuchie hacía más de una semana que necesitaría detenerse con más frecuencia que los hombres. Asumió que se sentiría más cómoda diciéndole a él que necesitaba un descanso que a uno de los otros hombres.

Si hubieran viajado sin una dama, ni siquiera se habrían detenido, sino que simplemente se habrían apartado del grupo para orinar mientras cabalgaban. Las cosas eran mucho más sencillas para los hombres, tenía que admitirlo.

Todos se acomodaron, la mayoría del grupo sentándose en el suelo. Duncan sacó la comida de la bolsa y la repartió. Los hombres no hablaban mucho, pero Elsbeth parecía estar llena de preguntas.

"¿Sabéis cuándo llegaremos a Perth?"

Él simplemente la miró fijamente, sus hermosos ojos casi le quitaban el aliento. La profundidad del bosque con el sol filtrándose entre las hojas convertía sus ojos en un verde musgo. Nunca había visto una dama más hermosa. Exhaló profundamente ante su necedad y volvió a prestar atención a la bolsa. Sacó pan, queso y manzanas, y le dio algo a ella.

"El viaje completo no debería durar más de cuatro días. Quizás menos si seguimos siendo bendecidos con este clima y la ausencia de lluvia". Tomó un sorbo de cerveza de la bota de cuero. "Pero no contéis con ello. Los aguaceros como los que vimos la semana pasada pueden ocurrir en cualquier momento, ya que habéis vivido en las Tierras Altas toda vuestra vida".

Ella reflexionó sobre eso durante unos momentos, luego preguntó: "¿Las áreas por las que viajamos se consideran seguras?"

Duncan masticó y tragó el trozo de manzana que acababa de morder. "Tan seguras como cualquier otra área en las Tierras Altas. Siendo verano, los merodeadores están ocupados y eso siempre puede ser una situación peligrosa". Le dio una palmadita en la rodilla, deseando dejar su mano allí, pero la retiró a regañadientes. "No os preocupéis, Elsbeth. Aunque solo somos cinco hombres, todos estamos bien entrenados. Nunca se debe bajar la guardia".

Elsbeth asintió y arrancó un trozo de pan mientras miraba hacia el bosque. ¿Estaba ansiosa por el tiempo de viaje porque estaba ansiosa por llegar al convento y comenzar su nueva vida? ¿O estaba considerando que tal vez debería dar la vuelta y regresar a Freuchie con él?

No seas tonto.

Todo era una ilusión por su parte. Si hablaba más con ella sobre lo que esperaba del convento y lo que dejó en Dornoch, podría descubrir por qué estaba decidida a llevar a cabo este plan.

"¿Cuánto tiempo vivisteis con vuestra hermana en Dornoch?"

Elsbeth tragó un bocado de queso. Aunque quería escuchar las respuestas a sus preguntas, le llamó la atención la punta de su lengua rosada recogiendo un pequeño trozo de queso de sus labios. Labios que quería volver a probar.

"Ella y Haydon se casaron hace poco más de tres años. Mi padre me permitió quedarme con ella después de la boda hasta que se sintiera establecida".

"¿Y le tomó tres años sentirse establecida?" preguntó con una sonrisa. "Por lo que me contaste sobre cómo intercambió lugares contigo en su boda, asumí que era más resistente".

Una sonrisa astuta adornó sus labios. "No, no me necesitó durante tres años, eso seguro. Ainslee siempre fue la líder de las dos. Quizás al principio sintió la necesidad de tenerme cerca, ya que como gemelas habíamos estado juntas desde antes de nacer". Tiró el corazón de su manzana por encima del hombro. "Es una conexión única".

"Sí, estoy seguro de eso. No puedo imaginarme ver mi propia cara todos los días sin un espejo cerca".

Elsbeth se rió. "Nunca pensé en eso, pero es cierto". Volvió a mirar al sol, con una sonrisa en sus labios. Su belleza se volvió aún más radiante mientras permitía que el calor bañara su rostro.

Trató de hacer que la siguiente pregunta pareciera casual, pero no estaba seguro de que lo lograra. "¿Y vuestro padre? ¿No estaba planeando otra alianza casándoos?"

Ella se encogió de hombros. "Me quedé con Ainslee durante varios meses antes de viajar de regreso a visitar a mi padre". Suspiró. "Él insistió en que regresara. Me quedé todo el tiempo que pude, pero le había prometido a Ainslee que regresaría a tiempo para el nacimiento de su hijo. Como era invierno, no llegué a Dornoch a tiempo para el nacimiento, pero pude pasar mucho tiempo con mi sobrina, Lady Susana Sutherland".

"¿Y supongo que tu padre no tuvo éxito en encontrarte un esposo mientras estuviste con él?" Si la joven notó que él le había estado haciendo la misma pregunta, no lo mencionó.

Ella sonrió de nuevo. "Lo intentó. Pero nadie cautivó mi corazón."

"¿Tu corazón?" Temió haber gritado eso, ya que dos de los hombres los miraron. "¿Qué tiene eso que ver con el matrimonio?"

Elsbeth se echó hacia atrás. "No tengo intención de casarme por ninguna otra razón que no sea el amor."

Él negó con la cabeza. "No, muchacha. El deber de una mujer es casarse para hacer una alianza fuerte con su familia y producir hijos que hereden el señorío de su esposo. Quieres un hombre que pueda proveerte y protegerte, y darte hijos fuertes." Se rió entre dientes. "Todavía estás atrapada en tus cuentos de infancia sobre romance y otras tonterías similares."

Una mirada a su rostro y supo que acababa de cometer un error muy, muy grande. Ella levantó la barbilla y lo miró fijamente. "Mi hermana y su esposo están locamente enamorados el uno del otro. El hermano del Terrateniente y su esposa son iguales. A diferencia de tu idea del deber, siento que si no puedo tener amor en mi matrimonio, no veo razón para ello." Con esas palabras, se puso de pie, sacudió su vestido y lo miró desde arriba. "Necesito un momento de privacidad, Terrateniente."

Atónito por sus palabras, observó sus hermosas caderas balancearse mientras se marchaba como si fuera a la batalla. ¿Amor? Siempre había planeado que, cuando se casara, sentiría afecto por su esposa. Respeto, seguramente. Cariño también. ¿Pero amor? No, eso fue lo que mató a su padre.

Recogió los restos de su comida y devolvió la comida no consumida a la bolsa atada al galloway.

"¿De qué estabais discutiendo tú y la joven?" preguntó Gregory mientras se acercaba a Duncan, revisando las correas del caballo de Elsbeth.

"No estábamos discutiendo." Tiró bien de la correa.

"A mí me lo pareció." Gregory asintió en la dirección en la que Elsbeth acababa de irse furiosa. "También lo parece."

"Bueno, entonces necesitas limpiarte los oídos, ya que estás oyendo cosas que no existen." Se alejó en dirección opuesta a Elsbeth para aliviarse.

Una vez terminado, los llamó a todos para que se prepararan para partir. En cuestión de minutos, Elsbeth había regresado y se dirigió a su caballo sin darle una mirada.

Bien. Si así lo quería la joven, entonces estaba bien. Muy bien. Muy, muy bien, de hecho.

Las horas de la tarde pasaron lentamente. Se mantuvo al frente del grupo y estaba más que un poco molesto por el sonido de la risa de Elsbeth mientras hablaba con Daniel, luego con John, y finalmente con Kevin.

Su humor se volvió más gruñón a medida que continuaba el viaje. Por los dedos de Cristo, parecía que estaban en medio de una fiesta allá atrás. ¿Los hombres estaban vigilando el peligro, o simplemente cabalgando como un grupo de jovencitas como si estuvieran en un parque en medio de Edimburgo?

Era hora de recordarles que esto no era un paseo animado, sino un viaje serio a través de áreas que podrían no ser tan amigables. Levantó el brazo para que se detuvieran.

"¿Por qué te detienes?" llamó John desde detrás de él.

"Necesitamos un descanso." Dirigió su caballo hacia el bosque y saltó. Los demás, luciendo confundidos, hicieron lo mismo. Gruñó

cuando Daniel se acercó al caballo de Elsbeth y la ayudó a bajar.

Se enfrentó a sus hombres y a la joven, con las manos en las caderas. "Quiero recordaros a todos que no tenemos garantía de que la tierra que recorremos, que probablemente sea parte de la pequeña parcela del clan Gordon, sea amigable. Estáis haciendo tanto ruido allá atrás que probablemente os hayan oído en Perth." Agitó los brazos como un loco. Los hombres y Elsbeth lo miraron fijamente. Kevin tuvo la osadía de sonreír. Bien. Estaba de humor para golpear la cara de alguien.

Antes de ceder a ese impulso, se dio la vuelta y se adentró en el bosque. Ya que se habían detenido, también podría deshacerse de su propia orina.

En lugar de regresar inmediatamente, dio un paseo a lo largo de un arroyo que atravesaba la zona. Tal vez alejarse de la joven lo calmaría. Sus pensamientos ciertamente lo habían retorcido en nudos. Se giró rápidamente, con la mano en la espada, cuando oyó pasos detrás de él.

"¿Estás bien, Duncan?" La suave voz de Elsbeth lo envolvió como una sedosa lluvia de primavera.

¿Aparte de sentirse como un tonto?

"Sí. Lamento ese discurso de antes."

Ella se acercó a él. "¿Crees que podríamos estar en peligro aquí?" La preocupación en sus hermosos ojos verdes lo destrozó. Lo último que quería hacer era asustar a la joven. Pero necesitaba dejarle claro que cualquier viaje desde las propias tierras de un hombre siempre estaba lleno de peligro potencial.

Incapaz de resistirse, extendió la mano y colocó un mechón suelto de cabello rizado rojo detrás de su oreja. "Siempre es bueno ser consciente de dónde estás. Has viajado antes, debes saber estas cosas."

Estar a su lado, poder aspirar su tenue aroma a flores a pesar de estar al aire libre, estaba causando estragos en su flujo sanguíneo. Ay, la deseaba. No había razón para negarlo.

Pero la joven quería amor. No era algo que él pudiera darle. Incluso si pudiera convencerla de que no entrara en el convento.

"Sí," dijo ella. "Sé que nos pusimos un poco ruidosos allá atrás, pero Daniel es muy divertido en sus observaciones. Hizo que el tiempo pasara más rápido, debo decir."

Sus mejillas se pusieron rojas mientras continuaba. "Espero que tu humor no venga de nuestra conversación anterior. No quise ser tan enérgica contigo. Sé que no te importa si tienes amor en tu matrimonio o no. Y como me dirijo a una vida de servicio, no tengo necesidad de preocuparme por eso yo misma. Realmente no había motivo para la discusión."

Ach. Incluso oírla decir esas palabras lo avergonzó. Ella no pertenecía a un convento. Pero por lo que esperaba de un esposo, tampoco pertenecería con él.

"Volvamos con los demás. Necesitamos avanzar unas cuantas horas más mientras el clima sea bueno." Tomó su brazo para evitar que tropezara con rocas y raíces. Aunque se dijo a sí mismo que ella lo había encontrado sin problemas.

El resto de los hombres lo miraron con cautela cuando regresaron, pero nadie dijo una palabra sobre su arrebato. Bien. Era importante recordarles de vez en cuando que él era su Terrateniente y que le habían jurado lealtad, lo que incluía escuchar sus órdenes.

"Partamos. Espero avanzar unas millas más antes del anochecer."

Sin dar tiempo a los hombres para moverse, Duncan se acercó a Elsbeth. Poniendo sus manos en su cintura, la levantó a su silla de montar. Obviamente sobresaltada, tuvo que agarrar la cabeza del caballo para no resbalar del animal. Se giró y miró fijamente al resto de los hombres, desafiándolos con sus ojos y labios apretados a que comentaran algo.

Confiado en que habían sido asegurados de su papel como Terrateniente y líder, se dirigió a su caballo, montó y luego les indicó que avanzaran.

Capítulo 8

Era el último día completo de viaje. Al menos, eso fue lo que Duncan le dijo a Elsbeth cuando partieron esa mañana. La noche la habían pasado sobre tierra húmeda, con una ligera llovizna que persistió casi toda la noche. Duncan había erigido su tienda de nuevo, pero el frío parecía no abandonar su cuerpo.

Estaba cansada del viaje y no deseaba nada más que dormir en una cama de verdad. Debió haberlo dicho en voz alta, porque Duncan colocó sus manos en su cintura para subirla al caballo y dijo: "Esta noche nos detendremos en una posada que conozco, para una comida caliente y una cama".

Ella se giró, la emoción creciendo en su interior. "¿De verdad? ¿Y quizás un baño caliente, también?"

Él le ofreció esa sonrisa que siempre le revolvía el estómago. "Sí, muchacha. Debo admitir que has sido muy paciente en este viaje. Conozco pocas muchachas que no estarían aullando su angustia por dormir en el bosque y comer lo mismo durante días. Serías una buena guerrera".

Halagada por el cumplido, ella sonrió. "Gracias, Terrateniente, pero me temo que si me ofrecieran el puesto, me vería obligada a rechazarlo".

Su sonrisa decayó. "¿Porque estás decidida a entrar al convento?"

Su risa estalló. "Eso también, Terrateniente, pero también el hecho de que nunca sería capaz de levantar una de tus espadas, y mucho menos blandirla con suficiente poder y habilidad para evitar que mi cabeza se separara de mi cuerpo".

"Sí, eso es cierto". Él la levantó y la colocó sobre el caballo. Ella sintió inmediatamente la pérdida de calor y conexión con Duncan mientras se acomodaba en la silla y se envolvía con el arisaid, la gran prenda que cubría su cuerpo y cabeza. Los aceites naturales del tartán ofrecerían cierta protección contra la ligera lluvia que había continuado.

Las cosas habían cambiado entre el grupo en los últimos días. Los hombres no la molestaban ni se ofrecían a ayudarla a subir o bajar del caballo. Ella consideró que era el resultado de la conferencia de Duncan sobre prestar más atención a su entorno, pero en el fondo temía que los hombres la dejaran en paz porque Duncan la reclamaba como suya.

Eso nunca sería aceptable, por supuesto, ya que estaba a solo un día de su destino. Su estómago se contrajo ante la idea, y consideró por un minuto que su desayuno podría reaparecer y aterrizar en el cuello del pobre caballo.

Finalmente admitió esa mañana que cuanto más se acercaban a Perth, más había comenzado a cuestionar su decisión. Pero regresar a Dornoch, donde no había nada para ella, o a la Torre Lochwood, donde su padre ciertamente la casaría con o sin su permiso a toda prisa, no eran opciones que pudiera aceptar. Parecía que su única opción ahora era el convento.

Disfrutaría de una vida de paz, silencio y ayuda a los demás.

"Es una vida larga, Elsbeth. ¿Permitirás que tu terquedad te haga infeliz por el resto de tu vida?"

Ach, deseaba que la voz dentro de su cabeza dejara de molestarla.

Las pocas horas desde el amanecer pasaron de una manera relativamente agradable. El paseo a primera hora de la mañana era más fácil para su cuerpo que al final del día, cuando estaba dolorida, cansada y aburrida. Millas y millas de bosques y colinas hacían un viaje muy poco interesante.

Justo cuando había considerado pedirle a Duncan que se detuviera, ya que se movía inquieta en la silla, tratando de ignorar las necesidades de su cuerpo, él levantó la mano para que el grupo se detuviera. Giró su caballo y se dirigió a ellos. "Estamos cerca del pequeño pueblo a las afueras de Perth. Sé que hay una posada con una taberna, y algunos campesinos que venden sus mercancías, esperando arrebatar monedas a los viajeros antes de que lleguen a Perth, donde hay mucho más disponible.

"El plan es detenernos en el pueblo por el resto del día para permitirnos disfrutar de una comida caliente y una noche de

descanso fuera del frío. También le dará a nuestra valiente muchacha la oportunidad de prepararse para la llegada al convento".

Pareció escupir las últimas palabras. Aunque agradecida de poder bañarse y ponerse ropa limpia —menos los trews— antes de conocer a la hermana Albert, la verdad era que se sentía aterrorizada.

Una vez que el grupo la dejara en Perth y regresara al Castillo Freuchie, no habría vuelta atrás. Por lo que la hermana Albert le había escrito, a las pocas semanas de su llegada, el obispo los visitaría para que Elsbeth pronunciara sus votos finales.

Votos finales.

Sonaba tan... definitivo. Bueno, se aseguró a sí misma, si su padre la hubiera obligado a casarse, eso también habría sido definitivo. Con un resoplido —no lágrimas, se aseguró a sí misma—, levantó la barbilla y continuó siguiendo a Duncan hacia el pueblo.

Su ánimo se elevó cuando cabalgaron sobre una colina y el pequeño pueblo se extendió ante ellos. Anidado en las colinas, era encantador, casi como lo había imaginado en los cuentos de hadas que su institutriz les contaba a ella y a Ainslee por las noches, junto al fuego en la alcoba de las niñas.

Al menos una docena de casas con techos de paja estaban dispersas alrededor. Niños pequeños corrían persiguiéndose unos a otros y algunos gatos. Mujeres colgaban ropa lavada sobre los arbustos. La ligera lluvia finalmente había cesado, y el poco sol que asomaba detrás de las nubes ayudaría a secar la ropa.

Todas las viviendas tenían grandes áreas cercadas detrás de sus cabañas que albergaban ganado. Las ovejas parecían ser el animal predominante, lo que la llevó a creer que estos campesinos tendrían mucho que ofrecer en cuanto a prendas de lana.

No es que ella necesitara ropa nueva. La hermana Albert explicó que le proporcionarían un vestido de pelo áspero para el uso diario. Su ánimo decayó, y ya se sentía con picazón.

Duncan los llevó a un establo donde todos desmontaron agradecidos, con Duncan, por supuesto, ayudándola a bajar. Acostumbrado a lo poco que funcionaban sus piernas después de

cabalgar, charló con ella durante unos minutos mientras recuperaba algo de fuerza.

"Ahora que la lluvia ha cesado, me gustaría visitar a los campesinos por un corto tiempo".

"Sí. Iré contigo". Él extendió su codo y ella se acomodó junto a él mientras se alejaban del establo hacia varios campesinos instalados en el centro del pueblo.

* * *

Podría ser esta la última vez que le ofreciera su brazo a la doncella. Tras visitar a los campesinos, disfrutarían de una comida superior a la que habían estado degustando, y poco después, se entregarían al sueño en una cama de verdad.

Según sus cálculos, llegarían a Perth antes del mediodía. Una melancolía se había apoderado de él en las últimas horas. Si lograba persuadir a Elsbeth de abandonar su plan, ¿podría ofrecerle matrimonio, sabiendo que no se permitiría amarla?

No. Ella preguntaría, y él no podría mentirle. Pero si ella le interrogaba sobre el amor, significaría que ella sentía algo por él y deseaba que fuera correspondido. Él la observó de reojo mientras sus ojos se movían de un lado a otro, admirando todas las ofrendas. Su estómago se retorció y su corazón palpitó con fuerza.

¿Acaso ya estaba en aprietos con sus sentimientos por la doncella?

"Oh, mira, Duncan." Ella señaló una mesa que exhibía una variedad de pequeños animales tallados. Lo arrastró hacia el hombre detrás de la mesa.

"El padre de Maura hace estos pequeños juguetes. Vende muchos de ellos en Dornoch," dijo ella mientras admiraba el trabajo del hombre.

"Ah, ¿supongo que Maura es una de tus amigas en el castillo?"

Ella se encogió de hombros y recogió un pequeño caballo. "Una amiga, y también casada con el hermano del esposo de mi hermana." Se volvió hacia él, frunciendo el ceño. "¿Lo dije bien? Maura está casada con Conall, quien es hermano de Haydon.

Haydon es el esposo de Ainslee." Ella rió y sacudió la cabeza. "No importa. Maura sigue siendo una amiga, sea cual sea su relación conmigo."

Elsbeth era adorable. Como una niña ansiosa, recogía varios animales para admirarlos, exclamando sobre cada pieza hasta que Duncan pensó que el pecho del campesino estallaría de orgullo.

"¿Te gustaría que te comprara uno, Elsbeth?" Él llevaba suficiente moneda consigo para pagar la comida y el alojamiento en la posada, y aún tener suficiente para hacerla feliz si ella deseaba uno de ellos.

Sus ojos se iluminaron, luego se atenuaron. "No. No le daría uso. Debo renunciar a todas mis posesiones cuando lleguemos al convento."

De repente sintió el impulso de tomar su mano, arrastrarla al establo, lanzarla sobre su caballo y regresar a toda velocidad al Castillo Freuchie. La había hecho prisionera una vez; podría hacerlo de nuevo.

Respiró hondo. "Vayamos a la posada. Estoy seguro de que sientes hambre a estas alturas. Hace ya un tiempo desde que rompimos nuestro ayuno."

Ella dejó el animal y sonrió al hombre. "Estos son verdaderamente encantadores. Gracias por permitirme admirarlos."

Ella entrelazó su brazo con el suyo nuevamente y pasaron junto al resto de los campesinos. Él notó que ella ya no miraba las mesas; sus ojos permanecían fijos en la posada, a poca distancia.

A pesar de que el lugar estaba en un pueblo muy pequeño a las afueras de una gran ciudad, encontraron que el edificio estaba limpio y la comida era agradable. Ambos ordenaron potaje, que al llegar se veía y olía maravilloso. Venía acompañado de pan oscuro y mantequilla recién batida, y un plato colmado de verduras encurtidas.

"Sabes que nunca terminamos nuestra última partida de ajedrez. Ahora mismo, está uno a uno," dijo Duncan una vez que habían dado el último bocado de su comida.

"Sí. Quizás tengan un tablero de ajedrez aquí, pero preferiría un paseo por el pueblo si no te importa. Estoy un poco cansada, pero

creo que si me siento aquí demasiado cómoda, intentando concentrarme en el ajedrez, me quedaré dormida. Será tan agradable dormir en una cama."

La palabra "cama" hizo que su sangre fluyera hacia el sur. Si pasaba el resto del día con Elsbeth y luego la veía cerrar la puerta de la habitación que le aseguraría, necesitaba controlar su cuerpo. "Sí, creo que un paseo por el pueblo es una buena idea."

Arrojó monedas sobre la mesa, y salieron de la posada después de que Duncan le organizara una habitación. Decidió apaciguar su cordura durmiendo en el establo de la posada con el resto de sus hombres.

Esta vez, en lugar de visitar a los campesinos, rodearon todo el pueblo. A decir verdad, le estaba costando mantener una conversación, ya que todo lo que quería hacer era tomar a la doncella por los hombros y hacerla entrar en razón.

¿Cómo podían ser tan fuertes sus sentimientos por una doncella a la que solo conocía desde hacía un par de semanas? Había conocido a muchas doncellas y se había acostado con suficientes de ellas también. Pero ninguna había llamado su atención ni despertado los sentimientos de protección y cuidado que combatía cada día desde que conoció a Elsbeth.

Ambos aparentemente no querían discutir el día siguiente, ya que Elsbeth comentaba sobre los animales que pasaban, las acogedoras cabañas, las colinas que los rodeaban, el aire cálido y cuánto ansiaba su baño y una cama suave.

Ay, deseaba que dejara de decir esa palabra.

Se encontró incapaz de pronunciar más que un "sí" o un "no" mientras ella divagaba. Finalmente se dio cuenta de que su divagación era precisamente eso. Parecía nerviosa y seguía respirando profundamente.

Dio un gemido de alivio cuando ella sugirió que regresaran a la posada para que pudiera disfrutar de su baño antes de cenar y retirarse por la noche.

Al menos no mencionó "cama" de nuevo.

* * *

Elsbeth jamás se había sentido tan torpe como durante aquel paseo con Duncan. La imponente palabra "convento" se erguía entre ellos como un muro de ladrillos, y por mucho que intentara alejar los pensamientos del mañana, estos siempre regresaban a su mente, incitándola a una nueva ronda de charlas insustanciales.

Con alivio, se despidió de él para buscar su habitación, donde la esposa del posadero le aseguró que el baño que tanto ansiaba estaba listo. Le hizo un gesto de despedida a Duncan y subió las escaleras.

Permaneció en el baño hasta que el agua se enfrió por completo y sus dedos se arrugaron. Tras secarse, rebuscó en la bolsa que Duncan había sacado del galloway, donde guardaba sus pertenencias personales. Cepilló su cabello, trenzó los mechones húmedos y los echó hacia atrás. Era agradable ponerse un vestido limpio, el otro sucio de los días de viaje.

Duncan estaba sentado en la misma mesa donde habían almorzado. Los cuatro hombres que los habían acompañado desde el Castillo de Freuchie ocupaban las demás sillas alrededor de la mesa. Todos sostenían tazas de cerveza en sus manos, y a juzgar por su jovialidad, llevaban un buen rato bebiendo.

"Parece que todos disfrutan de un momento de descanso", dijo ella mientras se sentaba en la silla que Duncan le ofrecía.

"Así es, muchacha", dijo Kevin. "Esperamos jugar a los dardos o al anillo con algunos de los aldeanos después de la cena".

"Recuerdo a mi padre jugando esos juegos cuando nos llevaba a la taberna del pueblo. Ainslee y yo observábamos, pero yo siempre llevaba mi tablero de ajedrez para tentar a alguien a jugar".

"¿Así que eres jugadora de ajedrez?", preguntó Daniel.

"Sí", dijo Duncan, sonriéndole. "La dama es una excelente jugadora de ajedrez. Me ganó una vez, y yo la gané otra".

Gregory levantó su taza de cerveza. "Bien hecho, muchacha. No muchos en la fortaleza pueden vencer a nuestro Terrateniente".

Elsbeth inclinó la cabeza. "Gracias. ¿Alguno de ustedes juega?".

Los hombres se miraron y negaron con la cabeza. "No", dijo John. "Nuestro Terrateniente nos mantiene demasiado ocupados entrenando para tener tiempo para juegos".

Duncan resopló. "Ach. Eres un mentiroso. No quieres jugar esos juegos porque requieren que pienses".

"También está eso", dijo Kevin con una fuerte carcajada y una palmada en la espalda de John.

Pidieron su comida y repitieron lo que les habían servido al mediodía. Elsbeth estaba contenta, ya que estaba caliente y sabroso, y no tenía que sentarse en el suelo para comerlo.

Ella y Duncan observaron cómo los hombres de su grupo y algunos de los aldeanos se alineaban para el juego de dardos. Tras algunos ánimos, Duncan se unió a ellos, mientras Elsbeth admiraba al hombre desde atrás. Sus anchos hombros bloqueaban el tablero de dardos mientras lanzaba el dardo con su fuerte brazo. Sus piernas musculosas y su trasero, tan bien delineados en sus pantalones de tartán, captaron su atención mucho más de lo que debían.

El juego se volvió más bullicioso a medida que los hombres se desafiaban entre sí, y se ofrecieron numerosos brindis a la salud de los hombres a medida que aparecía una nueva ronda de cerveza.

Duncan dejó el juego en un momento y se sentó a la mesa con ella. "Creo que sería buena idea que te retiraras, muchacha. Las cosas se están poniendo más que animadas, y no me gusta que estés aquí con todos estos hombres ebrios".

"Creo que tienes razón". Se puso de pie y sacudió sus faldas.

"Te escoltaré a tu habitación". Él tomó su brazo y subieron las escaleras hacia el piso de las habitaciones. "¿Cuál es la tuya?".

Ella lo llevó a la habitación que le habían asignado y colocó su mano en el pestillo, que fue cubierto de repente por la gran mano de Duncan. "Asegúrate de cerrar bien la puerta".

Elsbeth asintió, sintiendo de repente como si fuera a estallar en lágrimas. Era su última noche con Duncan. No sabía qué la poseía, pero se puso de puntillas, agarró la nuca de él con su mano y colocó sus labios sobre los suyos.

Si él se había sorprendido, pasó rápidamente, porque él la rodeó con su brazo por la cintura y la atrajo hacia él. Sus labios cálidos cubrieron los de ella con hambre. Mordisqueó su labio, y ella

se abrió para disfrutar de la invasión de su lengua. Él sabía a toda la cerveza que había bebido.

Él soltó su boca y le acunó la cara entre sus grandes manos. "Ah, muchacha, te deseo tanto, pero la única forma en que puedo tomarte es si renuncias a esa idea del convento y te casas conmigo".

Tenía que admitir que estaba vacilando. Se apartó y susurró. "¿Me amas?".

Capítulo 9

Más tarde, juraría que su corazón se detuvo abruptamente cuando ella preguntó: "¿Me amas?". ¿Estaba cambiando de opinión? ¿O lo estaba poniendo a prueba?

Tras unos instantes, ella dijo: "No, Duncan, si lo hicieras, no dudarías". Sacudió la cabeza y abrió la puerta. "Te deseo buenas noches".

Él se quedó mirando la vieja puerta de madera, marcada por cicatrices. Se pasó los dedos por el cabello y aspiró una bocanada de aire que parecía haberle faltado desde que ella hizo la pregunta.

Con el corazón apesadumbrado, se alejó de su habitación. En lugar de regresar a la algarabía de abajo, salió del edificio, dobló la esquina hacia el establo y se sentó contra una pared, con la cabeza hacia atrás, las piernas dobladas y las muñecas apoyadas en las rodillas.

¿Me amas?

La mañana siguiente llegó demasiado pronto y, a la vez, no lo suficientemente pronto. No durmió más que unos minutos, dando vueltas sobre el montón de heno que había usado como cama.

Los hombres roncaban, durmiendo la borrachera de la noche anterior. Se levantó y se sacudió, con trozos de heno flotando en el aire. El sol apenas asomaba por el horizonte. Recogió sus cosas y caminó hacia el arroyo, a media milla detrás del establo.

El agua fría le sentó bien en la cara, despertándolo y ayudándolo a sacudirse parte del abatimiento con el que se había despertado. Se quedó de pie, con las manos en las caderas, y contempló el pequeño pueblo.

Hubo momentos en que deseó ser simplemente un granjero, con una esposa agradable y sin complicaciones, una granja que cuidar y niños que criar. Sin responsabilidades por otras personas. Sin preocuparse por los conflictos de clanes o por un rey al que contentar. Sin una mujer que lo estuviera volviendo loco.

Sacudiéndose su peculiar humor, regresó al establo y vio a Elsbeth de pie en la entrada.

"Ah, ya estás despierta, muchacha".

Ella asintió. "No dormí muy bien".

No eres la única.

"Supongo que partiremos pronto?". Sus palabras no eran tan firmes como a Duncan le hubiera gustado. Estaba bastante seguro de que ella aún dudaba de todo esto. Podría mantenerla allí si tan solo le dijera que la amaba y quería casarse con ella.

Pero no podía mentir. Si se casaran, podría llegar el momento en que pensara en ella de una manera más romántica, pero ella sabría desde el principio que no estaba recibiendo el amor que afirmaba que su hermana y su cuñada recibían de sus maridos enamorados.

Ella se sentiría destrozada, y él no podía hacerle eso.

Suspiró. "Sí. Solo necesito despertar a estos cabezotas". Le dio una patada al pie de Kevin.

El hombre abrió los ojos. "¿Ya es hora?".

"Sí. Levanta a tus compañeros. Si quieres desayunar antes de irnos, tienes que levantarte ahora".

Duncan se unió a Elsbeth, que se había movido fuera del establo. "¿Estás lista para desayunar?".

"Sí". Caminó a su lado, el silencio entre ellos abrumador.

Todo lo que la muchacha consumió fue parte de una torta de avena y unos sorbos de cerveza. No hablaron mientras comían. Los otros hombres llegaron y comieron un tazón rápido de gachas y unas tazas de cerveza.

"Es hora de irnos". Duncan se levantó y se dirigió a la puerta. Podía oír los pasos de Elsbeth detrás de él, seguidos pronto por gruñidos y gemidos de sus hombres, quienes probablemente sufrían los efectos secundarios de la vivacidad de la noche anterior.

Era un grupo silencioso el que cabalgaba las pocas millas hasta Perth. Sin risas, bromas o comentarios. Los hombres estaban sufriendo, y Duncan estaba pensando. Elsbeth parecía más angustiada cuanto más cabalgaban.

Cerca del mediodía, llegaron a las afueras de Perth. Se detuvieron en una taberna, ya que todos estaban listos para el almuerzo. Duncan ayudó a Elsbeth a bajar de su caballo, y se unieron a los demás en una mesa.

"¿Tienes una dirección para este convento?", preguntó Duncan.

"Sí. Tengo mi última carta de la Hermana Albert. Ella dijo que está en la esquina de East Street y High Street". Se encogió de hombros. "Esa es toda la información que tengo".

"No te preocupes, muchacha, le preguntaremos al posadero antes de irnos. Aunque Perth es bastante grande, no deberíamos tener problemas para encontrarlo. ¿Tiene un nombre?".

"Sí. Las Hermanas de los Pobres".

Apropiado. Sería pobre el resto de su vida. Pobre de todo lo que una muchacha quería. Y merecía.

Todos salieron después de recibir indicaciones del posadero. Todo el grupo estaba sombrío. Incluso el sol brillante no hizo nada para animarlos.

Siguiendo el mapa que el hombre les había dibujado en el reverso de la misiva que Elsbeth tenía de la Hermana Albert, tardaron unos veinte minutos en llegar al edificio.

Era muy antiguo. Oscuro y húmedo. Todos se detuvieron y miraron fijamente. No había nada que identificara el lugar como un convento. De hecho, parecía desierto. Elsbeth miró a Duncan e intentó sonreír. "Bueno, aquí estamos".

Nadie se movió. Ni habló. Finalmente, Elsbeth se movió para bajar de su caballo. Duncan saltó del suyo y la ayudó a bajar. Juntos, subieron los escalones hasta la puerta principal. Después de una ligera vacilación, Elsbeth dejó caer el llamador en la puerta y retrocedieron.

No hubo respuesta.

Tomando una respiración profunda, Elsbeth repitió la acción. Esperaron unos minutos.

No hubo respuesta.

Ella miró a Duncan y frunció el ceño. Esta vez, él golpeó la puerta con el puño, en lugar de usar el llamador.

Nada.

Elsbeth retrocedió y miró la parte exterior del edificio. Luego se volvió hacia Duncan. "¿Debería entrar?".

Tenía un muy mal presentimiento sobre esto. "No. Tú quédate aquí, y yo entraré".

La vieja puerta crujió y chirrió cuando la empujó para abrirla. El interior era oscuro, frío y poco acogedor. No podía dejar a Elsbeth aquí. Se negaba a dejarla aquí. Caminó unos pasos sobre el suelo de piedra, esperando que alguien se acercara.

Nadie lo hizo.

Finalmente, recorrió toda la casa de dos pisos. Cada habitación estaba vacía de personas, pero llena de muebles. Bajó las escaleras y, justo cuando llegaba al último escalón, la puerta principal se abrió y Elsbeth asomó la cabeza. "¿Qué estás haciendo?".

"Inspeccionando el lugar, pero no hay nada que ver".

* * *

Elsbeth se frotó las palmas de las manos arriba y abajo de sus brazos. El lugar era extremadamente poco acogedor. Pero aún más notable era el hecho de que Duncan, después de recorrer el edificio, afirmó no haber encontrado a nadie allí. Qué extraño.

No estaba segura de si lo que sentía era decepción o alivio. Probablemente un poco de ambos. "Me pregunto dónde estará todo el mundo. Si dices que hay muebles, ¿quizás están todos de excursión?"

Duncan miró a su alrededor y negó con la cabeza. "¿Acaso no dijiste que había gente enferma aquí que necesitaba atención?"

"Sí."

"Entonces no creo que estén vagando por todo Perth de excursión."

Finalmente preguntó lo que había temido preguntar. "¿Qué hago ahora?"

Si él y sus hombres simplemente se marchaban y la dejaban allí, sería incluso peor de lo que había esperado cuando pensó que sería bienvenida. Luchó contra las lágrimas que amenazaban con brotar.

Se había preocupado por esta decisión, había tenido que convencer a su hermana y a su cuñado.

Había sido secuestrada, abandonada en una extraña fortaleza durante más de una semana, y luego viajó al convento para encontrarlo vacío. Era demasiado.

Elsbeth tragó saliva mientras intentaba contener las lágrimas, pero no funcionó. Miró a Duncan y su barbilla tembló. Él la atrajo a sus brazos y la sostuvo mientras lloraba. Su mano cálida se posó en su cabeza, donde le masajeó el cuero cabelludo y murmuró palabras que ella no escuchó.

Lloró por la vida y la felicidad que su hermana tenía y que ella nunca tendría. Lloró por la tensión de las últimas dos semanas, y los largos viajes desde Dornoch a Freuchie y luego desde allí a Perth.

Ahora no tenía nada, ni nadie, ni adónde ir. Las lágrimas se convirtieron en sollozos genuinos. Duncan continuó ofreciéndole consuelo, con la barbilla apoyada en su cabeza.

Cuando sus sollozos se convirtieron en hipo, se apartó de Duncan y tomó el trozo de lino que él le ofreció. "¿Qué hago ahora?"

Él respiró profundamente. "Una cosa es segura. No puedes quedarte aquí."

Elsbeth cerró los ojos con alivio.

Duncan puso sus manos en sus hombros, con las cejas casi tocando la línea del cabello. "¿De verdad crees que te dejaría aquí?"

Usando el lino ahora empapado, se limpió la nariz y dijo: "No sé qué pensar". Sus hombros se desplomaron. "Estoy muy cansada".

"Sí, lo entiendo. Lo que sugiero que hagamos es regresar a la posada y ver si podemos obtener información sobre este lugar. Dado que recibiste una carta de esta hermana con las instrucciones, supongo que sucedió algo inesperado."

Elsbeth asintió, toda la fuerza abandonándola. No se había dado cuenta de lo angustiada que había estado hasta que se desplomó contra Duncan. Estaba más que feliz de que él tomara el control y tomara las decisiones sobre este embrollo.

Regresaron afuera, donde los hombres estaban todos sentados en sus caballos y esperando. "¿Está todo bien, muchacha? Pareces un poco alterada", dijo Gregory.

Duncan la levantó y la colocó sobre el caballo. "No sabemos cuál es el problema. Por ahora, parece que no hay nadie en el edificio. Necesitamos determinar si alguien en Perth conoce el lugar y por qué está vacío."

Cuando regresaron a la posada, Elsbeth tenía un dolor de cabeza punzante. Lo que más deseaba, además de a su hermana, era acostarse en una habitación oscura con un lino perfumado con lavanda sobre la cabeza. Cuando había tenido estos dolores de cabeza antes, eso siempre funcionaba bien.

"No te ves bien, muchacha. ¿Podría sugerirte que veamos si hay una habitación disponible para que te acuestes un rato?"

¿Por qué siempre parecía que este hombre podía leer su mente? Ella sonrió. "Sí. Justo estaba pensando eso. Tengo un dolor de cabeza bastante fuerte."

Duncan puso su mano en su espalda baja y la empujó hacia el mostrador donde estaba el empleado. "Me gustaría una habitación para la muchacha, si todavía tiene una disponible."

El hombre levantó la vista y les sonrió. "En realidad, no creo que la habitación que dejaron haya sido limpiada todavía, así que son bienvenidos a quedarse allí un rato." Entrecerró los ojos y la miró más de cerca. "¿Estás bien, muchacha? Pareces un poco alterada."

"Solo tengo dolor de cabeza", respondió bruscamente, inmediatamente arrepentida por su respuesta, pero ansiosa por llegar a la habitación y tal vez incluso tomar una siesta y olvidar toda esta mañana.

Por el amor a la bondad. Olvidar todo el viaje.

El hombre le entregó una llave a Duncan. Comenzaron a subir las escaleras cuando él se volvió. "¿Es posible conseguir un paño fresco con un poco de lavanda?"

Aquí estaba él, siendo amable de nuevo. Muy amable. Justo lo que no necesitaba para agregar a su día ya confuso.

"Sí. Mi esposa seguramente tiene algo. La enviaré con él en un momento. Ella puede ayudar a su esposa a instalarse."

Duncan asintió y acompañó a Elsbeth escaleras arriba hasta la habitación. Usó la llave para abrir la puerta y se hizo a un lado para

dejarla entrar. "Tómate todo el tiempo que necesites. Mientras tanto, veré si puedo obtener información sobre ese convento."

Elsbeth extendió la mano y tocó su mano. "Muchas gracias, Duncan. Nunca me he sentido tan perdida en mi vida."

"Nunca te perderás mientras estés conmigo." Con esas palabras, la besó en la frente y se fue. Ella miró la cama y se acercó a ella, acostándose suavemente para evitar que su cabeza se moviera demasiado.

No habían pasado más de diez minutos cuando la esposa del posadero llegó con el paño. El lino fresco se sintió bien contra su cabeza. Le dio las gracias y cerró los ojos.

Antes de que se diera cuenta, estaba profundamente dormida.

* * *

Duncan se desplomó en la silla junto a la chimenea. Los demás hombres se habían acomodado en una de las mesas. Todos lo miraron. "¿Qué hacemos ahora, Terrateniente?", preguntó Kevin.

Él se pasó los dedos por el cabello. "Una cosa es segura; no podemos dejar a la muchacha aquí."

"No creo que alguna vez quisieras dejarla aquí", dijo Daniel con una sonrisa burlona.

Duncan lo fulminó con la mirada. "Es una situación seria. Debo averiguar qué sucedió en esa casa. El lugar estaba lleno de muebles e incluso comida en la despensa, pero no había nadie." Sacudió la cabeza. "Muy extraño."

Justo entonces, la esposa del posadero salió de la cocina, limpiándose las manos en el delantal. "Mi esposo me dice que preguntaban por ese edificio donde viven las monjas."

"Sí. Acabamos de regresar de allí y lo encontramos vacío. ¿Sabe algo al respecto?"

"No. Pero hay un hombre que vive dos casas más abajo. Se llama Darby. Un anciano, que ha estado por aquí durante mucho, mucho tiempo. Cuando se quedaba sin monedas por beber demasiado, solía pedir una comida a las monjas." Ella se rió.

"Siempre les decía que rezaría por sus almas. Me parecía que él necesitaba más oraciones por su alma que ellas."

"Gracias, señora. Agradezco la información."

Ella colocó sus manos en sus impresionantes caderas. "¿Necesitarán la habitación de nuevo esta noche?"

No parecía que la muchacha pudiera quedarse en el convento esa noche. O, con suerte, ninguna noche. Él elevó una rápida oración por su alma. Era posible que no estuviera sucediendo nada problemático, pero hasta que tuvieran algunas respuestas, Elsbeth necesitaba un lugar para dormir. "Sí. Por favor, mantenga la habitación, pagaré tan pronto como sepamos cuánto tiempo la necesitaremos."

La mujer asintió y regresó a sus deberes.

Unas dos horas después de que Elsbeth se retirara a la habitación, bajó lentamente las escaleras. Se veía mejor, pero aún perturbada. Sus ojos ya no estaban rojos e hinchados.

Como Duncan no quería interrogar al anciano Darby hasta que Elsbeth pudiera estar con ellos, todos se quedaron en la taberna, jugando dardos, bebiendo más cerveza y pasando el tiempo.

"¿Te sientes mejor, Elsbeth?", preguntó Duncan.

Ella asintió, pero con dificultad, como si aún sintiera dolor. "¿Obtuvieron alguna información?", preguntó.

"Algo. Ven y siéntate. Quizás una taza de té te vendría bien antes de partir." La bebida había sido introducida en Escocia unos veinte años antes. Aún no estaba ampliamente disponible, pero la esposa del posadero le había mencionado que guardaba algunas hojas de té para su propio uso y que si Elsbeth quería beber un poco, le prepararía una taza. Se pensaba que era útil para los nervios.

"Sí. Me gustaría eso. Tomábamos té de vez en cuando en casa, en la Torre Lochwood. A nuestra cocinera le gustaba la bebida y la tenía a mano."

Una vez que Elsbeth se acomodó con su té, Duncan le contó la información sobre el anciano, Darby, y cómo podría tener información sobre dónde estaban las monjas.

"No creo que todos deban venir con nosotros. Escoltaré a Elsbeth de regreso al edificio y encontraré a este Darby", dijo Duncan a sus hombres. "No pasen el resto del día bebiendo su cerveza de nuevo. No tengo idea de qué historia nos contarán, y qué necesitaremos hacer."

"Sí", dijo Daniel.

Duncan escoltó a Elsbeth al establo detrás de la taberna, y se dirigieron de regreso al edificio en East Street y High Street.

Elsbeth estaba callada durante el viaje de regreso, y él estaba preocupado por ella, sabiendo que debía sentirse perdida. Ella miraba al frente mientras cabalgaban por la ciudad, guardando para sí misma cualquier pensamiento que tuviera sobre la situación.

"El hombre está dos casas más abajo", dijo Duncan mientras se detenían nuevamente frente a la casa de las monjas. Ayudó a Elsbeth a bajar y caminaron hacia una pequeña estructura destartalada que a Duncan le costaría llamar casa. Miró a su alrededor, y parecía ser el único lugar donde Darby podría estar.

Se acercó y llamó a la puerta.

"Quienquiera que seas, vete, a menos que traigas un buen whisky escocés."

Se sonrieron el uno al otro. Duncan gritó: "Darby. Soy el Terrateniente Duncan Grant del Clan Grant. Necesito hablar contigo."

Después de unos minutos, la puerta se abrió con un crujido. Darby debía tener al menos cien años. Estaba encorvado, arrugado y se apoyaba en un bastón. Su harapiento kilt casi se arrastraba por el suelo, y su boina había visto muchos años, y pocos lavados. "¿Qué quieres conmigo, Terrateniente?"

"Estamos buscando información sobre las monjas que viven allí." Señaló en dirección al gran edificio en la esquina.

Su actitud cambió a una de sospecha. "¿Qué quieren con ellas?"

Elsbeth dijo antes de que Duncan pudiera responder: "Debía unirme a ellas hoy, pero no hay nadie allí. Sin embargo, parece que el lugar está siendo utilizado."

Darby suspiró. "Es una triste historia, mi señora." Retrocedió y les hizo señas para que entraran. "Si desean acompañarme un rato, les contaré lo que sucedió."

Sorprendentemente, el interior de la pequeña casa estaba limpio y bien cuidado. Era evidente que al hombre le gustaba su whisky, con las dos jarras vacías sobre la mesa.

Una vez que todos se sentaron en los bancos de la mesa rústica, se inclinó hacia adelante y dijo: "Fueron arrestadas."

Elsbeth jadeó. "¿Por qué?"

Darby golpeó su bastón en el suelo. "¡Es ese maldito Carlos!" Miró a Elsbeth. "Perdone mi lenguaje, mi señora."

"¿El rey?", preguntó Duncan.

"Sí. No quiere inclinarse ante su madre y su hermana y convertirse al catolicismo. Para demostrar lo poderoso y terco que es, ha ordenado el cierre de todos los conventos. No sé si tenía la intención de que las monjas fueran arrestadas, pero lo fueron. Lo último que escuché es que las enviaban a Londres."

Una vez más, golpeó su bastón en el suelo. "Necesitamos liberarnos del dominio de ese hombre. Inglaterra y sus soldados no pertenecen a Escocia." Agitó el bastón, haciendo que Elsbeth se agachara. "Eres un Terrateniente", le dijo a Duncan. "Necesitas reunir a los clanes y luchar contra los malditos ingleses." Inclinó la cabeza hacia Elsbeth. "De nuevo, mis disculpas, mi señora."

"¿Cuándo ocurrió esto?" preguntó Duncan.

"Hace apenas dos días."

Duncan no tenía idea de lo que Elsbeth pensaba de todo aquello. Lo más probable es que estuviera atónita. "Gracias, Darby. Si nos acompañaras a la taberna más tarde, me aseguraré de que tengas unas cuantas copas de whisky por tu molestia."

El hombre sonrió. "Sí. Estaré allí." Guiñó un ojo. "Y quizás ¿un par de pasteles de carne?"

Cuando se disponían a irse, Darby dijo: "Espera. Acabo de recordar algo. Justo antes de que la Hermana Albert fuera llevada, me dio una carta para entregar a una joven que podría venir a preguntar por ella. Dijo que había llegado al convento la semana anterior. ¿Podrías ser tú?"

"No lo sé. ¿Tiene un nombre?"

"Sí. Déjame buscarla." El anciano se dirigió cojeando a la parte trasera de la habitación y tomó una carta, sellada con un sello. Se la

entregó.

"Dice Lady Elsbeth Johnstone," dijo Elsbeth.

"¿Eres tú?"

"Sí." Elsbeth frunció el ceño mientras estudiaba el sello durante unos instantes y miró a Duncan. "Es de mi padre."

"Qué extraño. ¿Cómo sabría él enviarte una carta aquí?"

Elsbeth rompió el sello del mensaje y se encogió de hombros. "Le envié una carta antes de salir de Dornoch diciéndole que viajaba a Perth para unirme a las hermanas."

Sus ojos recorrieron la nota, y se puso de un blanco fantasmal. "Está en camino hacia aquí."

"¿Qué?"

Sus ojos se movieron de un lado a otro mientras hojeaba la nota de nuevo. "Dice que no debo tomar ningún voto, y que está en camino, pero no está solo." Ella lo miró.

"¿Quién está con él?"

Elsbeth tragó saliva. Un par de veces. "Mi prometido."

Capítulo 10

"¡Tu prometido!" Duncan gritó, con tal fuerza que tanto Darby como Elsbeth dieron un respingo.

Elsbeth volvió a mirar la nota. "Eso es lo que dice."

Probablemente por primera vez en su vida, Duncan se quedó realmente sin palabras. ¿Su prometido? ¿Cómo es posible que una mujer que se prepara para tomar los votos de monja esté prometida a un hombre?

Se giró y se alejó unos pasos, pasándose los dedos por el cabello. Se volvió y estudió a una Elsbeth que parecía muy sorprendida. "¿Puedes explicarme eso, muchacha?"

Lentamente, bajó el papel y lo miró. "No lo creo. No tengo idea." Agitó el papel. "Esto es una gran sorpresa."

Darby —el viejo tonto— cacareó como una gallina y se golpeó el muslo. "Esto suena como una verdadera historia, mi Terrateniente."

Duncan respiró hondo. "¿Dice cuándo espera llegar?"

"No. Sólo que debía quedarme aquí y no tomar los votos."

Sintiéndose un poco frenético y confundido, dijo: "Obviamente, no puedes quedarte aquí. No lo permitiré." Caminó de un lado a otro durante unos minutos. "Volveremos a la posada." Miró en dirección al viejo Darby. Se le acababa de ocurrir que, con las monjas desaparecidas, Darby probablemente no tenía medios para comer. Incluso con todo lo demás en su mente, no podía dejar al anciano a su suerte.

"Darby, ¿puedes montar a caballo?"

El hombrecillo se irguió, sacando su pequeño pecho. "Por supuesto que puedo montar. ¿Qué clase de hombre crees que soy?"

Ocultando su sonrisa, Duncan dijo: "Entonces te sugiero que, cuando vengas a la posada más tarde, traigas tus cosas contigo. No creo que puedas quedarte aquí con las monjas desaparecidas."

Aunque parecía que su orgullo quería refutar la declaración de Duncan, el hombre asintió. "Sí. Tengo un poco de hambre."

"¿Tienes un caballo?"

El viejo Darby negó con la cabeza. "No. Apenas puedo alimentarme."

"Empaca tus cosas. Puedes montar el caballo de Lady Elsbeth, y ella montará conmigo."

Un dedo muy fuerte le pinchó la espalda mientras el hombre se alejaba arrastrando los pies para recoger sus pocas pertenencias. "¿Quién te da derecho a ofrecer mi caballo a alguien? ¿Y por qué dijiste que no me permitirías quedarme aquí? ¿Y cuándo te convertiste en el hombre que dirige mi vida?"

"En el momento en que pusiste un pie en mi castillo, me convertí en tu Terrateniente. Y sigue siendo así hasta que te establezcas bajo otro jefe."

Su voz bajó y su mandíbula se tensó. "Me arrastraron lejos de mi grupo y me obligaron a ir a tu castillo. ¿Cómo te convierte eso en mi Terrateniente?"

"Elsbeth, estás siendo irrazonable. Siempre has sabido cómo son las cosas para las mujeres, te guste o no. Necesitas un hombre que te proteja..."

"...la protección no significa decirme qué hacer, a dónde ir, a dónde no ir y quién puede montar mi caballo."

"Si ambos han terminado de gritarse, estoy listo para irme, Terrateniente." El viejo Darby estaba de pie, agarrando una pequeña bolsa de tela. "Es bueno que mi oído no sea lo que solía ser." Negó con la cabeza y pasó junto a ellos hacia la puerta. Se volvió. "¿Vienen?"

Duncan se dirigió a la puerta y le indicó al anciano el caballo de Elsbeth. "Puedes montar ese."

A pesar de su ceño fruncido, Elsbeth se acercó a su caballo e intentó montar. Él caminó detrás de ella, colocó sus manos en su cintura y la levantó a la silla. En un instante, estaba detrás de ella, con los brazos rodeando su cuerpo cálido.

"Ay. Será mejor que deje una nota para mi padre," dijo Elsbeth, intentando liberarse de sus brazos.

"Lo haré yo. Quédate aquí." Duncan saltó del caballo de nuevo. "Como había monjas viviendo dentro, supongo que habrá algo de papel y un instrumento de escritura. Volveré en un momento."

Una búsqueda entre lo que debió ser el escritorio de la Hermana Albert encontró unas hojas de pergamino, una pluma y un tintero. Escribió al Terrateniente Johnstone que su hija estaba en la posada, en el extremo norte de Perth.

Con la esperanza de que el clima se mantuviera seco, dejó la carta en el escalón delantero del edificio, con una pesada roca sujetándola.

Una vez que estuvo de vuelta en el caballo, empujó al animal con las rodillas y partieron, con el viejo Darby detrás de ellos, riendo de nuevo.

* * *

Elsbeth sentía sus emociones tan revueltas que era un milagro que no comenzara a gritar y a arrancarse el cabello. Había sido su elección unirse a un convento. El convento estaba vacío, las monjas arrestadas. Su padre venía a impedir que se uniera, incluso si las monjas aún estuvieran allí.

La parte más aterradora de todo el desastre era que su padre traía a su prometido. ¡Por los dedos de Cristo! ¿Un prometido? ¿Quién demonios era ese hombre?

Sabía que no había habido ningún compromiso cuando salió de la casa de su padre para regresar a Dornoch. Ni siquiera se había hablado de ello. Ninguna correspondencia de él siguió, anunciando que estaba arreglando tal cosa. No era de extrañar que le gritara a Duncan.

Suspiró.

"Apoya tu cabeza en mi pecho. Con lo rígida que te estás manteniendo, tu dolor de cabeza pronto regresará." La voz suave y reconfortante de Duncan acercó un poco más las lágrimas que había estado reteniendo.

Ella sorbió la nariz, pero se negó a llorar. "Mi dolor de cabeza, Terrateniente, está sentado detrás de mí."

Aunque no estaba de humor para el humor, se vio obligada a sonreír cuando Duncan echó la cabeza hacia atrás y se rió. "Ach,

muchacha, eres graciosa incluso cuando no tienes intención de serlo."

Siguiendo su consejo, se apoyó en su pecho. Su pecho cálido, duro y poderoso. Él quería protegerla, consolarla, lo cual ella entendía después de haber visto a Conall y Haydon, pero él no era su esposo. Ni su Terrateniente. Ni su hermano, ni su padre. No tenía intención de declararse, entonces, ¿por qué sentía esta sensación de seguridad cuando estaba con él? ¿Y con qué derecho actuaba como su guardián?

El paseo fue corto, y una vez que dejaron los caballos en el establo, y el viejo Darby se fue a la taberna con permiso para poner su comida y bebida a cuenta de Duncan, Elsbeth respiró hondo y se volvió hacia él. "No deseo regresar a la habitación de nuevo. Tengo mucho en qué pensar."

Duncan asintió. "Lo entiendo, muchacha, pero ¿dónde pretendes pensar?"

"Solo deseo dar un paseo. El aire fresco despejará mi cabeza." No era el mejor clima, ya que el aire se había vuelto más frío, y dada la acumulación de nubes en la distancia, podría terminar empapada a su regreso.

Duncan colocó sus manos detrás de su espalda y la miró. "No quiero sonar como un tirano de nuevo, pero no puedo permitir que deambules por una ciudad extraña sola."

Sus palabras, por supuesto, no fueron una sorpresa. Aunque no ocupaba ningún lugar formal en su vida, se esperaba que la mantuviera a salvo. "Sí. Lo entiendo, pero no estoy de humor para compañía."

Él la estudió por un momento, luego se encogió de hombros. "No es un problema. Caminaré a tu lado, pero no hablaré."

Ella asintió brevemente y comenzó su paseo. Que se convirtió más en una marcha, pero Duncan la siguió. Después de unos diez minutos durante los cuales no pasó tiempo pensando en sus problemas, la cercanía de Duncan ocupando su espacio y pensamientos, él dijo: "¿Quieres hablar de ello, muchacha?"

Ella se giró bruscamente. "¿Sobre qué? ¿La terrible decisión que tomé? ¿El convento cerrado, las monjas desaparecidas? ¿O mi padre

viniendo a buscarme como a una niña? ¿O de repente enfrentarme a un compromiso con alguien a quien ni siquiera conozco? O... no, no importa." Lo miró, sintiendo como si él fuera la única persona en el mundo que podía evitar que se desmoronara en un desastre emocional.

Duncan extendió la mano y le tocó la mejilla. "Ah, muchacha. Es un estado lamentable para ti, sin duda. ¿Qué te parece si nos acercamos al pueblo y quizás encontramos a uno o dos campesinos cuyo trabajo puedas admirar? En lugar de pensar en todos tus problemas, olvídalos por un rato."

"Sí."

Él tomó su brazo y caminaron a un ritmo más pausado. Ella sintió inmediatamente una sensación de calma apoderarse de ella. Probablemente era la mejor idea dejarlo todo de lado por unas horas. Preocuparse no iba a cambiar las cosas.

Su padre venía con un compromiso. Ella, por supuesto, no lo aceptaría. Incluso si el hombre fuera el más guapo, amable y rico de las Tierras Altas. Había rechazado a Duncan con todas sus cualidades porque él no la amaba.

Aunque temía estar a medio camino, o más, enamorada de él.

Ella soltó una suave risa y sacudió la cabeza ante dónde habían vagado sus pensamientos. Acababa de decirse a sí misma que lo dejaría todo en el fondo de su mente.

Era hora de seguir su propio consejo. "¿Lo que necesito, Terrateniente, es una buena partida de ajedrez?"

Sus ojos se volvieron cálidos mientras la estudiaba. "¿Crees que podrías concentrarte en ello ahora mismo, muchacha?"

"No lo sabré a menos que lo intente."

"Ven," la tiró hacia una taberna al otro lado de la calle. "A menudo estos lugares tienen varios juegos para mantener a los bebedores rellenando sus tazas. No sé si tienen ajedrez, pero habrá algún tipo de juego que pueda distraer tu mente de tus problemas."

El edificio parecía más nuevo que los otros que habían pasado. El interior estaba oscuro y olía a whisky y cerveza. Duncan la llevó a una mesa y se sentaron uno frente al otro en los duros bancos.

Una joven camarera se acercó a ellos. Una mirada a Duncan desde el otro lado de la habitación, y sus caderas comenzaron a balancearse. La descarada se lamió los labios y movió su corpiño para revelar un poco más de piel.

Elsbeth quiso abofetearla.

"Buenas tardes, señor. ¿Qué puedo traerles?"

"Estás hablando con el Terrateniente del Clan Grant, muchacha," dijo Elsbeth de manera muy precisa. No iba a permitir que esta muchacha se le echara encima a Duncan.

En lugar de mostrarse avergonzada, la sirvienta sonrió aún más radiante. "¿De verdad? Pues, buenas tardes, Terrateniente." Hizo una reverencia, revelando un poco más de su escote.

Duncan miró a Elsbeth, y por el humor en sus ojos supo que ella estaba molesta por la atención de la joven. "¿Tienes hambre, mi querida?"

"No. Una copa de cerveza estaría bien." Ella lo empujó suavemente. "Y un tablero de ajedrez."

"¿Ajedrez?" preguntó la joven, mirando de un lado a otro entre ellos.

"¿Tienen uno?" preguntó Duncan.

Ella frunció el ceño. "Nadie lo ha pedido jamás. Puedo preguntarle a Marley. Él es el dueño." Comenzó a alejarse y regresó. "Es un juego, ¿verdad?"

"Sí. Y yo también tomaré una copa de cerveza."

"Oh, lo siento, mi Terrateniente. Supongo que olvidé preguntarle." Se alejó, sus caderas balanceándose con tanto entusiasmo que Elsbeth esperaba que chocara con una de las mesas y derramara una bebida al suelo.

"No creo que encontremos una partida de ajedrez aquí," dijo Elsbeth mientras miraba alrededor de la sala. "Es dudoso que alguno de ellos conozca el juego."

Duncan escaneó el lugar también. "Parece que hay más de unos cuantos bebedores serios aquí. Si no podemos conseguir el juego, disfrutaremos de nuestra cerveza y regresaremos a la posada."

"¿Tienen un juego de ajedrez allí?"

Duncan se encogió de hombros. "No lo sé, pero traje el mío conmigo."

El ánimo de Elsbeth se elevó, y una cálida sensación la rodeó. "Sí. Muy bien, Terrateniente. Creo que preferiría usar tu juego incluso si tienen uno aquí."

"¿Así que has vuelto a llamarme Terrateniente otra vez? Pensé que habíamos decidido Duncan."

Antes de que pudiera responder, la sirvienta regresó con dos copas de cerveza que colocó frente a ellos. "Lo siento mucho, Terrateniente, pero no tenemos un juego de ajedrez."

Duncan levantó su cerveza. "Está bien, joven."

Ella se inclinó más cerca de él y sonrió. "¿Hay algo más que pueda hacer por usted?" Miró en dirección a Elsbeth y sonrió con malicia, bajando la voz, aunque lo suficientemente alto para que Elsbeth escuchara cada palabra repugnante. "¿Algo que su esposa no haría?" Su lengua pasó lentamente por sus labios. "Siendo ella una dama y todo."

Elsbeth se levantó y arrojó su cerveza a la cara de la joven. Sorprendida por sus acciones, apartó sus faldas de la mesa y salió de la taberna. Sólo había dado unos pasos cuando Duncan trotó a su lado. "Bien hecho, joven."

"Ach, la bribona tiene suerte de que no le haya arrancado todo el cabello también."

Con una risita, Duncan tomó su brazo y la dirigió hacia la posada. "Tiempo para una agradable y relajante partida de ajedrez, mi dama."

* * *

El mesón estaba en calma. La mayoría de los hombres que allí bebían probablemente estaban ocupados proveyendo para sus familias.

Los hombres de Duncan no se veían por ningún lado, pero el viejo Darby estaba sentado en una de las mesas al fondo de la sala. Nos ofreció una enorme sonrisa y alzó su jarra de cerveza. "Gracias, mi Terrateniente."

Duncan asintió y se dirigió hacia él. "¿Conseguiste tu pastel de carne?"

"Sí. Dos de ellos." El pequeño hombre se frotó el estómago. "Si no le importa, mi Terrateniente, el posadero dijo que podría dormir con sus hombres en el establo."

"Estaría bien. Lady Elsbeth y yo vamos a jugar una partida de ajedrez. ¿Quieres unirte?" Esperaba que el hombre dijera que no, ya que sería difícil concentrarse con el anciano observándolos.

"No. Gracias, pero estoy feliz aquí disfrutando de mi cerveza." Alzó su jarra de nuevo, y Duncan regresó a la mesa donde Elsbeth estaba sentada.

Justo entonces, Darby comenzó a cantar una vieja canción escocesa, agitando su jarra de un lado a otro.

"Ach. No creo que podamos concentrarnos en el juego aquí tampoco," dijo Elsbeth. Pensó por un momento. "Podemos preparar el juego en mi habitación de arriba."

La primera reacción de Duncan fue sugerir que no era sensato. ¿Él y Elsbeth en su dormitorio? Un plan peligroso. Por lo tanto, se sorprendió al escucharse decir: "Sí, muchacha. Es una buena idea."

Recogió su tablero de ajedrez y las piezas de la bolsa en el establo. Encontró a sus hombres allí animándose mutuamente en un juego de tabas. El viejo Darby seguía cantando cuando Duncan pasó por la sala principal.

Elsbeth había extendido una manta en el suelo de su habitación. El único otro espacio donde podrían haber jugado era en la cama, así que la muchacha había tomado una buena decisión.

Prepararon el tablero de ajedrez y pronto estuvieron inmersos en el juego. Él la estudió mientras ella se mordía el labio y pensaba en sus movimientos. El sol brillaba a través de la ventana, convirtiendo sus rizos rojos en anillos de fuego. Lady Elsbeth Johnstone era una mujer hermosa a quien había deseado desde el momento en que ella le dio un codazo en el estómago y le golpeó la barbilla con la cabeza mientras forcejeaban en su caballo después de que la sacaron de su escolta.

Había tantas facetas en esta mujer. Era tierna, cariñosa y servicial. Podía ser una fogata cuando lo deseaba y sensual cuando

sentía el mismo deseo que él.

Haría casi cualquier cosa por tenerla como su esposa.

Excepto prometerle amor.

Ella se inclinó sobre el tablero, aparentemente prestando más atención al juego que él. Movió su caballo, le sonrió y declaró "Jaque mate."

Él no miró el tablero, sino que continuó mirando su rostro mientras ella esbozaba una sonrisa triunfante. Extendió la mano y le rodeó la cabeza con las manos. "Eres tan hermosa, Elsbeth. Me quitas el aliento."

Frotó sus pulgares sobre sus suaves mejillas. "Tu piel es suave como un pétalo de rosa."

Ella envolvió sus manos alrededor de sus muñecas, inclinando su rostro en su mano, frotando su mejilla contra su palma.

Incapaz de detenerse, Duncan movió sus manos a sus hombros y la acercó a través del tablero, dispersando piezas mientras la rodeaba con sus brazos y la apretaba contra su pecho.

Su boca era el paraíso. Suave, cálida, húmeda. Olía a verano y aire fresco. Ella deslizó sus manos por su pecho para rodear su cuello. Su leve gemido lo llevó al borde.

Todo el tiempo era más que consciente de la cama a solo unos pasos de ellos. Una cama agradable y suave donde podría acostarla e introducirla a la pasión. Enseñarle las formas en que podrían complacerse mutuamente.

Sus dedos, ocupados desatando su trenza, se sentían rígidos y torpes. Lo que quería que hicieran esas cosas torpes era desatar su corpiño, revelando sus exuberantes pechos. Una vez que soltó su cabello, ella sacudió la cabeza, y los hermosos mechones cayeron en cascada por su espalda. Él aferró los mechones sedosos y tiró de su cabeza hacia atrás y colocó suaves besos en su cuello, garganta y a lo largo de su clavícula.

Barrió las piezas de ajedrez y los acostó a ambos. Sus dedos, ahora menos rígidos, desabrocharon su corpiño y separaron la prenda. Su nudillo rodeó su pezón endurecido, y ella gimió de nuevo.

"¡Dónde está Lady Elsbeth Johnstone!" Una voz muy, muy fuerte resonó desde el piso principal. "Hija, más te vale presentarte. ¡Apresúrate!"

Con el rostro pálido, los ojos muy abiertos, Elsbeth se apartó de él, abrochándose rápidamente el corpiño. Se levantó de un salto, comenzó a trenzar su cabello, luego se encogió de hombros y se apresuró hacia la puerta.

Aún acostado en el suelo, el codo doblado, la mano sosteniendo su cabeza, sonrió y dijo: "¿Supongo que tu padre ha llegado?"

Capítulo 11

Con un suspiro agitado, Elsbeth descendió las escaleras, encontrándose con la mirada severa de su padre. "Hija, busquemos un lugar donde podamos hablar en privado."

Intentando recuperar el aliento y calmar el latido desenfrenado de su corazón, respondió: "Buenos días, padre. Es un placer veros también."

Con un gesto ligeramente avergonzado, él replicó: "Buenos días a ti también." Se acercó y le ofreció un beso en la mejilla. Luego, retrocediendo, la señaló con el dedo. "Ahora, encuentra un lugar donde podamos hablar en privado."

¡Por los huesos sagrados! Duncan estaba en su habitación, por lo que no podía llevarlo allí. Dudó unos instantes, hasta que el sonido de pasos descendiendo las escaleras la calmó un poco. Suspiró aliviada cuando Duncan se colocó a su lado.

Se inclinó ante su padre. "Buenas tardes. Supongo que sois el Terrateniente Johnstone del Clan Johnstone?" Duncan irradiaba la presencia de un poderoso Terrateniente. Su actitud era abierta y amigable, pero con acero en los ojos.

Los ojos de su padre se entrecerraron. "Así es. ¿Y quién sois vos?"

Duncan extendió su brazo. "Soy Duncan Grant, Terrateniente del Clan Grant."

Su padre miró la mano extendida de Duncan y, con reticencia, la tomó, dándole un apretón rápido. Se volvió hacia Elsbeth. "¿Conocéis a este hombre?"

"Sí, padre. Él y sus hombres me escoltaron al convento."

Él alternó la mirada entre ambos. "¿El Terrateniente del Clan Grant os escoltó desde Dornoch?"

"No precisamente." El latido de su corazón se aceleró de nuevo. "Pero es una larga historia."

Su padre asintió. "Escucharé el relato." Miró a Duncan. "Gracias por traer a mi hija sana y salva. Podéis marcharos ahora, ella está

bajo la protección de su prometido."

Duncan y Elsbeth miraron por encima del hombro de su padre al hombre que ella no había notado hasta ahora. No era tan alto como Duncan. Ni tan gallardo como Duncan. Ni tan apuesto como Duncan. Ojos marrones en lugar de los avellana de Duncan.

Dio un paso adelante y se inclinó. "Mi señora. Es un placer conocer a mi futura esposa. Soy William MacMillan del Clan MacMillan." Su pecho se hinchó mientras la miraba, la barbilla levantada, mirándola desde arriba.

Ella hizo una reverencia rápida y se volvió hacia su padre. "Padre. Hay algo que debemos discutir." Miró a MacMillan de nuevo. "Ahora."

"Hay tiempo para discutir todo más tarde. Estoy seguro de que estaréis complacida con el matrimonio y lo que traerá para vos y nuestro clan." Miró una vez más a Duncan. "De nuevo, os agradezco, Terrateniente, pero vos y vuestros hombres podéis marcharos ahora." Se rascó la cabeza. "Aunque me gustaría saber cómo llegasteis a escoltar a mi hija desde Dornoch."

Ella tenía que tomar el control de la situación. Si antes pensaba que no se casaría con este hombre al que su padre la había prometido, después de conocerlo, no había absolutamente ninguna posibilidad de que eso ocurriera.

Duncan dio un paso adelante. "Mis hombres y yo estaremos aquí un rato, Terrateniente. ¿Puedo sugerir que nos sentemos todos en una de las mesas y comamos algo y bebamos whisky o cerveza para relajaros a vos y a MacMillan después de vuestro viaje?"

Su padre pareció desconcertado por las palabras directas de Duncan, pero ella sabía que Duncan no se dejaría rechazar fácilmente. Ahora que había superado el impacto de ver a su padre allí frente a ella, con este hombre inaceptable mirándola lascivamente, su mente volvió al beso que ella y Duncan habían compartido. No pudo evitar preguntarse hasta dónde habrían llegado si su padre no los hubiera interrumpido. Con suerte, el rubor que sentía subir a su rostro se atribuiría a su carrera por las escaleras.

"Sí, Terrateniente," dijo su padre, "probablemente sea una buena idea comer y beber algo. ¿Os uniréis a nosotros?"

"Sin duda, Terrateniente," respondió Duncan. Tomando el mando, los condujo a una de las mesas. Algunas otras estaban ocupadas. Los clientes miraban a su grupo con curiosidad, pero luego volvían a sus comidas.

La joven doncella que los había atendido desde su llegada se acercó a su mesa. "Buenas noches, Terrateniente, mi señora."

"Buenas noches, muchacha. ¿Cuál es el plato especial de la cocina hoy?" preguntó Elsbeth.

"Estofado de cordero y el pan fresco de la señora McDonough."

Elsbeth sonrió, su estómago rugiendo a pesar de las dificultades y sorpresas del día. "Tomaré eso y una taza de cerveza, por favor." La muchacha tomó el pedido de todos los demás, que fue similar al de Elsbeth.

William se inclinó hacia adelante y cubrió la mano de Elsbeth con la suya. Sudorosa. Pegajosa. Ella se esforzó mucho por no estremecerse. "Sois todo lo que vuestro padre dijo. Y más. Sois muy agradable a la vista, y vuestro padre me dice que sois muy tranquila y ecuánime, a diferencia de vuestra hermana, que no es tan agradable."

Lentamente, Elsbeth retiró su mano, apenas evitando limpiarla en su vestido. "El esposo de mi hermana, Terrateniente Haydon Sutherland, encuentra a Ainslee bastante agradable, señor MacMillan."

El hombre necio le sonrió con suficiencia, como si ella no estuviera al tanto de un secreto que solo él conocía. Sí, el hombre ciertamente le erizaba la piel.

Las cosas permanecieron tranquilas en la mesa. Una vez que la cerveza estuvo frente a ellos, junto con los platos de estofado, el pan y la mantequilla recién batida, su padre miró a Elsbeth de una manera que la hizo moverse incómoda en su silla, como una niña pequeña.

"Quiero saber por qué The Sutherland os permitió creer que sería aceptable uniros a un convento?"

"Idea tonta," dijo el señor MacMillan, dándole una palmada en la mano una vez más. Ella movió la mano con la que no estaba comiendo a su regazo.

"Sentí que ayudar a la hermana Albert con su trabajo sería lo mejor para mí. Tomó algo de persuasión, pero Haydon finalmente cedió."

Su padre la señaló con un trozo de pan untado con mantequilla. "Y escucharé de él, por permitir que hagáis algo tan imprudente." Sacudió la cabeza y se metió el pan en la boca.

Una vez más, MacMillan abrió la boca, su actitud de quien reprende a una joven muchacha. "Sois demasiado hermosa para estar escondida en un convento." Sacudió la cabeza, con los labios apretados mientras miraba sus pechos. "No tendré ningún problema en engendrar hijos contigo."

El acto de verter su estofado sobre la cabeza de aquel hombre necio no sería perdonado con la misma ligereza que el arrojar cerveza al rostro del camarero horas antes. Sin embargo, incapaz de soportar un minuto más la presencia de ese hombre, se levantó de su asiento. "Si me disculpan, siento que mi dolor de cabeza regresa. Me retiraré por esta noche."

Da Rose se irguió. "No, hija. Hablaremos tan pronto como termine la comida, dolor de cabeza o no."

Ella alzó la barbilla, retomó su asiento y se giró hacia Duncan. Hasta ahora, el señor MacMillan y su padre le habían resultado insoportables. Ahora era el turno de él. "¿Nada que decir, mi Terrateniente?"

Sus palabras, "No, muchacha," ofrecieron muy poco, pero sus labios apretados y la ira en sus ojos le revelaron mucho más de lo que los otros dos hombres sabían.

A decir verdad, la presencia y la fuerza de Duncan la evitaron de pronunciar algo que avergonzaría a su padre y probablemente causaría que la arrastrara de vuelta a la Torre Lochwood por el cabello.

El sonido de MacMillan sorbiendo su comida y gruñendo cada vez que se llevaba el estofado a la boca se convirtió en la siguiente cosa que encontró intolerable. ¿Acaso su padre estaba envejeciendo hasta la decrepitud? Seguramente, no pensaba que ella se casaría con aquel patán sin modales. ¿O era este su castigo por intercambiar lugares con Ainslee?

* * *

Duncan devolvió su daga de comer a su cinturón y aclaró su garganta para llamar la atención de Johnstone. MacMillan se hurgaba los dientes con la uña sucia y ya había eructado varias veces. Era evidente que Elsbeth no sentía ninguna simpatía por el hombre, lo que facilitaría su encuentro con el Terrateniente Johnstone.

"Terrateniente, desearía hablar con vos. En privado."

El viejo Terrateniente lo estudió durante un minuto, mirando de un lado a otro entre él y Elsbeth. "Sí."

Ambos se levantaron. "Creo que un paseo al aire libre sería bueno para la digestión", dijo Duncan. No tenía idea de cómo el Terrateniente tomaría sus palabras y prefería que Elsbeth y su supuesto prometido no las escucharan.

Los dos hombres salieron del edificio y caminaron unos diez metros cuando Johnstone se volvió hacia él. "Estoy haciendo todo lo posible, Terrateniente, para pensar bien de vos y de mi hija." Cruzó los brazos sobre el pecho. "Pero me temo que podríais tener algo que decirme que no me va a gustar."

Duncan se encogió de hombros. "No veo ninguna razón para que no os guste lo que tengo que decir. Os pido permiso para casarme con vuestra hija."

Johnstone agitó la mano y se giró para volver al edificio. "No. Ya está prometida."

"Si me escucháis un minuto, Terrateniente", gritó.

El hombre se volvió y regresó. "¿Lo que me gustaría escuchar es por qué vos, del Clan Grant, escoltasteis a mi hija, que vivía con su hermana en el Clan Sutherland, hasta Perth? Parece un poco fuera de vuestro camino traerla desde Dornoch."

¿Cuánto debía decirle al hombre? Si admitía haber raptado a la muchacha de su grupo, dudaba mucho que aumentara la probabilidad de que el hombre accediera a su petición de casarse con Elsbeth.

"Lady Elsbeth terminó en mi castillo debido a un caso de identidad equivocada. No teníamos intención de hacerle daño, y se

quedó con nosotros hasta que el clima estuvo lo suficientemente despejado para que mis hombres y yo la escoltáramos a Perth, al convento."

Los ojos del hombre se estrecharon y se irguió en toda su estatura. Agitó un dedo frente a la cara de Duncan. "¿Estáis pidiendo la mano de la muchacha porque, después de quedarse con vos, ya no es doncella? ¿Ya no posee su virtud?" Su rostro se puso rojo y su voz se elevó en las últimas palabras hasta el punto de que Duncan sintió que Elsbeth y MacMillan probablemente las oyeron dentro del edificio.

"No, Terrateniente. Vuestra hija permanece intacta. Mientras estuvo en mi castillo, estuvo bajo mi protección. Como un hombre honorable, nunca permitiría que sucediera algo así."

Era prudente olvidar lo cerca que estuvieron de descartar esa virtud justo antes de que llegara el padre de la muchacha. Al menos ahora, podía enfrentarse al hombre y decirle que su hija estaba intacta sin culpa.

"En cuanto a vuestra petición, la respuesta es no", gruñó el viejo Terrateniente, "hice un acuerdo con MacMillan y los contratos fueron firmados."

Duncan se echó hacia atrás sobre los talones. "¿Puedo preguntaros, Terrateniente, por qué hicisteis un acuerdo cuando Lady Elsbeth se dirigía a unirse a un convento?"

"Fue una estupidez que la muchacha hiciera. No sabe lo que hace la mayor parte del tiempo. También hablaré con Sutherland sobre esto. Por qué la dejó hacer semejante tontería necesita una explicación. Es mi culpa por no tomarla en mano cuando vino a visitarme después de que su hermana se casó. Nunca debí haberla dejado volver a Dornoch." Golpeó su puño en la mano. "Es deber de la muchacha casarse y casarse con quien yo diga."

"¿Entonces creéis que vuestra hija no tiene voz en con quién se casa?"

"¿Por qué debería tenerla? Su hermana se casó con el hombre con el que hice un contrato."

Duncan decidió que, si tenía alguna posibilidad de cambiar la opinión del Terrateniente, no sería buena idea recordarle que la hija

para la que había hecho el contrato cambió de lugar con su gemela.

"¿Puedo pediros un favor, entonces, Johnstone?" preguntó Duncan. Tenía que pensar rápido porque este hombre no cedía, e incluso si nunca lograba que Elsbeth se casara con él, sabía que ella sería miserable el resto de su vida con MacMillan. Eso no lo permitiría. La quería demasiado.

¿Pero no lo suficiente como para amarla?

"¿Qué?" dijo Johnstone.

"Dadme unos días para cambiar vuestra opinión." Levantó la mano cuando el Terrateniente abrió la boca para hablar. "Como un Terrateniente a otro. No veo ninguna razón para apresurar esto. Creo que vuestra hija sería una esposa más feliz si sintiera que tiene alguna voz en con quién se casa."

El hombre lo miró fijamente durante demasiado tiempo para su comodidad. "Necesito hablar con mi hija. No digo que eso cambiará mi decisión, pero hace tiempo que no la veo". Bajó la cabeza, luego volvió a mirarlo, con los ojos húmedos. "Puede que no te lo parezca, pero amo a mis muchachas. Sólo quiero lo mejor para ellas. Es mi deber como su padre verlas establecidas y felices con sus propios hogares, marido e hijos".

Todos los malos sentimientos que Duncan había acumulado hacia Johnstone se derritieron como mantequilla al sol. "Estoy de acuerdo contigo", dijo Duncan. "Cuando llegue el momento de lidiar con mis propias hijas adultas, también tengo la intención de tomarme mis responsabilidades en serio".

Johnstone le dio una palmada en la espalda. "Vamos a tomar otra o dos cervezas, Terrateniente, y quizás por la mañana podamos resolver todo esto".

Una vez que llegaron a la puerta, Johnstone se giró y dijo: "Pero no cambiaré de opinión sobre el contrato matrimonial. Ella se casará con MacMillan".

Capítulo 12

Elsbeth se debatía en su lecho, un torbellino de inquietud. Golpeaba la almohada, intentando someterla, solo para volver a girar, presa de la incertidumbre. Se recostó boca arriba, entrelazando sus dedos sobre su vientre, contemplando el dosel. Un suspiro profundo escapó de sus labios, y arrojó las mantas, poniéndose de pie. A pesar del verano, el aire en la habitación era gélido, y sus pies se helaban sobre el suelo de piedra.

La luna llena iluminaba la estancia con una claridad casi diurna, atrayéndola hacia la ventana. Apoyó los codos en el marco, y descansando la barbilla en sus manos, observó el establo, a no más de un cuarto de milla detrás de la posada, bañado en un resplandor fantasmal.

Duncan estaba allí. Durmiendo.

Caminó de un lado a otro, consumida por la ansiedad. Su padre no le había dado la oportunidad de hablar con Duncan desde que los dos hombres regresaron de su paseo. Ninguno de ellos parecía feliz, y ella no podía adivinar qué significaba eso.

Tan pronto como llegaron a su mesa, su padre le extendió la mano. "Te escoltaré a tu habitación, hija. Donde espero que estés cuando regrese por la mañana para llevarte a desayunar". Frunció el ceño a Duncan. "¿Dónde duermes, Terrateniente?"

Duncan se mostró ofendido, sus ojos brillando y su barbilla levantada. "En el establo con mis hombres. Ahí es donde he estado desde que llegamos".

Su padre le concedió un asentimiento abrupto. "Asegúrate de quedarte allí".

Ella entró en pánico por un momento cuando Duncan intentó alcanzar su espada, pero su susurro, "por favor", lo detuvo. El Sr. MacMillan se puso de pie. "Terrateniente, creo que debería dormir frente a la puerta de la joven esta noche".

Duncan volvió a alcanzar su espada, y esta vez la sacó parcialmente cuando pareció que su padre estaba considerando tal

cosa.

"No", dijo ella. "No seré tratada como una prisionera".

"La joven tiene razón, MacMillan. Dormirás en la habitación que aseguré para nosotros dos".

La espada de Duncan se deslizó de nuevo en su vaina.

Mientras continuaba caminando y tratando de calmar la ira ante todo este embrollo, sabía que, sin importar lo que sucediera con su decisión, tenía que hablar con Duncan. Necesitaba saber de qué habían hablado él y su padre. Era su vida, y estaba terriblemente cansada de que todos tomaran decisiones por ella. De hombres hablando de ella a sus espaldas. Tratándola como a una niña, haciendo arreglos sobre su vida sin su conocimiento.

Ainslee había tomado su futuro en sus propias manos cuando ocupó el lugar de Elsbeth en la boda. Eran gemelas, de la misma sangre. Era hora de que se despojara de su actitud de "chica muy agradable" y adoptara más el comportamiento de su hermana.

Se echó su arisaid sobre los hombros, se ató las botas y salió de la habitación. La posada estaba tranquila y oscura, lo que le indicaba que era bastante tarde, el correteo de pequeños animales nocturnos era el único sonido. Salió del edificio y se dirigió hacia los establos. Afortunadamente, la luna llena iluminaba su camino, evitando que tropezara con rocas y ramas.

Una vez que llegó al establo, se quedó con las manos en las caderas, observando el edificio. Ahora que estaba allí, ¿cómo iba a llamar la atención de Duncan cuando probablemente estaba durmiendo junto a sus hombres?

Se mordió el labio durante un minuto, luego abrió lentamente la puerta del establo, estremeciéndose con cada chirrido que hacía la puerta. Jadeó y retrocedió cuando la puerta pareció abrirse sola.

"¿Qué estás haciendo, joven?", susurró Duncan y salió a su encuentro.

Estaba completamente vestido, su cabello revuelto por pasarse los dedos por él. Parecía que no había dormido más que ella. "Por los dedos de Cristo, Duncan, me has asustado de muerte". Se puso la mano sobre el corazón palpitante. "¿Qué haces despierto?"

Él la tomó del brazo y la alejó unos veinte pasos de la puerta. "Lo más probable es que esté haciendo lo mismo que tú. No puedo dormir".

"Sí, yo tampoco". Ella se estremeció, el arisaid no la mantenía particularmente caliente. "Quería saber de qué hablaste tú y mi padre", susurró.

Él vaciló por un momento. "Le pedí tu mano en matrimonio".

Sus cejas se elevaron casi hasta la línea del cabello. "¿En serio? ¿Y por qué harías eso cuando te dije antes que solo me casaré por amor?"

"¿Me estás diciendo que amas a MacMillan?"

Ella descartó sus palabras como una tontería con un movimiento de su mano. "Por supuesto que no. No tengo intención de casarme con ese patán nocivo".

"Bueno, tu padre parece pensar que harás precisamente eso. Al igual que MacMillan".

"¿Qué le dijo mi padre a tu propuesta?" Era una pregunta tonta porque si su padre hubiera dicho que sí, se lo habría dicho cuando regresaron en lugar de amenazar a Duncan con mantenerse alejado de ella toda la noche.

"Dijo precisamente lo que esperaba que dijera. No. Está decidido a que honres el contrato que firmó con MacMillan".

Elsbeth le pinchó el pecho con el dedo. "Se acabó el tiempo en que todos me decían qué hacer. Me llevan de un lado a otro, y me dicen que haga esto, y me dicen que haga aquello".

Duncan la alejó aún más del establo. "Cálmate, joven, o despertarás a todos en el establo y en la posada".

Se pasó la palma por las mejillas para limpiar las lágrimas que habían comenzado a brotar. Si no podía evitar derrumbarse, nunca convencería a todos estos hombres de que era una joven fuerte que podía decidir por sí misma cómo llevar su vida.

Duncan le metió un rizo que le soplaba la brisa ligera detrás de la oreja. "No te preocupes, Elsbeth. Yo me encargaré de esto por ti. Confía en mí".

Ella levantó la barbilla, adoptando una postura fría, casi noble. "No me has estado escuchando. Ya no permitiré que los hombres

decidan mi futuro, ni que resuelvan mis problemas. No me importa si esa es la forma en que funciona el mundo. Ya no será la forma en que funciona mi mundo.

"Ahora, te deseo buenas noches, Highlander". Se dio la vuelta y se alejó. El sonido de Duncan siguiéndola hasta la puerta de la posada la reconfortó, aunque estaba enfadada con cada hombre que caminaba sobre la tierra.

Aún sin el dulce cansancio que trae el sueño, se demoró en contemplar qué hacer cuando el sol se alzara, y tuviera que encarar a tres hombres que creían saber lo que era mejor para ella.

¡Bah! Ella era quien sabía qué le convenía. Y eso era decidir cómo quería conducir el resto de su vida. Debido a la situación de las mujeres, aún necesitaba la protección y el apoyo de un hombre, pero los encontraría en el Castillo de Dornoch.

Cuando regresara, encontraría su lugar allí. Había pasado demasiado tiempo compadeciéndose de sí misma, especialmente después de que Conall se casó y vio lo perfectos que eran él y Maura juntos. No tenía que estar casada para sentirse plena. Esta vez, cuando llegara a Dornoch, sería como una mujer fuerte y segura.

En la mañana, le diría a su padre su decisión. A menos que planeara atarla y arrastrarla de vuelta a la Torre Lochwood, no se saldría con la suya. Ni MacMillan. Ni Duncan.

Con estos pensamientos, finalmente pudo caer dormida.

Con una sonrisa en su rostro.

* * *

¡Ah, el amanecer se desplegaba como un manto dorado sobre Perth, pero en el corazón del mesón, la tensión tejía una atmósfera más densa que la niebla de la mañana! Duncan entró, y allí estaban ellos: el Terrateniente Johnstone, MacMillan y la radiante Elsbeth, silenciosos, cada uno sumergido en su propia tormenta. Un simple "buenos días" resonó con la frialdad del acero.

"Ahora que estamos todos aquí, tengo un anuncio que hacer", proclamó Elsbeth, su voz un eco de determinación. Tres pares de ojos, duros y acusadores, la taladraron. Pero antes de que las

palabras pudieran fluir, el viejo Darby irrumpió, su alegría un contraste estridente. "¡Buenos días! Veo que están listos para el desayuno. ¡Me uno a ustedes!"

Duncan, con un suspiro, apremió: "¿Qué quieres decir, Elsbeth?" Su rostro, una promesa de batalla, lo inquietaba.

"Ella es Lady Elsbeth para ti", gruñó MacMillan.

Elsbeth, con un gesto, silenció la protesta. "No me distraigan. Tengo algo que decir, y todos lo escucharán".

Darby, con una sonrisa pícara, tomó la cerveza de Elsbeth y bebió. "¡Adelante, muchacha!"

"Hoy, dejo Perth y viajo al Castillo de Dornoch, donde residiré permanentemente", declaró ella, su voz clara como el cristal.

Un clamor ensordecedor llenó el aire, pero Darby, con su risa estruendosa, dominó el ruido. "¡Así se habla, muchacha!"

Elsbeth, con un gesto majestuoso, exigió silencio. "Les daré a cada uno la oportunidad de hablar, por turnos".

"¿Qué estás haciendo, hija? No necesito permiso para hablar", bramó el Terrateniente.

"Sí, lo necesitas. Estoy cansada de que me digan qué hacer. Sé que es inusual que una mujer tenga voz sobre su vida, pero mi hermana lo hizo, y yo también lo haré". Se recostó, sus brazos cruzados bajo su pecho, una imagen de desafío.

Un silencio sepulcral cayó sobre la sala. La criada, pálida, preguntó tímidamente: "¿Quieren salchichas y huevos? ¿Pan caliente?"

"Sí, tráelo todo", respondió MacMillan, su apetito intacto.

Johnstone golpeó la mesa con furia. "Eres mi hija, y exijo que honres el contrato matrimonial que firmé por ti".

Elsbeth, con una sonrisa dulce, respondió: "No".

Duncan, con el corazón en un puño, sabía que lo peor estaba por venir.

"No me casaré con nadie, a menos que yo lo decida. Y tú sabes lo que quiero, Highlander Grant".

"Un momento", interrumpió MacMillan. "Estás prometida a mí, y exijo que honres el contrato de compromiso. Es lo mejor para los clanes MacMillan y Johnstone".

Elsbeth, con una mirada gélida, respondió: "Si quieren una alianza entre clanes, busquen a otra para casarse".

Johnstone, con los ojos llameantes, golpeó la mesa. "¡Esto es una abominación! ¡Basta de tonterías, hija! Harás lo que se te diga".

"No". Agradeció a la criada mientras servía la comida y desapareció, huyendo del conflicto.

MacMillan, con la boca llena, amenazó: "Honrarás el contrato, incluso si tengo que obligarte".

Duncan se levantó, su voz un trueno. "Si la tocas, probarás el suelo de piedra".

"Estas salchichas son deliciosas, ¿verdad?", comentó Darby, ajeno al drama.

"Tengo un contrato firmado con el Terrateniente. Legal", murmuró MacMillan.

Elsbeth, con una sonrisa angelical, respondió: "Entonces cásate con él".

"¡Blasfemia, hija!", gritó Johnstone, su rostro rojo de ira. "¡Nunca te había oído hablar así! ¡Es tu culpa!", acusó a Duncan.

"¿Mía?", preguntó Duncan, desconcertado.

"Elsbeth siempre ha sido dulce y obediente. ¡Es tu influencia la que la ha vuelto como su hermana!", bramó Johnstone.

"Discúlpeme, padre, pero creo que acaba de insultar a Ainslee", intervino Elsbeth.

Luego, se volvió hacia Duncan. "¿Me das permiso para quedarme con el caballo que me prestaste hasta que llegue a Dornoch? Lo enviaré de vuelta a Freuchie".

Duncan, frotándose los ojos, respondió: "Mi señora, ¿puedo hablar contigo cuando termines?"

"Por supuesto". Elsbeth continuó comiendo, imperturbable, mientras Duncan se preguntaba dónde había quedado la mujer angustiada de la noche anterior. Entre la oscuridad y el alba, una transformación mágica había florecido en su corazón, una fuerza indomable que brillaba con la luz de la libertad.

Aunque presagiara su perdición, un orgullo cálido le inundaba el pecho. Esta nueva Elsbeth era aún más cautivadora que antes. Siempre supo que en su interior luchaba una mujer fuerte por

liberarse, sobre todo tras escuchar las historias de su hermana, la que siempre había sido la valiente. Parecía que Elsbeth había aprendido bien observándola.

Elsbeth limpió su daga, la deslizó en su cinturón y se irguió. "¿Deseabais hablar conmigo?"

MacMillan seguía engullendo comida, mientras Johnstone empujaba la suya con desdén y fulminaba con la mirada a su hija. El viejo Darby terminó su comida y volvió a llenar su plato. "Magníficas ofrendas en este lugar." Miró a su alrededor. "Me gusta."

Una vez fuera y a una distancia prudente de la taberna, él preguntó: "¿Qué diablos significa todo esto, Elsbeth?"

"¿Acaso vuestra audición comienza a fallar? Estoy tomando las riendas de mi vida."

Él extendió la mano y tomó las suyas entre las suyas. "Cásate conmigo, muchacha. Te llevaré de vuelta a Freuchie, donde podremos ser felices."

Ella alzó la barbilla. "¿Podéis prometerme amor?"

Duncan soltó sus manos y se pasó los dedos por el cabello. Caminó en círculos, con las manos apoyadas en las caderas. "¿Por qué tiene que ser amor? Me importáis. Disfruto pasar tiempo con vos. Os deseo, sin duda." Extendió las manos en súplica. "Os proveeré, os protegeré, os daré hijos. ¿No es suficiente?"

Ella inhaló profundamente y negó con la cabeza, una suave sonrisa en sus labios carnosos. "Me temo que no, Terrateniente. Necesito más, y merezco más. Quiero lo que mi hermana tiene. Si no puedo tener un amor grandioso, no me casaré."

"¿Así que buscáis un hombre que esté perdidamente enamorado de vos?"

Un momento de silencio. "Sí." Se giró y regresó a la taberna.

¿Por qué era la muchacha tan obstinada?

¿Por qué sois tan obstinado?

* * *

Elsbeth se sintió a la vez sorprendida y orgullosa de sí misma por mantenerse firme en su plan, a pesar de las amenazas de su

padre de arrastrarla ante un sacerdote, a lo que ella replicó que diría "no" cuando el clérigo le presentara los votos. Y luego, con una firmeza que rozaba la aspereza, le reiteró a MacMillan que bajo ninguna circunstancia se casaría con él.

Duncan, apoyado en el marco de la puerta del establo, con los brazos cruzados sobre el pecho, observaba la escena. Su caballo, ensillado y nervioso, sacudía la cabeza, impaciente por partir. Los cuatro hombres que los habían acompañado desde Freuchie permanecían cerca, junto a sus monturas. El señor MacMillan y el padre de Elsbeth, sentados uno al lado del otro a lomos de sus caballos, esperaban, ambos fulminando a Duncan con la mirada.

El viejo Darby había logrado apropiarse del caballo de carga que habían utilizado en su viaje a Perth y parecía listo para abandonar la ciudad con ellos. Se plantó con las manos en las caderas. "¿A dónde creen que van todos ustedes?".

"Elsbeth...", comenzó Duncan.

"Lady Elsbeth", gruñó MacMillan.

"—No puedes viajar sola. Por muy fuerte que te creas, sigues siendo una mujer sin entrenamiento en combate. Jamás te dejaría ir sola. Si estás decidida a regresar a Dornoch, te acompañaré, hasta el final".

"Hija, cesa esta tontería ahora mismo y regresa conmigo a la Torre Lochwood".

MacMillan intentó mostrarse más amable, pero no lo logró del todo. "Lady Elsbeth, debes honrar el contrato matrimonial, o será una desgracia para tu padre".

"¿Llevaremos comida con nosotros, o cazaremos? ¿Y qué tan lejos está el Castillo Dornoch?", preguntó Darby, la última en intervenir.

Elsbeth suspiró, consciente de que no podía realizar el viaje sola, y sabía que ni su padre ni Duncan se lo permitirían. No era tonta, después de todo. Sería insensato y peligroso insistir en atravesar sola las tierras salvajes de las Tierras Altas.

"Si deseas viajar conmigo, Terrateniente Grant, no puedo impedírtelo. Padre, esto no es una tontería. Es mi vida, y deseo tener voz y voto. Señor MacMillan, creo que ya le expliqué que no

honraré el contrato. Mi padre no debió haberlo firmado sin siquiera consultarme". Se volvió hacia el anciano a caballo y le ofreció una sonrisa. "Llevo algo de comida conmigo, Darby, pero supongo que los hombres cazarán si desean comer".

Con esas palabras, espoleó su caballo y se alejó de Perth. Hacia su nueva vida. Con ocho hombres detrás de ella, todos excepto Darby de mal humor.

Ella sonrió. Era agradable tener poder. "Soy libre", gritó. "Nadie volverá a decirme qué hacer".

"¡Elsbeth!".

Se negó a voltear ante el grito de Duncan.

"Vas en la dirección equivocada, muchacha".

Capítulo 13

Contemplando a Elsbeth, que cabalgaba sola al frente del grupo, Duncan anhelaba encontrar la forma de persuadirla para que viajara en el centro de la escolta, rodeada por sus hombres. No era la manera más segura para ella, ni para ellos. Si fueran atacados por bandidos o incluso saqueadores, sería difícil luchar mientras se preocupaban por Elsbeth.

Si ella cabalgara donde debía, dos hombres la alejarían de inmediato de cualquier peligro potencial, mientras los demás luchaban. Pero dado el ánimo que mostraba desde que anunció su partida a Dornoch, pensó que lo mejor era darle tiempo para que se calmara.

Lo que le había parecido interesante era la conversación entre MacMillan y Johnstone. Por los fragmentos que recogió, la razón por la que MacMillan estaba interesado en casarse con Elsbeth era por las tierras y el dinero que Johnstone le había prometido.

No era inusual que una novia aportara un asentamiento al clan con el que se casaba, pero en este caso, el hombre parecía demasiado decidido a concretar el matrimonio.

Mientras cabalgaban, Duncan repasaba en su mente lo que sabía del clan MacMillan. El Terrateniente tenía casi su misma edad, habiendo obtenido el título hacía unos años. Tenía un hermano menor ansioso por ser nombrado Terrateniente. No era una situación con la que Duncan estuviera contento. Ambos hermanos se habían casado y habían tenido hijas.

Sería interesante saber qué rango ostentaba este MacMillan—William—en el clan. ¿Seguía al hermano menor y estaba tratando de asegurar su lugar en la línea de sucesión si ninguno de los dos hombres tenía hijos varones? Podría hacerlo casándose con cualquier doncella, no tenía que ser Elsbeth.

Por otro lado, su insistencia en que se honrara el contrato, a pesar de que era obvio que la novia lo despreciaba, bien podría ser una cuestión de orgullo masculino.

Ninguna de las dos situaciones le importaba. Él tendría a Elsbeth como esposa. Solo necesitaba convencerla de que un matrimonio feliz y satisfecho, sin toda la agitación emocional del amor, sería lo mejor para ella.

Pero ella tendría que llegar a esa conclusión por sí misma, ya que la doncella estaba tan decidida a dirigir su propia vida.

Con un desayuno abundante, no tuvieron que detenerse al mediodía, y solo se detuvieron para aquellos que necesitaban aliviarse. Johnstone aprovechó la oportunidad para acosar a su hija nuevamente, con MacMillan animándolo, diciéndole que la doncella debía someterse a la voluntad de su padre, y que cuando se casara con ella, se aseguraría de que aprendiera su lugar.

Le costó mucho contenerse para no golpear al hombre odioso en la cara.

Decidió pedirle a Elsbeth que diera un corto paseo para relajar sus músculos. Sin embargo, MacMillan declaró que, como su prometida, no se le debía permitir caminar con otro hombre. Después de que las espadas fueron parcialmente desenvainadas, Elsbeth puso los ojos en blanco y volvió a subir a su caballo con la ayuda de Daniel.

Ahora se acercaba el final del día. Johnstone se había colocado de alguna manera frente a Elsbeth, por lo que Duncan y sus hombres la rodearon, con MacMillan gruñendo ruidosamente en la retaguardia. Pero estaba mucho más tranquilo con Elsbeth protegida.

Johnstone levantó la mano para que se detuvieran. Se desviaron del camino principal, adentrándose un poco en el bosque para protegerse de cualquier sorpresa.

Desmontaron y cuidaron de sus caballos. Después de un paseo hasta el pequeño arroyo detrás de donde se habían detenido, Elsbeth regresó y sacó una manta de su alforja. Luego sacó una bolsa y se dirigió a un área despejada.

Colocó sus pertenencias y comenzó a recoger pequeños trozos de madera, ignorando a los hombres por completo. Duncan se acercó a ella. "Daniel y Gregory van a cazar".

"Tengo mi comida", dijo ella, con su linda barbilla en alto.

Al igual que pensar que podía cabalgar hasta Dornoch sin protección, su suposición de que podía hacer lo mismo con la comida que había traído consigo, indicaba nuevamente que no estaba preparada para este viaje, aunque ella pensara lo contrario.

No sabía si besarla hasta dejarla sin aliento o estrangularla. MacMillan se acercó, se paró frente a Elsbeth, con los pies separados y las manos en las caderas. "Esto ha durado demasiado, Lady Elsbeth. Debéis regresar a la Torre Lochwood conmigo y con vuestro padre mañana por la mañana y preparaos para vuestra boda".

Duncan sonrió, encantado de ver cómo el hombre estaba tan ansioso por meter la pata. Se quedó parado y observó cómo la ira se apoderaba de todo el cuerpo de Elsbeth hasta que pensó que le saldría vapor por las orejas.

"No he cambiado de opinión, Sr. MacMillan". Comenzó a contar con los dedos. "No regresaré a la fortaleza de mi padre mañana por la mañana. No tengo una boda que preparar, y si la tuviera, no sería con vos".

Él se acercó a su rostro, y Elsbeth retrocedió. "Cuando seáis mi esposa, no me diréis lo que haréis y no haréis. Me deleitaré en enseñaros un par de cosas sobre la obediencia". Golpeó su puño contra su palma.

Duncan se interpuso entre ellos. "Ya os lo advertí, MacMillan. Ni siquiera penséis en tocar a la doncella. Ya os ha dicho que no se casará con vos. Si continuáis acosándola, os enfrentaréis a mí".

MacMillan gruñó y se lanzó contra Duncan. Cayeron al suelo y los puños comenzaron a volar.

* * *

¡Deténganse!—exclamó Elsbeth, buscando frenéticamente a alguien que interviniera. —No, muchacha. Déjalos que lo saquen. Se han estado enfrentando desde que se conocieron—dijo su padre. —Pues yo no me quedaré aquí viéndolo—dijo ella, dejando caer las ramitas que había recogido y dirigiéndose con pasos firmes hacia donde había colocado su manta y su bolsa. La pelea continuaba mientras el viejo Darby se acercaba a ella. —¿Tienes comida para

compartir, muchacha? Aunque su intención había sido que los hombres se procuraran su propia comida, le tenía cariño a Darby, y siendo un anciano, lo más probable era que no pudiera cazar por sí mismo. Ella le sonrió. —Sí, Darby, siéntate, era mi intención compartir contigo. Observó el círculo de hombres mientras vitoreaban a los dos combatientes. Después de unos minutos, Duncan se puso de pie, y MacMillan yacía extendido en el suelo, inconsciente. Los hombres de Duncan le dieron palmadas en la espalda, y él sonrió. Se alejaron de MacMillan y se adentraron en el bosque. Elsbeth supuso que iban a aplicar agua fría del arroyo a las heridas de Duncan. Su padre miró a MacMillan y negó con la cabeza, luego se alejó. Los hombres regresaron, llevando un odre, y procedieron a verter el agua sobre la cabeza de MacMillan. El hombre se levantó gritando y escupiendo. —Aquí tienes, Darby—dijo Elsbeth mientras le entregaba otro trozo de pan, un trozo de queso y una manzana. —Gracias, muchacha. Te agradezco que compartas conmigo. Mientras comía su comida, pensó en lo inquieta que se había sentido cuando su padre tomó la delantera del grupo, temiendo que los llevara de vuelta a la Torre Lochwood. Aunque no estaba del todo segura de cómo regresar a Dornoch, sabía por la posición del sol antes de que se pusiera que seguían hacia el norte. En los últimos años, había cabalgado dos veces a Dornoch; cuando Ainslee se casó con Haydon y cuando Elsbeth regresó allí después de su visita con su padre. También viajó desde allí dos veces, incluyendo la vez que la sacaron de su tienda, así que tenía una buena idea de cómo encontrar el lugar. No había planeado ir sola, sin importar lo que les hubiera dicho a Duncan y a su padre. Podrían estar enojados con ella, pero ambos eran demasiado protectores y honorables para permitirle viajar sola. —Si queremos comer esta noche, será mejor que cacemos nuestra comida—dijo Duncan a sus hombres mientras descansaban en el suelo, viendo a MacMillan dirigirse con pasos pesados hacia donde estaba sentado su padre. —No voy a ir y dejarlo—Duncan señaló a MacMillan—solo con Lady Elsbeth. No confío en él. MacMillan se volvió hacia Duncan. —Sí, y yo no confío en ti para que estés solo con Lady Elsbeth, así que tampoco voy a ir. Daniel, Kevin, Gregory y John se pusieron de pie.

—Nosotros cazaremos por ustedes. Su padre también se levantó. —Me uniré a ustedes. Todos los hombres se alejaron, dejando a Duncan y a MacMillan sentados a unos tres metros de distancia, mirándose con furia. Ambos mostraban rostros magullados. —¿Ninguno de ustedes va a hacer una fogata? Será una noche fría y la carne cruda sin ella—dijo Darby mientras se lamía los labios. —Ya recogí algunas ramitas para que las uses—dijo Elsbeth, señalando la pequeña pila que había dejado caer cuando comenzó la pelea. Duncan se levantó, y MacMillan hizo lo mismo. En cuestión de minutos, tenían una pequeña fogata encendida. —Cuando seas mi esposa, compartirás comida conmigo. No puedo creer que estés ahí sentada, alimentando a ese viejo mientras tu futuro esposo tiene hambre. —¿Estás sordo, MacMillan? No tengo intención de casarme contigo. ¿Cuántas veces tengo que decirlo para que te entre en esa cabeza dura? MacMillan miró a Duncan. —Quiero saber cómo terminaste en Perth con mi prometida si ella vivía con su hermana en Dornoch. Elsbeth había acercado sus rodillas al pecho y se había envuelto en su arisaid para mantenerse caliente. El aire nocturno había comenzado a enfriarse. Estudió a Duncan mientras escuchaba la pregunta de MacMillan. —Creo que ya respondí a esa pregunta al Terrateniente Johnstone, quien, como su padre, tenía derecho a saberlo. MacMillan se movió, como si estuviera listo para otra pelea. —Como su prometido, también tengo derecho a saberlo. Duncan miró a Elsbeth. —Lady Elsbeth, ¿recuerdas haber firmado un contrato reconociendo un compromiso entre tú y el señor MacMillan? —No. Nunca firmé uno, ni nunca estuve de acuerdo con uno. Duncan se volvió hacia él. —Ves, no tienes derechos en lo que respecta a la muchacha. —Su padre firmó el contrato. —Ah, quizás lo hizo, pero según la ley escocesa, una mujer puede consentir el matrimonio a la edad de doce años. Dado que Lady Elsbeth supera esa edad, su consentimiento podría no ser necesario, pero ciertamente se considera. MacMillan se puso de pie. —El hombre siempre está a cargo”

"¿Así lo crees, Señor MacMillan?", preguntó Elsbeth. "Existen clanes en Escocia donde la línea directa para que la Terrateniente herede es una mujer. Los hombres no siempre están al mando."

"¡No en tu clan!"

Justo entonces, los hombres regresaron, cargando tres conejos y dos palomas regordetas. Con suerte, Duncan y MacMillan estarían demasiado ocupados limpiando, cocinando y comiendo para volver a pelear.

Una vez que los hombres terminaron su comida, Duncan se levantó y se acercó a donde Elsbeth y Darby charlaban animadamente. El anciano era ciertamente entretenido. Ella estaba bastante segura de que Haydon lo recibiría con agrado, ya que no tenía dónde buscar comida ahora que las monjas se habían ido.

Duncan extendió su mano. "¿Te gustaría dar un paseo antes de dormir?"

Su corazón se agitó ante su mirada y su tacto mientras tomaba su mano. Su pobre y hermoso rostro estaba un poco magullado, pero seguía siendo un hombre atractivo. "Sí."

"No", gruñó MacMillan desde el otro lado del fuego. "No darás un paseo con mi prometida."

Una vez de pie, Elsbeth se dirigió a donde su padre estaba sentado, luciendo como si estuviera listo para dormir. "Papá."

Él la miró y se enderezó. "¿Qué pasa, hija?"

"Me niego a reconocer al Señor MacMillan como mi prometido. Necesitas decirle que el contrato está roto."

"Me temo que no puedo hacer eso, hija."

Ella puso sus manos en sus caderas. "¿Y por qué no?"

Él se puso de pie y se pasó la palma por la cara. "El contrato fue un acuerdo a tres bandas."

Ella frunció el ceño. "¿A tres bandas? ¿Qué tontería es esta?"

"El acuerdo fue entre MacMillan, yo y su Highlander."

Duncan se había unido a ella y miró con furia a su padre. "Eso no existe."

"No, Highlander. Un contrato puede ser lo que sea que uno quiera que sea. El Highlander de MacMillan se me acercó para hablar sobre una alianza entre ellos y mi clan. Acepté, ya que ya era hora de que mi hija se casara.

"Recibí un pedazo de tierra que limita con mi tierra. Hicimos una promesa entre nosotros de proporcionar guerreros y caballos en

caso de un ataque de otro clan. El Señor MacMillan te recibió a ti y su compensación, y su Highlander recibió una franja de tierra que quería." Sacudió la cabeza. "Incluso si quisiera romper el contrato, tendría que notificar al MacMillan."

"¡Qué lío me has metido, papá!" Se alejó de él y se marchó. "Daré un paseo sola", gritó por encima del hombro.

Pasos detrás de ella la alertaron de que no estaba sola. Dos pares de pasos le indicaron que tanto Duncan como MacMillan la seguían.

Empezaba a sentir como si la estuvieran sofocando.

* * *

Ah, mi amada Elsbeth, escucha con atención, pues el destino mismo parece conspirar a nuestro favor. Jamás había oído de un compromiso nupcial tripartito, una trampa tejida con hilos de incertidumbre. Pero, ¿acaso no ves? Incluso el Terrateniente Johnstone, con su semblante apesadumbrado, parece anhelar que nuestros corazones se unan. ¿Podríamos atrevernos a soñar que él mismo desea vernos juntos, liberándonos de las cadenas de ese contrato? ¡Quizás la tosquedad de MacMillan, ese hombre que osa hablarte con tal desdén, sea la llave de nuestra libertad! Pues, ¿qué padre permitiría tal ultraje a su hija?

Aquí, bajo el manto estrellado, donde solo la tienda que te resguarda rompe la desnudez de la tierra, me consumo en pensamientos. La llama moribunda del fuego ilumina mis recuerdos, y una idea fugaz, como un susurro del viento, retorna a atormentarme. ¡Dos veces, mi dulce Elsbeth, te han llamado mi esposa! En la posada de Perth, ante testigos, nos han unido en palabras. ¡Según la ley escocesa, somos marido y mujer!

Pero un obstáculo se alza, un velo que nos separa: nuestro matrimonio no ha sido consumado. Sin embargo, ¿acaso no hay una solución, un camino que nos lleve a la dicha eterna? ¡Debo seducirte, Elsbeth! Debo despertar en ti la pasión que arde en mi alma, para que nuestro amor sea sellado con el fuego de la unión.

Sé que te aferras a tu deseo de regresar a Dornoch, pero tu corazón vaciló ante las puertas cerradas del convento. ¡Y sé que anhelas escuchar las palabras que mi alma clama! ¡Te amo, Elsbeth! Te amo con una fuerza que me aterra y me consume, pues el temor de perderte, de que la vida te arrebate de mis brazos, me paraliza. Pero no puedo, no debo, reprimir este amor que florece en mi pecho.

Y ahora, aquí estás, a mi lado, tu voz como miel en la noche. ¿Acaso no es el destino quien nos une? Permíteme ser tu Terrateniente, tu protector, tu amado. Permíteme ser todo para ti. Dime, Elsbeth, ¿soy algo para ti? ¿Soy tu Terrateniente, tu amado, tu futuro?”

Capítulo 14

¿Acaso soy algo tuyo?

Las palabras de Duncan resonaban en su mente mientras Elsbeth y el grupo de hombres partían a la mañana siguiente, continuando su viaje hacia Dornoch. Era un día fresco y húmedo, a pesar de ser verano. Una neblina baja cubría el suelo, preparando el escenario para todas las historias que había escuchado de niña sobre hadas, kelpies y brownies.

Ella se estremeció, recordando muchas noches en las que no había podido conciliar el sueño después de escuchar los cuentos de los miembros del clan mientras estaban sentados alrededor de la chimenea. Ella y Ainslee se acurrucaban juntas en la cama, sobresaltadas por cualquier sonido desconocido.

Ya no cabalgaba al frente del grupo. Duncan y su padre habían reclamado ese lugar, con el señor MacMillan intentando continuamente abrirse paso entre ellos. John y Gregory cabalgaban a su lado, y Kevin y Daniel en la retaguardia.

"¿Tienes frío, doncella? Te vi estremecerte", dijo John.

"Un poco, tal vez. No es un día agradable. Yo..." Sus palabras se cortaron cuando se agarró a la crin de Grisone y apretó las rodillas mientras el caballo tropezaba, pero logró mantenerse en su asiento.

"¡Alto!", gritó Gregory. Duncan y su padre se giraron, ambos regresando al galope. "¿Qué pasa, doncella?", preguntó su padre.

Ella respiraba con dificultad y estaba un poco agitada. "Grisone tropezó".

Duncan saltó de su caballo y luego la ayudó a bajar. Acercándose con cuidado al caballo asustadizo desde un lado, acarició la nariz del caballo con la palma de la mano y le habló en un tono suave. Luego retrocedió y miró al animal. "Está levantando esta pata delantera derecha. Debe haberse lastimado al tropezar".

"Ach. ¿Se ve mal?"

"Es difícil de decir". Se inclinó y pasó la mano por la pata del caballo, que se apartó cuando Duncan alcanzó unos tres centímetros

por encima del casco. "No está rota, probablemente un músculo tirado".

Se puso de pie y se puso las manos en las caderas. "No podrás montarlo".

"Lady Elsbeth puede montar conmigo", dijo el señor MacMillan mientras se unía a ellos, su actitud arrogante molestándola una vez más.

"No. Ella no puede montar contigo todo el camino a Dornoch; mataría a tu caballo", dijo Duncan y señaló a Grisone. "Y este animal necesita tratamiento. No podemos esperar que camine todo el camino a las tierras de Sutherland".

"Ella no debería ir a Dornoch", dijo el señor MacMillan. "Ella es mi..."

"¡Basta!", gritó Elsbeth, con la mano en el aire. "No quiero oírte decir eso de nuevo". Se acercó a donde estaba Grisone y apoyó la cabeza en la cara del caballo. "Tiene dolor".

"Tengo una idea", dijo Duncan. Miró a Elsbeth como si esperara que ella comenzara a negar con la cabeza. "Mi castillo está a pocas millas al oeste. Podemos conseguir tratamiento para el caballo allí".

Elsbeth entrecerró los ojos. Si ella no fuera la que montaba el caballo que tropezó, creería que Duncan planeó esto para llevarla a su castillo.

Antes de que tuviera tiempo de pensar en lo que Duncan había dicho, su padre aplastó cualquier objeción que pudiera tener. "Es una excelente idea, Terrateniente. Yo, por mi parte, estoy muy cansado de viajar. Me vendría bien una cama blanda y una comida caliente. Una o dos copas de buen whisky escocés tampoco serían rechazadas".

"No me gusta esto", dijo el señor MacMillan. Señaló con el dedo a Elsbeth. "Ella planeó esto".

Elsbeth se acercó al hombre, con las manos apretadas a los costados. "¿Crees que soy tan mala jinete que lastimaría a mi caballo a propósito?"

En lugar de responder, el hombre gruñó. "No confío en él". Señaló a Duncan.

"Sí. Y yo no confío en ti, así que supongo que tenemos una desconfianza mutua". Duncan desestimó al hombre y volvió a centrar su atención en Elsbeth. "Montarás mi caballo y yo caminaré con Grisone las pocas millas".

A Elsbeth le divirtió que, con todo el voluntariado que había hecho el señor MacMillan, no aprovechara la oportunidad de caminar la distancia hasta el castillo de Freuchie.

Duncan la ayudó a subir a su caballo y se dirigieron lentamente a Freuchie. Envió a Kevin por delante para avisar al castillo de su regreso y para notificar al jefe de caballerizas que traían un caballo herido.

Elsbeth sintió una extraña sensación en el estómago cuando el castillo apareció a la vista. Cuando se fue, estaba segura de que nunca volvería a ver el lugar y que pasaría el resto de su vida en un convento.

"El Señor obra de maneras extrañas, mi señora".

Madeline, la sanadora de Freuchie, pronunció esas palabras cuando Elsbeth le contó que la habían sacado de su grupo. ¿El cierre del convento y la lesión del caballo eran parte del plan del Señor?

Tonterías.

Cruzaron el puente levadizo y atravesaron la puerta exterior. "Elsbeth, ¿puedes encontrar a Bridget y asegurarte de que Kevin le haya dicho que tenemos invitados? Darby, MacMillan y tu padre necesitarán habitaciones".

"No necesito una habitación, doncella. Estaré feliz de dormir en el gran salón cerca del fuego. Es más cómodo de lo que he estado en años", dijo el viejo Darby, mirando a su alrededor con aprecio, relamiéndose los labios.

"Sí". Era una sensación tan extraña estar de vuelta. Como Kevin había sido enviado por delante, nadie parecía sorprendido de verla. Se preguntó si la castellana había arreglado para que tuviera la misma alcoba que había tenido antes.

Mientras se dirigía a través del patio exterior hacia el patio interior, Madeline se acercó a ella. Se detuvo, entrelazó los dedos y se los puso a la cintura. "Veo que has regresado".

"Sí". No parecía haber mucho más que decir.

La mujer la miró con una sonrisa que decía que se lo esperaba. Le dio una palmada en el brazo. "Serás feliz aquí, doncella. Este es tu hogar".

* * *

Duncan llevó a Grisone al establo, donde se encontró con Graham, el maestro de establos. "El caballo tropezó. Por lo que pude ver, fue un pequeño agujero de animal. No creo que sea más que un músculo tenso o tirado, pero está cojeando."

Graham tiró del ala de su gorra. "Lo revisaré, mi Terrateniente."

"Gracias. Y tenemos otros dos caballos que se agregarán al establo por un tiempo."

"Sí, Kevin pasó y me lo dijo. ¿Es el padre de Lady Elsbeth?"

Duncan asintió. "Asegúrate de cuidar bien el caballo del hombre."

"¿Alguna razón en particular, mi Terrateniente?" El hombre sonrió de una manera que lo irritaba y complacía. "Ninguna que necesites que te preocupe."

"¿Qué pasa con el otro?"

Se rió. "Diría que puedes tirarlo al bosque, pero quiero al hombre que lo posee fuera de aquí lo antes posible."

Duncan encontró a Elsbeth de pie en el patio interior, mirando hacia el torreón. Se acercó a ella y puso sus manos en sus hombros. Ella se giró ligeramente y lo miró mientras él la abrazaba por la cintura, apoyando su cabeza en su hombro. "Nunca pensé que volvería aquí." Ella se rió entre dientes. "Nunca pensé que estaría aquí en absoluto."

"¿Estás segura de que quieres regresar a Dornoch? Puedes quedarte aquí. Seguramente debes estar cansada de viajar."

Ella asintió. "Sí, lo estoy, pero no tengo lugar aquí."

Ahora era su oportunidad. "Puedes tener un lugar aquí. Si te casas conmigo."

Ella se giró en sus brazos, interrogándolo con sus ojos. "A menos que las cosas hayan cambiado desde la última vez que me hiciste esa pregunta, la respuesta sería la misma."

"¿Todavía estás esperando el amor? ¿Qué pasa con la protección, hijos para amar y criar, una vida cómoda con alguien que te admira y respeta?"

Ella suspiró y le ofreció una suave sonrisa. "Ya hemos pasado por esto antes. He visto el brillo en el rostro de Ainslee. En el rostro de Maura. Si no puedo tener eso, entonces sé que siempre me sentiré engañada. Prefiero dedicar mi vida a ayudar a otros, incluso si no puedo unirme a un convento."

Frustrado, Duncan le tomó la cabeza entre sus manos. "¿No cuenta el deseo? Estoy seguro de que el brillo que ves en los rostros de tus hermanas proviene del deseo por sus maridos."

Ella se encogió de hombros. "Tal vez eso sea parte de ello. Pero también veo la forma en que sus maridos las miran. Sí, veo deseo, pero también veo amor. Cualquiera de ellos haría cualquier cosa por su esposa."

Se echó hacia atrás, con las cejas levantadas. "¿Y crees que si no puedo admitir amor, no haría cualquier cosa por ti?"

Elsbeth cerró los ojos y negó con la cabeza. "No lo entiendes."

Su frustración estaba creciendo. Se negaba a ser su padre, tan enamorado de su esposa que renunció a la vida cuando ella murió. No dejaría a un niño o dos para que se valieran por sí mismos porque su esposa se había ido. No. No podía hacer eso.

Era hora de un cambio de tema. "¿Qué planeas hacer con MacMillan?"

Era el turno de Elsbeth de parecer frustrada. Se echó hacia atrás, fuera de sus brazos. "Planeo no hacer nada con el hombre. Le he dicho tantas veces que no me casaré con él, que me duele la garganta. Depende de mi padre convencerlo de que está perdiendo el tiempo."

"¿Y todavía estás decidida a viajar a Dornoch? ¿A estar donde dices que duele ver a tu hermana? ¿Crees que esa es la mejor decisión?"

Elsbeth vaciló por un momento, mirando alrededor del torreón. Cuando se giró hacia él, las lágrimas en sus ojos eran obvias. "Si me disculpas, Duncan, me siento fatigada. Todo esto me está

desgastando. Creo que un breve descanso antes de la cena será lo mejor."

"¡Lady Elsbeth!" MacMillan se acercó a ellos, con el ceño fruncido. "No me gusta que pases tiempo a solas con Grant."

En lugar de responderle, ella gruñó y se giró sobre sus talones, alejándose a zancadas. Cuando MacMillan se movió para seguirla, Duncan agarró el brazo superior del hombre. "Ni siquiera pienses en seguirla. Si lo haces, tendré que seguirte, y te aseguro que no será agradable para ti."

MacMillan no se movió, pero se sacudió la mano de Duncan de su brazo. "No sé qué crees que lograrás con este viaje a tu castillo. Permito que el Terrateniente Johnstone haya expresado su deseo de descansar de sus viajes y quedarse aquí un poco, con la esperanza de convencer a su hija de que olvide este plan de viajar a Dornoch." Se señaló a sí mismo con el pulgar. "Tengo la intención de quedarme aquí hasta que me case con la muchacha."

Duncan se echó hacia atrás sobre sus talones, estudiando al idiota. "Olvidas que soy el Terrateniente. No permitiré que te quedes aquí más de un día o dos, y eso es simplemente para que te refresques para el viaje de regreso a tu hogar. Lady Elsbeth te ha dicho que no repetirá sus votos contigo. Estás perdiendo el tiempo."

"Tengo un contrato", gruñó MacMillan.

Duncan agitó la mano. "Sí, pero nunca tendrás a la muchacha, así que creo que sabes lo que puedes hacer con tu contrato."

Owen se acercó a los dos hombres. "Terrateniente, hay algunas cosas de las que necesitamos hablar."

Duncan se apartó del hombre molesto. "Sí, Owen. Ven a mi estudio." Miró a MacMillan. "He terminado aquí."

Estuvieron en silencio en su camino hacia el torreón. Duncan habría disfrutado de una taza de cerveza o whisky escocés y la oportunidad de olvidar todo en su vida que no traía más que molestia.

Se desplomó en su asiento y se frotó la frente. "Ese hombre ha pasado de molesto a exasperante."

Owen tomó la silla frente al escritorio de Duncan. "Me parece que antes de que te diga lo que pasó en tu ausencia, necesitas

explicar por qué estás de vuelta aquí con la muchacha. Pensé que iba a un convento."

"Sí. Ese era el plan." Solo pensar en los últimos días aumentó su ira. "Pero cuando llegamos, el lugar había sido cerrado y las hermanas enviadas a Londres para enfrentar algún tipo de cargos. Charles está reprimiendo los conventos en toda Escocia, tratando de demostrarse a sí mismo que ya no es católico."

"¿Puedo suponer que la muchacha se va a casar contigo como todos piensan que debería?"

"Ach. Ese es el problema. Está cansada de que todos le digan lo que debería hacer. Se lo he pedido más de una vez, pero me ha rechazado."

Las cejas de Owen se levantaron. "¿Cree que puede conseguir algo mejor que un Terrateniente?"

"No. Ella quiere amor", escupió. "Justo lo que ata a un hombre en nudos y lo hace cometer errores tontos."

Owen lo estudió por un minuto. "Como tu padre", dijo suavemente.

Ah, mi dama, permítame envolverla en un torbellino de palabras que desvelen el deseo ardiente que se esconde tras la fría fachada de la razón. Olvídese de las sombras del pasado, y permítame pintar un futuro donde el amor sea el único horizonte.

Duncan, absorto en la tarde estival, veía el mundo a través de una bruma de confusión. Todo estaba en su lugar, excepto su corazón, anudado por la incertidumbre. "¿Y quién era ese hombre al que casi desfigurabas?" preguntó una voz. "William MacMillan," gruñó Duncan. "Tiene alguna conexión con el Terrateniente MacMillan. El padre de Lady Elsbeth firmó un contrato de esponsales con el clan cuando supo que ella planeaba unirse a un convento. Nos encontró en Perth con MacMillan, exigiendo que Lady Elsbeth lo honrara."

"¿Y qué dijo la joven?" Duncan sonrió, recordando las incontables veces que ella le negó. "Le dijo que no, de mil maneras y en mil momentos." Golpeó el escritorio con la mano. "Pero ese hombre arrogante no escucha." "¿Y eso dónde la deja?" Duncan suspiró. "Su intención es regresar al clan Sutherland, donde está su

hermana." Sacudió la cabeza. "Es pura terquedad." Owen se recostó, cruzando los brazos. "Me parece que ambos son tercos. Veo cómo ella te mira, y cómo tú la miras a ella. Puedes negarlo, pero me temo, Terrateniente, que ya amas a la joven."

El pánico lo invadió al escuchar la única verdad que temía reconocer. ¿Ya amaba a Elsbeth? ¿Era él el terco? "Una cosa curiosa," dijo Duncan, "dos veces durante el viaje, alguien se refirió a Lady Elsbeth como mi esposa. En ninguna ocasión lo negamos." Owen se golpeó el muslo. "¡Ahí lo tienes, Terrateniente! ¡Estáis casados!" Duncan levantó la mano. "No. No he tocado a la joven, así que cualquier matrimonio resultante de nuestra falta de negación no es legal." "¡Ah, hombre! ¿Tengo que explicarte cómo solucionar eso? ¡Llévatela a la cama, anuncia vuestro matrimonio y escolta al hombre odioso fuera del puente levadizo!"

La idea resonó en su mente. Duncan tamborileó los dedos sobre el viejo escritorio de madera, considerando seriamente el plan.

* * * *

"Elsbeth, ¿puedo hablar contigo un momento?" Su padre estaba en el gran salón, con una copa de cerveza frente a él. Estaba rodeado de Darby y los cuatro hombres que habían viajado con ellos. Todos parecían muy amables. "¿Puede esperar, padre? No me siento bien." Todo lo que ella quería era retirarse a su alcoba y quizás no salir nunca más. Él agitó su copa. "Ah, claro, claro, hija. Podemos hablar más tarde." Darby golpeó el suelo con su bastón. "Joven. Deberías buscar a Madeline. Es curandera. Una mujer muy agradable. Hablamos de mis dolores y achaques." Le sonrió, y a pesar de todo lo que había sucedido ese día, ella tuvo que devolverle la sonrisa. El amable hombrecito ya se estaba adaptando. Tenía la sensación de que cuando llegara el momento de partir hacia Dornoch, Darby se quedaría allí. *Quizás tú también deberías.*

Ella descartó el pensamiento, pues todos estaban muy confundidos. Subió las escaleras hacia la alcoba que nunca pensó volver a ver. Observó el entorno, dándose cuenta de lo familiar que se sentía. Lucía igual, olía igual. Incluso más que su alcoba en Dornoch. Deshizo su trenza y sacudió su cabello, frotándose el cuero

cabelludo. Buscando en la bolsa con la que había viajado, sacó su peine. Se sentó en la cama mientras pasaba el peine por su cabello.

¿Qué debía hacer con su vida? Había estado en un torbellino de un tipo u otro desde que dejó Dornoch. Un ligero golpe en su puerta la sacó de sus pensamientos. Esperaba que no fuera su padre. Realmente no quería tener una discusión con él ahora sobre el Sr. MacMillan. Aún no había tenido un momento a solas con su padre para saber por qué hizo el contrato. Su cabeza comenzó a doler de nuevo mientras cruzaba la habitación y abría la puerta.

"¿Duncan?" El hombre estaba allí, apoyado contra el marco de la puerta, con sus musculosos brazos cruzados, luciendo como si el mismo demonio hubiera venido a llamar. Un mechón de cabello travieso caía sobre su frente, sus ojos oscuros devorándola. Ella respiró profundamente mientras su hermoso rostro hacía cosas extrañas en su interior. "Sí. ¿Puedo entrar un minuto?" Era un poco impropio, pero las cosas habían sido impropias para ella desde hacía tiempo. Al menos estaba preguntando y no dando órdenes como solía hacer. Se veía tan pícaro, con sus labios carnosos en una media sonrisa torcida que le hacía temblar los dedos de los pies. Por alguna razón, sintió peligro, no del tipo que amenazaría su vida, sino del tipo que amenazaría su corazón. Antes de que pudiera convencerse de lo contrario, dio un paso atrás y abrió la puerta de par en par.

"Sí."

Capítulo 15

¿Por qué estás aquí? —preguntó ella, retrocediendo mientras él avanzaba hacia ella.

Ignorando su pregunta, Duncan extendió la mano y recogió su cabello suelto en su puño, tirando de él hacia adelante sobre su hombro. —Amo tu cabello suelto. —Levantó los mechones y los frotó contra su mejilla—. Hueles a flores.

Debería pedirle que se fuera. Debería irse ella misma, correr lo más lejos posible de este hombre.

Sus pies, como si no tuvieran voluntad propia, permanecieron firmemente plantados en el suelo.

—¿Querías algo? —Se humedeció los labios repentinamente secos.

—Oh, sí. —Su voz era apenas un susurro—. Quiero algo. Algo que solo tú puedes darme.

Ella comenzaba a ponerse muy nerviosa. Este era un Duncan diferente. No el que la mandaba, bromeaba y reía con ella. Este Duncan aún desconocido, simplemente tocando su cabello, provocaba tanto calor que sentía la necesidad de quitarse la ropa.

De hecho, su ropa picaba, rascaba y se sentía opresiva, como si de repente hubiera ganado peso. Lo que estaba sucediendo tenía que ver con él. La forma en que la tocaba, la forma en que la miraba. Lo cerca que estaba.

Se acercó aún más, acunando su rostro, frotando sus pulgares sobre sus mejillas. —Tu piel es tan suave, tan cremosa. Eres una mujer hermosa, Elsbeth. No conozco a nadie que se compare contigo.

Tratando de aligerar el momento y ganar algo de aire, ya que sus pulmones se habían paralizado, dijo: —Mi hermana. Se parece a mí.

Él sonrió ante su distracción. —No. Nunca he visto a Ainslee, ¿no es ese su nombre? Pero incluso si se parece exactamente a ti, nadie me ha afectado como tú lo haces.

Ella negó con la cabeza, tratando de darle sentido a sus palabras. —Duncan. —Retrocedió para que sus manos cayeran a su lado—. ¿Qué estás tramando? ¿Era esa su voz? Sonaba como si un ratón hubiera invadido su garganta.

—Quería verte, hablar contigo. —Con cada palabra, se acercaba más hasta que volvió a estar a un solo aliento de distancia. Un aliento que le costaba mucho conseguir. Le recordaba a un animal al acecho. Observando a su presa, moviéndose lentamente, ofreciendo palabras tranquilizadoras. Ella se estremeció, diciéndose a sí misma que debía insistir en que se fuera.

Él se acercó a ella, tirando lentamente de ella hacia sí, luego la rodeó con sus brazos, ofreciéndole su calor y fuerza. —Es hora de que decidamos qué hacer con nosotros, dulce mía.

Ella sabía que algún día esto sucedería. Simplemente había demasiada atracción entre ellos. Lo había sentido casi desde la primera vez que la había puesto frente a él en su caballo después de arrastrarla de su tienda.

Solo había aumentado mientras se quedaba en su torre, viajaba con él a Perth y luego regresaba. Siempre era consciente de él cuando estaban en la misma habitación. Se dijo a sí misma que no importaba, que nunca se casaría con alguien que no la amara.

De alguna manera, mientras ella se perdía en sus pensamientos, él había logrado aflojar su corpiño. Antes de que pudiera protestar, inclinó lentamente la cabeza y cubrió su boca con la suya. Ella inhaló bruscamente al contacto. En lugar de alejarse, se inclinó más, aceptando ansiosamente su lengua mientras la pasaba por sus labios.

Sus grandes manos tomaron su cabeza y la sostuvieron suavemente mientras él le robaba la boca. Sabía a menta, cerveza y Duncan. Ella emitió un breve gemido mientras él deslizaba su vestido de sus hombros. Luego vino su camisa que cayó, junto con su corpiño, hasta su cintura.

En lugar de sentirse incómoda al estar expuesta ante su mirada ardiente, el aire fresco era un consuelo, una forma de detener el calor que se acumulaba dentro de ella. Sintió la necesidad de

empujar el vestido y la camisa al suelo para poder sentir sus manos sobre su piel desnuda por todas partes.

Él se retiró y le susurró al oído. —Me has estado volviendo loco durante tanto tiempo, mi amor. Es hora de que te muestre cuánto.

Sus labios se movieron de su boca a su mandíbula, su clavícula y luego a sus pechos, donde dejó suaves besos esparcidos sobre su piel sensible. El hombre ciertamente sabía lo que hacía.

Suavemente, succionó un pecho, luego pasó su lengua traviesa sobre el pezón. Sus dedos se enredaron en su cabello, los suaves rizos en contraste con el hombre fuerte.

Ella gimió y se acercó más a su boca, inhalando profundamente ante la sorprendente sacudida de placer que le quitó todo el aire del cuerpo. Su mano vagó hacia su otro pecho y acarició el pezón, frotando su pulgar sobre él, lo que provocó sentimientos desconocidos hasta su núcleo. —Ay, Duncan, ¿qué demonios me estás haciendo?

Él la tomó en sus brazos y la miró, la profundidad de algo desconocido en sus ojos casi aterrador. —Enseñándote sobre el placer. Mostrándote lo bueno que será entre nosotros. —La llevó a la cama y la acostó suavemente—. He querido ser el hombre que te muestre esto desde el momento en que nos conocimos.

La miró mientras se quitaba su leine y la arrojaba a un lado. Se quitó las botas y las medias y lentamente descansó su cuerpo junto al de ella.

¿Se podía morir de un corazón palpitante?

Él la tomó en sus brazos. La aspereza del vello de su pecho rozando sus pezones provocó otra oleada de calor en el área entre sus piernas.

—Ay, Elsbeth. Eres tan hermosa. Tan perfecta. —La miró fijamente—. Quiero darte tanto placer que grites con tu liberación.

Ella no tenía idea de lo que hablaba, pero quería sentir lo que sabía qué hacía sonreír tanto a su hermana cuando miraba al otro lado de la habitación a Haydon.

Era su turno.

Ella levantó la mano y le acunó la barbilla. —No sé nada de esto. Mi hermana se negó a compartir lo que quería saber. ¿Me

mostrarás lo que debo hacer para darte placer también?

La sonrisa que le dio derritió sus huesos y casi le hizo llorar. —Sí, mi amor, nos daremos placer mutuamente. —Se inclinó para capturar sus labios de nuevo, borrando todos los pensamientos de su mente mientras otra punzada de algo emocionante y emocionante recorría su cuerpo.

Ella quería esto. Ay, ella necesitaba esto. Y sabía que tenía que ser de Duncan para que importara. Era el momento.

Era más que el momento.

* * *

Duncan pudo haberse engañado, pensando que no había ido a la habitación de Elsbeth con la mera intención de seducirla, pero en cuanto ella apareció en la puerta, con su cabello cayendo en cascada por su espalda, todas sus buenas intenciones se desvanecieron. La había deseado casi desde el momento en que la conoció.

Su carácter ardiente y valiente, su ternura, su afecto, su risa y su disposición a ayudar, se combinaban en una mujer que él desearía incluso sin sus increíbles rasgos y figura. Juntos, lo habían perdido por completo.

Su mano acarició su cuello, su clavícula, y se posó sobre su seno lleno. Su suave gemido le indicó que disfrutaba de su tacto allí. Algunas mujeres lo disfrutaban más que otras. Esto era lo que hacía tan seductor unirse a ella. El descubrimiento de todas sus partes sensibles. Un viaje que él pretendía disfrutar plenamente.

Sus labios rozaron su pezón, y luego la tomó por completo en su boca. Ella arqueó la espalda, acercando su cabeza. "Sí, Duncan, se siente muy bien. No te detengas."

Él se rió entre dientes. "Te aseguro, doncella, que si me detengo, será por algo aún mejor."

"Me gusta cómo suena eso," dijo ella, sus palabras saliendo en suaves jadeos.

Su boca se movió hacia su otro seno, sus dientes tirando ligeramente de su pezón.

"¿Qué me estás haciendo? Me siento tan extraña."

Sonriendo contra su piel cálida y suave, se movió sobre ella y usó ambas manos para arrastrar su vestido y camisa sobre sus caderas, hasta sus tobillos. Ella se deshizo frenéticamente de las prendas. "Ah, eso se siente mejor. Tengo tanto calor."

"Ah, doncella. Solo espera."

Su mirada recorrió desde la cima de su cabello dorado canela extendido sobre la almohada, hasta su exuberante cuerpo. Los pezones de sus senos llenos que provocaban, rogando por su boca, la curva de su cintura, seguida por caderas curvas que él pretendía sostener mientras se introducía en su canal húmedo. Ella era la perfección. Y toda suya.

Su gemido fue tanto por sus palabras como porque, una vez que terminó su lento recorrido, comenzó a besar lentamente su cuerpo, pasando sus senos hasta su suave vientre, girando su lengua en su ombligo. Eso la hizo reír, un sonido que nunca había escuchado de una doncella durante el amor. También lo hizo sonreír.

Elsbeth sacudió la cabeza. "Nunca supe que algo tan simple pudiera sentirse tan bien."

Finalmente, su boca se encontró con los labios suaves e hinchados en su centro, rodeados de cabello rizado del color de una deslumbrante puesta de sol anaranjada.

Ella agarró su cabeza, hundiendo sus dedos en su cabello. "Ah, Duncan. ¿Qué estás haciendo? No creo que te esté permitido hacer eso."

Su sonrisa se convirtió en risa. "Mi amada, podemos hacernos lo que queramos aquí en esta cama, siempre y cuando ambos consintamos y no cause más dolor que placer."

"Oh, ay. Entonces, si esto está permitido, por favor no te detengas."

Más risa. Elsbeth era tan fascinante extendida en una cama ante él como un festín, como lo era de pie, con los ojos brillantes, dándole el lado áspero de su lengua. Nunca había tenido tanta alegría con una doncella como con Elsbeth.

Su Elsbeth.

Mantuvo su lengua ocupada mientras ella gemía y se retorcía, agarrando su cabeza, pero esta vez no para alejarlo, sino para

acercarlo.

"Duncan. Algo está sucediendo, pero también falta algo." Más jadeos mientras apretaba sus dedos con más fuerza hasta que pensó que le arrancaría el cabello.

"Siento que viene, pero se está alejando." Apenas entendía sus palabras confusas mientras sentía que su cuerpo se tensaba, y luego ella soltó un sonido lastimero y apretó su cabeza con sus muslos. Él continuó lamiendo y girando su lengua hasta que finalmente se derrumbó y se hundió en la cama como si todos sus huesos se hubieran derretido.

Él se subió a su cuerpo saciado y colocó sus labios sobre los de ella.

* * *

Elsbeth apenas podía respirar, y entonces fue inmediatamente sofocada por los labios de Duncan. Podía saborearse a sí misma en su boca y lo encontró tanto interesante como excitante.

Intentó levantar el brazo para apoyar las manos en sus hombros, pero sus miembros estaban débiles. Movió la cabeza a un lado para tomar aire. "Ni siquiera puedo levantar las manos", dijo.

Duncan besó su frente. "Date tiempo para recuperarte, mi dulce".

Después de un minuto, su respiración volvió a la normalidad, y pudo deslizar el dedo por su rostro. "Eso fue maravilloso. No me extraña que mi hermana sonría tanto".

Duncan se rió, pero ella no había intentado hacer una broma. "Supongo que esto no es el final?"

"No, *mo leannan*. Tan pronto como te sientas lista, es mi turno".

Se movió y de repente se dio cuenta de la parte de su cuerpo que había sentido otras veces cuando él la abrazaba, pero nunca había visto. Lentamente, movió la mano hacia abajo entre ellos y presionó su mano contra sus pantalones. "¿No deberías quitártelos?"

"Sí. Era lo que tenía en mente". Besó su frente de nuevo y saltó de la cama. Ella no creía que pudiera arrastrarse fuera de la cama, y

mucho menos saltar. Pero tal vez una vez que él se liberara, se sentiría tan perezoso como ella.

Sus ojos se abrieron al ver sus pantalones caer al suelo. "Oh, ay, Duncan. ¿Crees que esto va a funcionar?"

Él sonrió y volvió a la cama. "Sí, muchacha. Funcionará. Ha estado funcionando desde el principio de los tiempos".

"Con toda la gente alrededor, supongo que ha funcionado".

Duncan tomó su mano y la llevó a su miembro.

"¿Cómo lo llamo?"

Otra explosión de risa. "Hay muchas palabras, pero pene funcionará bien".

"Pene". Probó la palabra en sus labios. "Una palabra extraña, sin duda". Miró hacia abajo a su pene, erguido y orgulloso. "Para un objeto extraño".

"Basta de hablar". Se movió para cubrir parcialmente su cuerpo, con los codos a ambos lados de sus hombros. Sus largos dedos jugaron con su cabello. "No sé cuánto sabes de todo esto, pero puedes sentir un poco de dolor cuando entre en ti por primera vez. Pero se aliviará pronto".

Ella apartó el cabello de su frente. "¿Cómo sabes esto? ¿Has hecho esto con otras muchachas cuando era su primera vez?"

Él negó con la cabeza. "No. Un hombre honorable no toma la virtud de una mujer sin planear hacerla suya".

Pareció sobresaltado, como si hubiera dicho algo que no tenía intención de decir. La expresión desapareció tan rápido que pensó que podría haberlo imaginado. Entonces, cuando movió rápidamente sus caderas contra ella, todos los pensamientos volaron de su mente.

"¿Puedo tocarlo?" Miró hacia abajo entre ellos. Era un objeto de aspecto extraño. Su pene. Tenía que acostumbrarse a esa palabra. Mientras lo miraba, se movía, pareciendo tener vida propia.

"Por supuesto, mi dulce. Puedes tocarme donde quieras".

Él sonrió mientras ella movía lentamente la mano, luego cerró el puño alrededor de él. "Es suave y duro al mismo tiempo". Ella lo miró. "¿Duele cuando lo aprieto así?"

Su risa fue corta y sonó casi dolorosa. "No, muchacha, no duele, pero que me toques me hace perder un poco el control, que necesitaré para entrar en ti por primera vez, o terminará demasiado pronto".

"Me gusta cuando me besas, Duncan".

"A la orden de mi dama". Reclamando sus labios, la estrechó contra él. Ella movió su pecho hacia adelante y hacia atrás, disfrutando de la sensación de sus pezones rozando el vello áspero que viajaba por el centro de su pecho hasta donde crecía más denso rodeando su pene.

"Abre las piernas para mí, *mo leannan*. Envuélvelas alrededor de mi cintura".

Ella hizo lo que le pidió, y él se movió entre ellas, acomodándose para que su pene estuviera contra su centro. Entonces sintió que empezaba a empujar dentro de ella. Al principio, se sintió extraño, raro. Luego, a medida que continuaba, comenzó a arder. "Para. Es doloroso".

Él se detuvo de inmediato, pero el sudor en su frente y el gemido que salió de entre sus dientes apretados la hicieron preguntarse si también era doloroso para él.

Antes de que pudiera preguntarle, sintió la embriagadora sensación de sus labios contra su cuello. Luego se movió para poder alcanzar entre ellos. Sus dedos hábiles encontraron ese punto con el que había jugado antes. Ella comenzó a relajarse. Él empujó un poco más adentro.

Ella gimió.

Él se detuvo y pasó el pulgar en círculos alrededor de su abertura.

Luego empujó un poco más.

Ella dejó escapar un suspiro profundo. "Ya no se siente tan mal, Duncan".

"Gracias al Cielo". Siguió entrando poco a poco. "Inclina tus caderas, *mo leannan*".

Ella hizo lo que le pidió y descubrió que la parte que él estaba frotando con su pulgar ahora estaba lo suficientemente cerca para

que él presionara su pene contra ella. "Ach, eso se siente maravilloso, Duncan".

Él empujó y se detuvo. Con una rápida inmersión, se metió hasta el fondo. Ella chilló, sus manos apretando sus hombros. Él se quedó quieto, y ella contó hasta diez y luego se movió con cautela. "Ya está bien".

Acariciando su cabello húmedo de la frente, él le sonrió. "Eres aún más hermosa aquí en mis brazos. Aquí es donde quiero que estés siempre".

Sus movimientos comenzaron de tal manera que ella sintió el aumento de las maravillosas sensaciones de antes. También descubrió que si se movía de cierta manera y se presionaba contra él, su propio placer aumentaba. Lo que había comenzado como movimientos fáciles y fluidos, se volvió más frenético. Sus embestidas eran casi salvajes mientras él apretaba sus caderas con fuerza. Nunca había sentido tal conexión con otra persona en toda su vida. Ni siquiera con su hermana.

Cerró los ojos al sentir el aumento de lo que sabía que la llevaría a donde sentía que podía volar de nuevo. Igualó su urgencia con sus propias embestidas. Quería sentir eso de nuevo, confiaba en él para ayudarla a conseguirlo.

Duncan la abrazó con fuerza, atrayéndola a su pecho. Su jadeo y sus movimientos la llevaron al límite. Ella inhaló profundamente y gritó de placer. En cuestión de segundos, él dio un último empujón y hundió su cabeza junto a su hombro.

Casi al instante, debió darse cuenta de que la estaba aplastando, porque se giró y la atrajo hacia sí, de modo que la cabeza de ella descansara sobre su hombro.

Mientras intentaban recuperar el aliento, ella trazó círculos con su dedo sobre su pecho. Ninguno habló mientras yacían allí, simplemente abrazándose. Pronto, el sudor se secó y sintieron frío. Duncan se inclinó y subió las sábanas, acomodándolos nuevamente con ternura.

Elsbeth giró la cabeza y lo miró, estudiándolo. Exploró su rostro, sus ojos viajando desde el cabello húmedo de sudor en su frente, hasta sus ojos color avellana y la leve cicatriz oculta por la barba.

Ella levantó la mano y le acarició la mandíbula, deslizando su pulgar sobre sus hermosos labios. Ofreciéndole una suave sonrisa, susurró: "Parece, mi Terrateniente, que nuestro matrimonio ahora es oficial".

Él se apoyó en un codo y la miró fijamente, con la mandíbula caída. "¿Qué has dicho?"

Capítulo 16

Elsbeth se deslizó fuera de la cama, escapando del abrazo de Duncan, y arrastró consigo la colcha. Recogió sus pantalones y se los lanzó. Envolviéndose con la manta, caminó hacia el arcón frente a la ventana y se sentó. "Creo que me has oído correctamente, mi Terrateniente."

Duncan se puso sus pantalones y se unió a ella en el arcón. "Sé que te he oído. Supongo que lo que quiero decir es, ¿qué querías decir con esa declaración?"

"Escuché las referencias a 'esposa' y 'marido' cuando viajábamos de regreso de Perth. También sé que anunciar que estás casado o dejar que alguien más lo diga y no disputarlo, permite un matrimonio según la ley escocesa."

"No del todo, sin embargo," añadió Duncan.

"Sí. Por eso he estado negando el deseo entre nosotros. Mientras no consumáramos nuestro matrimonio irregular, no era legal."

Él tomó su mano y besó sus nudillos. "¿Entonces por qué no me detuviste ahora?"

Retirando su mano, se levantó, queriendo poner distancia entre ellos. La colcha se arrastraba por el suelo mientras caminaba de un lado a otro.

"Mujer, ¿por qué no te vistes? Si quieres, puedo salir de la habitación."

Ella permitió que una suave sonrisa rozara sus labios. "Ya has visto todo lo que poseo." Regresó a la cama, recogió su camisa y vestido, y rápidamente se los puso.

Duncan se acercó por detrás y colocó sus manos sobre sus hombros. "¿Qué hacemos ahora?"

Ella se giró, atando los cordones de su corpiño. "Hablar con mi padre. Él puede despedir al señor MacMillan."

"¿Es esa la única razón por la que permitiste esto?" dijo Duncan, señalando la cama. "¿Para deshacerte de ese hombre?"

Elsbeth se frotó los ojos y suspiró. "Una razón." Hizo una pausa, reuniendo sus pensamientos. "He estado pensando un poco. Si regreso a Dornoch, no tendré lugar allí." Lo miró a los ojos. "Por eso me fui para unirme al convento. Eso no ha cambiado. Regresaré y no encontraré nada allí para mí."

"Oh, mujer, siempre tendrás un lugar aquí."

Ella tocó su pecho. "¿Qué hay de aquí?"

Él colocó su mano sobre la de ella. "Me gustas. Mucho. Te tengo en alta estima. Te respeto, disfruto de tu compañía. Quiero que seas la madre de mis hijos." Besó el dorso de su mano y la miró a los ojos. "Prometo que seré un buen esposo. Nunca te deshonraré llevando a otra mujer a mi cama. Te protegeré con mi vida. Nunca levantaré mi mano contra ti con ira." Suspiró. "Eso es lo que ofrezco, Lady Elsbeth."

Ella apretó los labios y asintió una vez. "Sí." Retiró su mano y se giró para caminar hacia la ventana, abrazándose a sí misma. "Lo que me ofreces puede no ser lo que siempre soñé, pero es mejor que una vida solitaria e inadaptada en Dornoch."

Lo que no se atrevió a decirle era lo que sentía por él. Que estaba enamorada de él, y una vida de amor unilateral sería dolorosa a veces. Pero mejor que lo que tendría si se fuera.

Él se puso su leine, medias y botas, y luego extendió su brazo. "Ven, mujer. Bien podríamos hablar con tu padre."

Ella tomó su mano, lista para enfrentar a su padre y lo que viniera después. Mientras estuvieran juntos, podría lidiar con cualquier cosa. Después de todo, Duncan era su fortaleza.

* * *

Tomados de la mano, se aproximaron al padre de Elsbeth, quien disfrutaba de una cerveza en el gran salón, riendo y bromeando con los hombres de Duncan. El ceño de MacMillan se frunció al verlos llegar junto al **Terrateniente**.

"**Terrateniente**, Elsbeth y yo deseamos hablar con vos", declaró Duncan.

El hombre se giró, sus cejas alzándose al verlos juntos. "Sí, precisamente quería hablar con mi hija". Señaló el banco. "Tomen asiento".

"No, padre", respondió Elsbeth. "Quiero hablar con vos en el estudio de Duncan".

Algo en su actitud debió despertar las sospechas del **Terrateniente** Johnstone. Sus labios se tensaron y se puso de pie. "Muy bien".

MacMillan se levantó, alisó sus pantalones y apoyó su mano en la espada que llevaba a la cintura.

"No es necesario, Señor MacMillan", dijo Elsbeth.

"No permitiré que se lleve a cabo una conversación entre los tres sin que yo esté presente para proteger mis intereses".

Johnstone suspiró y señaló el banco. "Siéntate, hombre. Puedo hablar con mi hija sin que nos vigiles".

"Bien, entonces Grant se queda aquí".

El padre de Elsbeth miró a Duncan con las cejas alzadas.

"Elsbeth y yo deseamos hablar con vos, **Terrateniente**. Sólo vos", dijo Duncan, cansándose de MacMillan y deseando poder expulsarlo de los muros del castillo.

Johnstone asintió brevemente y miró a MacMillan. "Quédate aquí, hombre".

A pesar de las protestas, Duncan condujo al **Terrateniente** a su estudio.

Una vez que los tres se acomodaron en las sillas, se aclaró la garganta. "Vuestra hija y yo estamos casados".

Cualquier reacción que esperara del **Terrateniente** no se produjo. El hombre no gritó, no lo atacó, no sacudió a su hija. Simplemente los miró fijamente. "¿Cuándo?"

Duncan explicó el viaje de regreso de Perth y cómo dos personas se refirieron a ella como su esposa, lo cual él no negó. Elsbeth lo sorprendió al añadir que tanto el posadero como su esposa se refirieron a él como su marido, lo cual ella tampoco negó.

"Así que, según la ley escocesa, estamos casados".

Johnstone levantó una mano, y Duncan supo lo que iba a decir antes de que abriera la boca. "Me dijiste que la muchacha era

intocable. Según la ley escocesa, aún no estáis legalmente unidos". Sus ojos se entrecerraron. "A menos que mintieras".

El temperamento de Duncan se encendió ante la insinuación de que sería tan deshonroso como para tomar a la doncella y luego negarlo. Se aclaró la garganta, pero antes de que pudiera hablar, Elsbeth levantó la barbilla y miró fijamente a su padre. "Sí. Era cierto cuando Duncan os lo dijo. Ya no lo es".

El silencio fue abrumador. Duncan esperó el desafío a un duelo de espadas. Esperó a que el **Terrateniente** lanzara el primer golpe. Cualquiera que fuera la decisión del hombre, no dañaría al padre de su esposa de ninguna manera.

Entonces, el **Terrateniente** se golpeó el muslo y estalló en carcajadas. "Me habéis ahorrado un montón de problemas".

Duncan y Elsbeth se miraron, la sorpresa se transformó en sonrisas. "¿Qué queréis decir, padre?"

Johnstone se acercó a Elsbeth, y ella se puso de pie. La abrazó con fuerza. "¿De verdad crees que habría permitido que ese arrogante patán se casara contigo? No tenía idea de lo insoportable que es el hombre".

"Ay, padre", dijo Elsbeth y lo abrazó con fuerza.

El Terrateniente se acercó a Duncan y le extendió la mano. "Es un placer llamarte hijo por matrimonio, Terrateniente". Luego se pasó los dedos por el cabello. "No será fácil cuando le digamos a MacMillan. Su contrato de matrimonio contenía muchas promesas para él y para su Highlander. Deberíamos resolverlo ahora".

Los tres salieron del estudio y encontraron a MacMillan apoyado contra la pared frente a la habitación. Se enderezó y miró de uno a otro. "Tengo la sensación de que estáis a punto de hacer algo ilegal".

"Entra, MacMillan". Duncan hizo señas al hombre, y los tres lo siguieron. Ninguno se sentó, y Duncan miró a Johnstone y asintió.

El Terrateniente estudió el rostro del hombre. "Lamento informarte que el matrimonio entre tú y mi hija no se llevará a cabo. Enviaré un mensaje al Highlander MacMillan y le informaré del cambio de planes".

El rostro de MacMillan se puso rojo, y apretó los puños a los costados, inclinándose hacia adelante. "¡No! No podéis romper un contrato legal".

Duncan se colocó junto a Johnstone. Se inclinó hacia Elsbeth y dijo: "Creo que es mejor que nos dejes ahora, muchacha".

Ella negó con la cabeza. "No. No me iré. Estoy harta de que me digan qué hacer".

¡Maldita mujer testaruda!

Johnstone, con manos alzadas, declaró: "No hay remedio, MacMillan. Estos dos viajaron juntos, presentándose como marido y mujer. La ley es clara: están unidos."

MacMillan, con desdén, replicó: "No si no la ha poseído." Y con un gesto señaló a Elsbeth.

Un silencio denso se apoderó del lugar. Entonces, MacMillan gruñó: "A juzgar por lo que veo, es mejor así. No quisiera una mujerzuela por esposa."

Apenas dichas estas palabras, el puño de Duncan encontró el rostro de MacMillan, derribándolo. Pero el cobarde, en lugar de continuar la lucha, se frotó la mandíbula y, con mirada furiosa, se dirigió a Johnstone.

"Lo lamentaréis, Johnstone," siseó, poniéndose en pie. "Habéis desafiado al MacMillan. Habrá venganza."

Al intentar salir, Duncan se interpuso en su camino. "Recogeréis vuestras pertenencias y os marcharéis esta noche. Os escoltaré fuera del castillo y más allá de las tierras Grant. Y el cocinero os preparará una comida para el viaje."

MacMillan empujó a Duncan y salió de la sala. No había razón para perseguirlo y continuar la pelea. Duncan solo sentía alivio de haberse librado de él.

Johnstone se frotó el rostro. "Debo regresar a la Torre Lochwood, Elsbeth. Temo que, una vez MacMillan informe a su Terrateniente, nos atacarán."

"Iré con vos y llevaré a mis hombres."

El Terrateniente negó con la cabeza. "No, Duncan. Quédate aquí y cuida de mi hija. Te agradecería que algunos de tus guerreros me

acompañaran a Lochwood. Tengo una fuerza considerable, pero los hombres de MacMillan nos superan en número."

Se decidió que su padre partiría hacia Lochwood al amanecer. Duncan ya había ordenado a la mitad de sus hombres que se prepararan para viajar con él.

Se sentaron en cómodas sillas frente a la chimenea del gran salón. La cena había terminado, y estaban solos en su rincón, aunque el resto del clan aún jugaba y bebía.

"¿Deseas una boda apropiada, Elsbeth? Podríamos hacer que el sacerdote nos casara y luego celebrar. Te lo mereces," dijo Duncan.

Ella lo había pensado después de que MacMillan se marchara con dos guerreros escoltándolo hasta el límite de las tierras Grant. Sería una forma sencilla de anunciar su matrimonio. "Creo que llamar al sacerdote es una buena idea, pero debemos hacerlo pronto." Lo miró y rió. "¿A menos que desees dormir separados?"

Las cejas de su esposo se alzaron. "Lo haré venir mañana. Enviaré a uno de mis hombres al Clan Gordon, nuestro vecino. El sacerdote sirve a toda esta región, pero reside allí."

"Sí. Si puede venir mañana, tal vez podamos celebrar la ceremonia antes de que Da parta."

Estaba muy feliz de que el asunto con MacMillan hubiera terminado y de que su padre no estuviera molesto con ella.

Entonces, ¿por qué sentía que algo faltaba? ¿Como si hubiera un vacío en su interior?

Con la ceremonia formal y la celebración que siguió, pasaron dos días antes de que su padre partiera hacia Lochwood. Dos días de, si no felicidad completa, al menos de contentamiento y de sentirse que pertenecía.

Pasaron unas semanas, y fiel a su palabra, Duncan fue el mejor de los esposos. Se aseguró de que todos en la fortaleza supieran que ella era la nueva dama de la casa. Trasladó todas sus pertenencias a su alcoba y la complació allí más allá de toda medida cuando se retiraban.

Compartían la cena en el estrado, junto con algunos de sus hombres, repasando los éxitos y fracasos del día. Siempre se mostraba solícito y preocupado por su bienestar. La besaba a menudo y la amaba incansablemente, mostrándole nuevas formas de placer cada vez.

La mayoría de las mujeres se sentirían dichosas con su vida. Su esposo era maravilloso con ella, apuesto, fuerte y complaciente. Le daba casi todo lo que deseaba.

Excepto una cosa.

Una vez a la semana, ella hacía un viaje al pueblo. Aunque había muchos sirvientes para comprar lo que la fortaleza necesitaba, le gustaba ir y ver lo que había disponible. Le daba la oportunidad de hablar con los aldeanos, los aparceros y los agricultores de quienes, como Terrateniente y dama, ella y Duncan eran responsables.

Ah, mi amor, imagina un mundo donde cada susurro es una promesa, cada mirada un poema. En este reino de corazones entrelazados, las mujeres, con sus secretos más dulces y susurros más delicados, encuentran refugio en el alma de la dama del **Terrateniente**, compartiendo confidencias que jamás osarían revelar a otro.

Duncan, mi valiente **Highlander**, habría sido tu sombra, tu escudo, tu compañero en cada paso hacia el bullicio del pueblo. Juntos, habríamos degustado pasteles de carne y cerveza en la taberna, bañados en las sonrisas y buenos deseos de nuestro clan, un espectáculo de amor que ilumina cada rincón.

Pero, ay, mi corazón, el destino tejió un hilo de preocupación. "Perdóname, mi amada," susurró Duncan, su voz cargada de pesar, "no puedo acompañarte hoy. Un peligro acecha la muralla sureste, una grieta que exige mi atención. No temo la venganza de los MacMillan, pero la seguridad de nuestro hogar es mi prioridad, especialmente ahora que la mitad de nuestros hombres custodian Lochwood."

"Entiendo, mi amor," respondiste, tu voz suave como la seda, "llevaré a Margaret y Bridget conmigo."

"Y dos de mis hombres," insistió él, su mirada llena de una ternura protectora. "¿Temes algún peligro?" preguntaste con una pizca de inquietud.

"No lo sé, mi vida, pero no arriesgaré tu seguridad." Con sus manos acariciando tu rostro, selló su promesa con un beso en tu frente. "Eres mi esposa, y tu bienestar es mi mayor tesoro."

Un suspiro de amor escapó de tus labios. Su preocupación, como un cálido manto, te envolvía en una dulce felicidad. "Gracias, mi esposo. Partiré en breve, si puedes enviar a los hombres al puente levadizo."

Y así fue, bajo un cielo fresco, con el viento susurrando promesas de otoño, te encontraste cabalgando hacia el pueblo. Duncan, con su toque gentil, te ayudó a montar, y el pensamiento del invierno venidero, con sus noches acogedoras junto a la chimenea, te llenó de una dulce anticipación. Imagina las tardes de costura, las partidas de ajedrez, la calidez de su presencia a tu lado.

Los hombres que te acompañaban, Oliver y Fraser, eran corteses, pero echabas de menos la camaradería de tus compañeros de viaje, Kevin, Daniel, Gregory y John, ahora lejos en Lochwood.

Al llegar al establo, Oliver te ayudó a descender de Grisone, tu fiel corcel, mientras Fraser asistía a Bridget y Margaret. Juntas, caminaron hacia la plaza del pueblo, donde los artesanos y agricultores exhibían sus tesoros.

"Mi señora, iré a ver al herrero por los telares," anunció Bridget. Margaret, con un brillo travieso en los ojos, añadió, "Yo iré al platero, a ver si mi amado me ha sorprendido con algún regalo."

"¡Ay, Margaret!" exclamaste con una sonrisa, "¡No deberías esperar a que él te lo muestre?"

"Precisamente, mi señora," respondió ella, con una sonrisa pícara, "quiero saber si hay algo que deba admirar."

"Yo pasearé entre los puestos de los artesanos," dijiste a Oliver y Fraser, "pueden ir a la taberna si lo desean."

"No, mi señora," respondió Oliver con firmeza, "tenemos órdenes estrictas de nuestro **Terrateniente** de no separarnos de su lado."

Sus palabras, como un bálsamo, acariciaron tu alma. ¡Qué afortunada eras de tener un esposo que te amaba con tanta devoción!

Paseaste entre los puestos, conversando con los vendedores, admirando sus creaciones. Un pequeño animal tallado te conmovió hasta las lágrimas, recordándote a Maura, la esposa de Conall, cuyo padre, un anciano con piernas lisiadas, tallaba estas pequeñas maravillas.

Extrañabas a tu hermana, pero la alegría de saber que la verías pronto te llenó de esperanza. Quizás, algún día, tendrías un hijo propio, y Ainslee podría visitarte.

Mientras admirabas las tallas, una niña pequeña, Lili, se escapó de su madre y corrió hacia la mesa. "¡Lili, vuelve aquí!" exclamó la madre, interrumpiendo su examen de los utensilios de cocina.

Lili, indecisa, miró hacia los animales y luego hacia su madre. De repente, un grito desgarrador resonó en la plaza. Un caballo, sin jinete, corría desbocado hacia Lili, su pánico palpable en el aire.

Sin dudarlo, Elsbeth y la madre de la muchacha corrieron hacia la niña. Elsbeth la levantó y la empujó hacia los brazos de su madre justo cuando el caballo la embistió, derribándola al suelo. Una explosión en su cabeza lo sumió todo en una oscuridad absoluta..

Capítulo 17

En el solar, Duncan y Owen discutían el problema del muro. No estaba roto, sino debilitado, y necesitaban repararlo cuanto antes.

"¿Temes que el MacMillan venga por ti, entonces?" preguntó Owen.

Duncan se reclinó en su silla, entrelazando los dedos tras la cabeza. "No lo sé. No conozco al hombre ni a su clan. No parece haber razón para que venga a por mí, ya que fue Johnstone quien hizo el contrato con ellos. No puede enviar hombres a llevarse a Elsbeth, pues nuestro matrimonio ha sido bendecido por la iglesia, lo cual estoy seguro Johnstone le informó al MacMillan al llegar a casa."

"Debo decir que pareces un hombre más feliz desde que te casaste con tu dama." Owen lo estudió unos instantes. "¿Estás dispuesto a admitir que amas a la muchacha?"

"¡No!" Se levantó y caminó hacia la ventana, observando a los hombres entrenar en las listas. "Me agrada mucho, pero te dije antes que no ofreceré amor."

Se sorprendió al oír a Owen estallar en carcajadas. Se giró y vio que el insensato estaba tan abrumado por la hilaridad que se limpiaba los ojos.

Duncan lo fulminó con la mirada. "No veo qué es tan gracioso."

"Por los dedos de Cristo, hombre. Estás prendado de la muchacha casi desde el día en que la trajiste aquí. Puedes negarlo, pero es obvio para todos los que te ven con ella que la respuesta es sí."

"No." Duncan volvió a sentarse. "No puedo amarla. Sabes lo que le hizo a mi padre."

Owen frunció el ceño. "¿Qué significa eso? Tu padre amaba a tu madre."

"Sí. Y cuando ella murió, fue miserable. Se dedicó a beber whisky día y noche."

Owen apretó los labios, pensativo. "Es cierto," dijo su segundo al mando, "pero lo superó y siguió adelante."

"¡Bah! Sabes que no tenía ánimos para seguir viviendo. Murió en ese campo de batalla porque no le importaba si vivía o moría."

Owen se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en sus muslos. "¿Es eso lo que crees, Terrateniente?"

"Sé que es verdad. Incluso creó un grupo asesor para ayudarme si moría antes de que yo tuviera edad para continuar como Terrateniente."

Owen exhaló profundamente. "Lamento que pienses así. Estoy de acuerdo en que tu padre estaba muy afligido cuando tu madre murió. Pero se recuperó, dejó la bebida y retomó sus deberes. De hecho, hasta el punto de que, cuando partió para esa última batalla, estaba en negociaciones con Stewart para casarse con la hermana viuda del hombre."

Duncan se quedó mirando a Owen, con la sangre abandonando su rostro. Su corazón latía con fuerza, y tuvo que sacudir la cabeza para aclararla. ¿Este hombre le estaba diciendo que lo que había creído durante los últimos diez años o más no era cierto?

Tras unos minutos, cuando su corazón finalmente se calmó, dijo: "Entonces, ¿por qué organizó un consejo para asesorarme?"

Owen se encogió de hombros. "Porque tu padre era un hombre responsable. Sabía que no hay garantías en la vida. Te amaba tanto que no quería dejarte solo para manejar todo esto." Extendió un brazo alrededor. "Como eras un simple muchacho de diecisiete años, hizo lo correcto."

Duncan se desplomó en su silla. Su padre había amado. Había amado a su esposa; había amado a su hijo. No temía a los sentimientos fuertes. No deseaba la muerte en ese campo de batalla.

Fue un alivio, pues Duncan estaba agotado de intentar negar sus sentimientos por Elsbeth. Había pensado en no hacerle el amor tan a menudo o en sacarla de su alcoba para no tener que verla dormir. Cualquier cosa para evitar admitir, incluso para sí mismo, que la amaba.

La idea entera parecía absurda ahora.

De repente, sintió como si una nube oscura bajo la que había vivido durante años finalmente se hubiera disipado. Le sonrió a Owen al otro lado del escritorio. "La amo."

Owen asintió. "Sí. El único en todo el castillo que no lo sabía eras tú."

Sintió la necesidad de decírselo de inmediato. Ella había ido al pueblo, así que ahora que él y Owen habían terminado sus asuntos sobre el muro, quería verla. Inmediatamente.

Se levantó de un salto de su silla. "¿Supongo que hemos terminado?"

El inepto siguió sonriéndole. "Sí. Hemos terminado, pero no creo que tú lo estés."

Ambos salieron de la habitación y cruzaron el gran salón. Justo cuando Duncan tomó el pomo, la puerta se abrió de golpe, casi derribándolo.

Oliver estaba allí, sosteniendo a Elsbeth en sus brazos. La sangre goteaba por su manga, y parecía a punto de desplomarse. "Mi Terrateniente, Lady Grant ha tenido un accidente."

Su recién encontrado corazón cayó a su estómago. Pero años de entrenamiento para el campo de batalla tomaron el control. Elsbeth no moriría. No lo permitiría. Volviéndose hacia Margaret, que había regresado con ellos, dijo: "Llama a Madeline. Rápido."

"Síganme a nuestra alcoba." Se giró y se apresuró a cruzar el gran salón y subir las escaleras. Quería tomar a Elsbeth de los brazos del hombre y abrazarla, dándole su fuerza, pero sin saber cuáles eran sus heridas y cómo ocurrieron, no quería pasarla de un lado a otro.

Quitó las colchas de la cama, para que no se mancharan de sangre. Era asombroso qué pensamientos pasan por la mente de un hombre al luchar contra la histeria.

"¿Qué pasó?" Duncan finalmente tuvo el valor de preguntar, queriendo y no queriendo oír la historia.

"Un caballo se desbocó en la plaza del pueblo." Tomó respiraciones profundas, intentando contar la historia aunque le costaba. "El animal corría directamente hacia una niña pequeña.

Lady Grant corrió hacia la niña, la levantó y la empujó a los brazos de su madre. Pero entonces el caballo la alcanzó y la tiró al suelo."

Madeline entró corriendo en la habitación, con Margaret detrás de ella, llevando la cesta de la curandera con lienzos, ungüentos y otros artículos de su oficio. "¿Qué le pasó a su señoría?"

Una vez más, Oliver repitió la historia mientras Madeline examinaba a Elsbeth, tocándola suavemente en varios lugares. "Sí. Lo que necesito hacer es quitarle la ropa a la muchacha para ver el daño."

Oliver retrocedió.

"Madeline, ¿me necesitas?" preguntó Margaret.

"Depende, muchacha. ¿Vas a desmayarte? Si es así, no te necesito."

La joven tragó saliva varias veces. "No creo que me desmaye."

Madeline entonces fulminó con la mirada a Duncan. "¿Vas a desmayarte tú, Terrateniente? ¿O a perder el estómago?"

"No." Estaba ocupado estudiando a su esposa. Estaba pálida, con sangre aun goteando del costado de su cabeza. Tenía un moretón en la mejilla, y la manga de su vestido estaba rasgada. Podía ver más sangre allí.

"Entonces, lo primero que debemos hacer es quitarle la ropa a nuestra dama."

Duncan comenzó con sus zapatos y medias, luego Madeline cortó el vestido, dejándola en una delgada camisa, lo cual fue una idea maravillosa que a Duncan nunca se le habría ocurrido.

Las lágrimas brotaron a sus ojos, y su estómago se retorció cuando vio sus heridas. Además de la lesión en la cabeza y la mejilla, tenía un moretón en el hombro y el brazo. Madeline arrojó el vestido de Elsbeth al suelo y se volvió hacia Margaret. "Trae agua caliente de la cocina. Luego ve a mi habitación y trae la cesta de tés."

Cuando Margaret miró a Elsbeth con la mano sobre la boca, Madeline gritó: "¡Ahora, muchacha! Necesito estas cosas ahora."

"Sí." Margaret se giró y huyó de la habitación.

Duncan no podía dejar de mirar a su esposa. Se había relajado un poco mientras estudiaba su pecho subiendo y bajando. "¿Qué

piensas, Madeline?"

"Ach, Terrateniente. No he tenido tiempo de examinarla. Está viva, eso es todo lo que puedo decirte ahora."

Eso no había ayudado. Quería oír que estaba bien, que se recuperaría con el tiempo. Pasó sus dedos por su cabello y caminó de un lado a otro por la habitación mientras Madeline examinaba el cuerpo magullado de Elsbeth.

Margaret regresó con la cesta de tés. Madeline asintió a la joven para que la colocara sobre la pequeña mesa junto a la cama.

"Terrateniente, necesito que encuentres algo para ponerle a tu esposa. Hace demasiado frío para que permanezca solo con esta camisa. Su cuerpo ha sufrido un shock, y necesita mantenerse caliente. No podemos ponerle un camisón hasta que pueda determinar cuáles son todas sus heridas. Necesitaremos algunas mantas de lana."

"Sí." Agradecido de tener algo que hacer, rebuscó en el cofre de Elsbeth y sacó dos mantas de lana y una prenda larga y suelta que le había visto ponerse sobre su camisón.

Dejó la bata sobre ella.

"Envuelve la manta alrededor de sus pies. Eso ayudará a calentarla hasta que termine."

Madeline examinó cada herida, luego se volvió hacia él. "El casco del caballo le golpeó la cabeza, pero como nuestras cabezas son redondas, solo la rozó. Eso es lo que causó el corte en la parte posterior de su cabeza, y también por qué permanece inconsciente."

"¿Qué tan grave es eso?" Casi tenía miedo de preguntar.

Madeline se encogió de hombros. "Es difícil de decir. No lo sabremos hasta que se despierte. Entonces podemos asegurarnos de que todos sus sentidos estén ahí."

Observó, impotente, cómo Madeline cosía el corte en su frente y limpiaba y vendaba sus otros moretones. Finalmente, lo miró. "Su dama está descansando ahora."

"¿Cuánto tiempo pasará antes de que se despierte?"

Mientras empacaba sus suministros, miró a Duncan con simpatía en sus ojos. "No lo sé, Terrateniente. Eso depende del Señor. Le sugiero que diga algunas oraciones."

Él asintió. Apenas oyó a Madeline y Margaret salir de la habitación. Acercó una silla y se sentó junto a la cama y simplemente miró a Elsbeth.

Su esposa.

Su amor.

¿Tendría alguna vez la oportunidad de decírselo? ¿De hacerle saber que se había apoderado de su corazón casi desde el principio? Que la amaba tanto que le dolía el corazón. No, el buen Señor no sería lo suficientemente cruel como para no darle la oportunidad de decirle lo que significaba para él.

Las horas pasaron. Owen vino a su alcoba para decirle que era hora de cenar. Él se negó.

Poco después, Margaret regresó con una bandeja de sopa espesa, pan y manzanas estofadas en whisky escocés. Todavía estaba sobre la mesa mientras él continuaba mirando a Elsbeth.

Se negó a permitirse llorar. Si lo hacía, significaría que se había rendido. Nunca se rendiría. Se levantó y caminó de un lado a otro. Se sentó y la miró fijamente.

"No sé si puedes oírme, esposa. Pero he entrado en razón. Te amo. Más que a nada en el mundo. Necesito que despiertes para poder decírtelo cuando sé que puedes oírme. Quiero abrazarte y nunca dejarte ir. Entonces lo diré una y otra vez." Con un profundo suspiro, se levantó de nuevo y caminó de nuevo.

Se acercó a la ventana. Era una noche clara, con las estrellas muy brillantes. A Elsbeth le encantarían. Deseaba poder llevarla afuera, bien abrigada, y mostrarle las estrellas y besarla hasta que le dolieran los labios.

Finalmente, su cuerpo se hizo cargo, y completamente exhausto, se metió en la cama junto a su esposa y le tomó la mano. "Elsbeth, amor, necesitas saber que te amo, muchacha. Tanto que es un dolor en mi corazón. Eres lo mejor que me ha pasado jamás. Por favor, vuelve a mí, mo ghràdh. Mi amor. Debería haberte dicho esas palabras hace mucho tiempo. Pero fui terco, estúpido, un tonto, y cualquier otra cosa que se me ocurra."

Con cuidado, colocó su brazo alrededor de su cintura y cayó en un profundo sueño.

* * *

Flotaba, ascendiendo desde un lugar de paz y sosiego, donde la felicidad y la plenitud la envolvían. Un lugar donde podía ver a su madre, a quien no había contemplado en tantos, tantos años. Pero algo la atraía, la urgía a dar la espalda a su madre, a toda esa calidez y confort, a sacudirse y regresar. ¿A dónde? No estaba segura, pero sabía que alguien la esperaba. Alguien a quien amaba profundamente.

Una mano grande y fuerte reposaba sobre la suya. Una mano familiar. Dura y reconfortante. Oyó una voz que reconoció. Se sintió feliz de nuevo, pensando que tal vez podría regresar a ese lugar confortable, aunque su madre ya no estuviera allí.

Pero alguien más la esperaba. Alguien que significaba tanto para ella. Con un suspiro de satisfacción, sabiendo que estaba a salvo, se durmió.

Una voz, una vez más, la arrastró de ese lugar confortable. Una voz familiar. Intentó resistirse, quería regresar a la seguridad. La voz no la dejaba volver. La llamaba, la llamaba su amor. La voz era tan familiar que la impulsaba a abandonar ese lugar confortable para estar con el hombre que amaba.

Lentamente, abrió los ojos. Duncan estaba sentado en una silla junto a su cama. Su primer pensamiento fue que el hombre se veía terrible. Como si no hubiera dormido en días. No se había cambiado de ropa ni bañado. Tenía la cabeza gacha y murmuraba algo que sonaba a oraciones. "¿Duncan?"

Su cabeza se levantó lentamente. "¿Elsbeth?"

"Sí. Eso creo. Aunque no estoy muy segura, porque me duele la cabeza como el demonio. ¿Qué pasó?"

Duncan la miró fijamente, con la boca abierta. "Estás despierta."

"Eso parece. ¿Estaba dormida? Me duele mucho la cabeza."

Él tomó su mano y la besó. "Mi amor. Estás despierta."

"Sí, ya lo dijiste. ¿Qué me pasa?"

Usó el dorso de su mano para limpiar las lágrimas que le caían de los ojos. ¿Por qué su fuerte y guerrero Terrateniente estaba

llorando?

"Ah, mi amor. Has estado inconsciente durante dos días."

"¿Por qué? No lo sé. Me duele demasiado para pensar."

Él respiró hondo. "Fuiste atropellada por un caballo en el pueblo. Salvaste a una niña pequeña de ser pisoteada. ¿Lo recuerdas ahora?"

Ella frunció el ceño. "Sí. Era una niña dulce. Se alejó corriendo de su madre, y luego un caballo vino corriendo hacia ella." Cerró los ojos. "Ah. Recordar me hace doler la cabeza."

"No pienses, mi amor. Solo relájate. Me diste un gran susto."

Intentó moverse y soltó un grito. "También me duele el hombro."

"El caballo te golpeó en la cabeza, el hombro y el brazo. Estás bastante magullada, en realidad."

"¿Puedo tomar algo de beber? Estoy muy sedienta."

Duncan se levantó y cruzó la habitación. Tomó una taza de la parte superior del baúl y se la llevó. "Aquí, mi amor. Voy a intentar levantarte un poco la cabeza para que puedas beber."

Elsbeth tomó unos sorbos y apartó la cabeza. "Tengo mucho sueño."

Duncan se levantó y se quitó la ropa. Ella lo miró, con los ojos muy abiertos. "¿Qué estás haciendo?"

"No te preocupes, amor. Solo voy a dormir contigo."

Ella bostezó y cerró los ojos. "Eso suena como una buena idea, esposo."

Duncan se metió a la cama junto a ella, su cálido cuerpo desnudo le brindó consuelo. No intentó abrazarla, lo que la entristeció un poco, pero sabiendo cuánto le dolía todo, se alegró de tenerlo a su lado.

Entrelazó sus dedos con los de ella. "Te amo, Elsbeth."

"Lo sé", dijo mientras sentía que el sueño la llamaba. "Yo también te amo."

Epílogo

Septiembre 1659
Castillo Freuchie

Elsbeth, no me agrada la idea de viajar tan lejos con dos pequeños. Y ahora me dices que esperamos otro retoño en siete meses.

Elsbeth terminó de vestir a Noah, y luego se centró en Harris, que necesitaba ayuda con sus botas. "Por favor, Duncan. No he visto a mi hermana en casi tres años."

"Bueno, si tú y tu hermana dejaran de tener hijos tan seguidos, podríamos haber hecho el viaje antes."

Lo que dijo era cierto. Ainslee estaba a punto de dar a luz a su cuarto hijo. Cada vez que planeaban visitar Dornoch o que ellos visitaran Freuchie, una de ellas estaba encinta y el marido lo consideraba inseguro.

"Estoy bien, esposo. Esta vez ni siquiera tengo las náuseas matutinas. De hecho, como estuve mal con los otros dos, estoy segura de que este retoño será una niña."

No dijo nada durante unos minutos. "Muy bien. Sé que extrañas a tu hermana, como estoy seguro de que ella te extraña. Será un viaje largo. Los pequeños no pueden viajar durante muchas horas seguidas."

"Lo sé. Y podemos detenernos en posadas de viaje en el camino de ida y vuelta."

"Mi amor, sabes que siempre haré lo que quieras. Excepto cuando sea peligroso. Iremos a Dornoch, siempre que llevemos un grupo de hombres con nosotros."

Elsbeth tomó a Noah y rodeó a Duncan con un brazo. "Gracias, esposo. Será divertido."

Dos semanas después

"¡Ay, nunca volveré a hacer este viaje!", dijo Elsbeth mientras intentaba alimentar a Noah y Harris con el carruaje saltando por todo el camino. "¿Cuánto más dijiste?" Se estiró para quitar una pequeña piedra, ¿de dónde diablos la sacó?, de la boca de Harris.

"No falta mucho, mi querida. Enviaré a John por delante para preparar a tu hermana para nuestra llegada. Creo que no más de una hora."

"¡Alabado sea el Señor!" Elsbeth abrazó a sus dos muchachos contra su pecho. Además de estar ansiosa por sentarse, comer y dormir en algo que no se moviera, estaba muy ansiosa por ver a Ainslee.

Cuando su hermana estaba teniendo a su primer hijo, Susana, Elsbeth debía estar allí para ayudar con las tareas involucradas en el cuidado de un recién nacido. Debido al clima, no llegó para el nacimiento, lo que preocupó a su hermana.

Con suerte, llegarían a tiempo para el nacimiento del nuevo retoño.

El Castillo de Dornoch era tal como Elsbeth lo recordaba. Hacía poco más de seis años que Elsbeth llegó con su hermana para la boda entre el Terrateniente Haydon Sutherland y ella. El Terrateniente la aterrorizaba, y las hermanas conspiraron para intercambiar lugares en la boda.

Las cosas fueron un poco incómodas al principio, pero finalmente, se hizo evidente para todos que Ainslee era una pareja mucho mejor para el Terrateniente.

El puente levadizo estaba bajado, y procedieron a través del patio exterior y hacia el patio interior. Habiendo sido advertido de su llegada por John, Haydon estaba de pie en los escalones del torreón. Sostenía a la joven Lady Grace en sus brazos mientras Owen y Finlay se aferraban a las faldas de Ainslee, que estaba de pie junto a su marido con una barriga muy hinchada.

Su hermana parecía que iba a explotar en cualquier momento. Antes de que el carruaje se detuviera, Elsbeth le entregó a Noah a su marido y bajó del carruaje.

Ainslee intentó apresurarse hacia ella, pero Haydon la detuvo con su mano en su brazo. Elsbeth se unió a ellos en los escalones. Las hermanas se abrazaron y ambas rompieron a llorar.

Duncan caminó detrás de ella, llevando a Noah, con Harris aferrado a sus pantalones. "Terrateniente." Extendió su brazo, y Haydon lo agarró hasta el codo, el saludo habitual entre los Highlander. "Terrateniente", repitió Haydon.

"¿Qué os parece si llevamos a todas estas mujeres y niños llorando al torreón?", dijo Haydon.

"Es una buena idea."

Dos mujeres llorando, con los brazos alrededor de los hombros de la otra, dos Terratenientes y cinco niños se dirigieron al interior.

Se sentaron a una mesa en el gran salón. Una de las sirvientas que Elsbeth recordaba de su tiempo en el castillo se acercó a ellos. "Tenemos la cena lista, mi Terrateniente. ¿La traemos?"

"Ay, me gustaría refrescarme antes de comer", dijo Elsbeth. "Al menos lavar algo del polvo del camino de mí y de los pequeños."

"Bessie, ¿podrías decirle a la cocinera que esperamos la cena en aproximadamente una hora?"

Bessie hizo una reverencia. "Sí, mi señora."

"Ay, Bessie ha crecido desde la última vez que estuve aquí. Tenía unos dieciséis años cuando me fui."

"Sí. Está casada y tiene un hijo propio. Se casó con Boyd McDowell. ¿Recuerdas al hombre? Nos entrega la turba a nosotros y a otros."

"Sí, lo recuerdo." Sacudió la cabeza. "Tantos cambios."

"Tengo algo que compartir contigo, hermana", dijo Elsbeth, agarrando la mano de Ainslee. "Un retoño crece dentro de tu cuerpo. Como nunca te vi durante tus otros embarazos, noté la diferencia de inmediato."

"Parece que el retoño va a salir en cualquier momento", dijo Elsbeth, mirando el vientre de su hermana.

"Sí. Ojalá fuera así. Estoy cansada."

* * *

Duncan, Conall, Haydon y su primo Malcolm, sentados alrededor de una mesa en el gran salón, bebían cerveza y se jactaban de victorias pasadas.

"Supongo que el MacMillan nunca te persiguió por robarle a su novia, ¿verdad?" Haydon le preguntó a Duncan con una sonrisa.

"Así es. La robamos. Sólo que pensamos que estábamos tomando a otra muchacha. Afortunadamente para mí, cometí ese error. No puedo imaginarme casado con nadie más."

Conall y Haydon alzaron sus copas. "¡Slàinte Mhath!"

"No, en respuesta a tu pregunta sobre si me persiguió," dijo Duncan. "Unos meses después de que el Johnstone dejara a su hija conmigo, recibimos un mensaje de que había resuelto el asunto con el MacMillan, así que supongo que tampoco hubo represalias contra él." Tomó un sorbo de cerveza. "Eso hizo feliz a Elsbeth, sin duda. Ella había estado preocupada por ello."

Conall miró a Malcolm. "¿Cómo van las negociaciones contigo y la hija del Ross?"

Malcolm señaló a Haydon con su copa. "Pregúntale a tu Terrateniente. He estado fuera durante tres días."

Haydon apoyó los antebrazos sobre la mesa. "Todavía tenemos que resolver más detalles, pero hemos llegado a un acuerdo."

Malcolm se enderezó. "¿Y?"

"Te convertirás en el esposo de Lady Maureen Ross. Ella es la menor de siete hijas."

Un silencio atónito siguió.

"Sí. Creo que es por eso que el Terrateniente se acercó a mí para un matrimonio con uno de mis parientes. Ha logrado casar a todas las demás, y en este punto, sólo quiere ver a la última asentada."

Malcolm exhaló profundamente y se recostó. "¿No está bien, entonces?"

Haydon se encogió de hombros. "No lo sé. Mis pensamientos son que está cuidando a la muchacha por si acaso. La vida es peligrosa, ya sabes, y su hijo, que asumirá el Terrateniente, está tratando de establecerse en el matrimonio con su propia esposa."

Malcolm parecía un poco aprensivo. "¿Entonces está hecho?"

"Sí. Se espera que el Terrateniente, su hija y el hijo y su esposa lleguen a principios de la primavera. Una vez que estén aquí, tendremos la boda. Parte de nuestro acuerdo fue que obtendrías parte de la tierra de Sutherland para ti."

Malcolm se enderezó. "¿De verdad?"

"Sí. Tengo el área marcada. Podemos mirarla más tarde. También querrás construir una casa para tu novia. Haré que los hombres te ayuden."

Un grito desgarrador resonó en el gran salón, proveniente del piso de las habitaciones.

Malcolm se puso blanco como la nieve. "¿Qué fue eso?"

Bessie bajó apresuradamente las escaleras y salió corriendo por la puerta hacia donde vivían la curandera y su sobrina Helen, que era la partera del clan, en una pequeña cabaña en el patio.

Haydon golpeó su copa contra la de Conall y Duncan. "Es el comienzo de una larga noche."

¿Te gustó esta historia? Por favor, considera dejar una reseña en Goodreads o en el lugar donde la compraste. Larga o corta, tu reseña ayudará a otros lectores a descubrir nuevos autores y tomar decisiones de compra.

Espero que te hayas divertido leyendo la historia de amor de Elsbeth y el Terrateniente. ¿Quieres más romance de Highlander? Busca el próximo libro de la serie, "Provocar a un Highlander".

Las primeras impresiones no siempre son reales...

Malcolm Sutherland, primo del Terrateniente Haydon Sutherland, ha recibido la oportunidad de casarse con la hija del Terrateniente Bryce Ross. Para persuadir al Ross de permitir que su hija se case con su primo, Haydon ha acordado darle a Malcolm una porción de tierra de Sutherland.

Lady Christine Ross es la hija menor del Terrateniente Bryce Ross, y su padre está ansioso por sacarla del castillo. Especialmente desde que el hermano de Christine se casó recientemente y las dos jóvenes no se llevan bien.

Con ilusión por el matrimonio y una nueva vida, Christine se sorprende al descubrir a su llegada al Castillo de Dornoch que su prometido es un hombre que conoció en los Juegos de las Tierras Altas el año anterior. Lo recordaba como crítico, frío y arrogante. Malcolm no puede creer que su futura esposa sea la muchacha voluble e irresponsable de los Juegos de las Tierras Altas.

¿Es este un matrimonio hecho en el cielo? ¿O en el infierno?

Haga clic aquí para más información:
https://calliehutton.com/book/to-scorn-a-highlander/

* * *

Encuentre la lista de todos mis libros en mi sitio web:
http://calliehutton.com/books/

Acerca de la Autora



Reciba un libro gratis y manténgase al día de las novedades y las ventas.
http://calliehutton.com/newsletter/

Callie Hutton, autora superventas de USA Today, ha escrito más de 55 novelas románticas históricas y acogedoras historias de misterio. Vive en Oklahoma con su familia, muy unida y llena de vida, que incluye a sus nietos gemelos, cariñosamente conocidos como "Los Tornado".

A Callie le encanta saber de sus lectores. Puedes contactarla directamente en calliehutton11@gmail.com o encontrarla en línea en www.calliehutton.com.

Conéctate con ella en Facebook, Twitter y Goodreads. Síguela en BookBub para recibir notificaciones de nuevos lanzamientos, preventas y promociones especiales.

Visite www.calliehutton.com para más información.

Derechos de Autor

Derechos de Autor © 2023 por Callie Hutton
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.